



La

INOPORTUNA PASIÓN

de

Lady Pamela



BETHANY BELLS



Selecta 

La inoportuna pasión de lady Pamela

SERIE

Historias de Little Lake 2

Bethany Bells

Selecta

Índice

[La inoportuna pasión de lady Pamela](#)

[Capítulo 1. Acabo de llegar a un nuevo infierno...](#)

[Capítulo 2. Ese hombre viene a quedarse con todo](#)

[Capítulo 3. El hombre horrible me gusta muchísimo](#)

[Capítulo 4. Caminando junto a Helen Watson bajo las ramas entrelazadas de un bosque nevado](#)

[Capítulo 5. Esta no es su consulta. Es la consulta de mi padre](#)

[Capítulo 6. Un día volverá y sentirá que, en realidad, nunca se fue](#)

[Capítulo 7. Tendrás dos chelines si asustas al doctor Keller](#)

[Capítulo 8. Creo que nunca seremos amigos, señorita Watson](#)

[Capítulo 9. Me gusta usted tal cual es, alma incluida](#)

[Capítulo 10. Siempre, adonde quiera, señorita Watson](#)

[Capítulo 11. Quiero seguir casado al menos cien años más](#)

[Capítulo 12. El héroe de Little Lake escucha a hurtadillas](#)

[Capítulo 13. Hay que mantener las tradiciones antes que la vida](#)

[Capítulo 14. Sin usted no lo hubiera conseguido](#)

[Capítulo 15. Soy la marquesa viuda de Wesleyth y exijo ver al doctor Keller](#)

[Epílogo. Una imagen del pasado y otra del futuro](#)

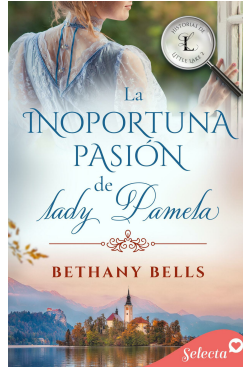
[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Bethany Bells](#)

[Créditos](#)

¿Puede ser el amor un precio justo por renunciar a otros sueños?



La señorita **Helen Watson** siempre ha querido ejercer la profesión de su padre y convertirse en médico, pero es algo que teme que nunca pase de ser un sueño. Vivir en el bonito pueblo de Little Lake es maravilloso, pero también origina grandes limitaciones, por lo que, una joven como ella, solo puede aspirar a casarse con peor o mejor fortuna.

Pero, lo que no está dispuesta a permitir, es que su padre busque dirigir su vida escogiendo un ayudante al que, en un futuro, legará la consulta con una única condición: que se case con su hija.

David Keller, de origen humilde, ha tenido que luchar mucho por conseguir unos estudios de medicina. Hijo de un simple criado, ascendió a lacayo gracias a su apostura, y el interés que suscitó en su señora, la marquesa viuda de Whitewall, le procuró los medios necesarios como para poder ir a la universidad.

Pero, una vez terminados los estudios, su deseo de romper con esa mujer dominante y posesiva para iniciar una nueva vida, se volvió por completo imposible. Despechada, la marquesa utilizó sus contactos y le cerró toda posibilidad de medrar en Londres, por lo que tuvo que aceptar la propuesta que le llegó a través de un amigo y colega, el doctor Doyle, médico en Portsmouth.

Convertirse en médico rural ya le parece suficiente castigo, pero saber que, además, debe seguir contentando a una mujer para poder ejercer la medicina, no le hace feliz, precisamente.

Ambos sienten una misma vocación, y ambos son el obstáculo del otro, por conseguirla. ¿Podrá el amor encontrar un camino por el que puedan avanzar de la mano, hacia una vida en común?

Soy un cerebro. El resto de mi cuerpo es un mero apéndice.
Frase de *Sherlock Holmes*, sir Arthur Conan Doyle

Capítulo 1

Acabo de llegar a un nuevo infierno...

—¿Un poco más de té, doctor Keller? —preguntó el doctor Watson.

David Keller negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo también de palabra, y sonó más desabrido de lo que le hubiera gustado.

Estaba tan cansado tras el largo viaje desde Londres que solo deseaba acostarse y dormir mil horas, pero la cortesía le obligaba a seguir allí, charlando con aquel hombre, incluso sabiendo que cada segundo sentado en esa salita era un segundo menos en el que poder descasar antes de bajar a cenar. Eso lo ponía de peor humor aún, y él era un hombre de humores muy oscuros.

Al menos, el té que le habían servido era delicioso y le estaba templando el cuerpo. El invierno estaba clavando unos dientes muy helados incluso en aquella zona de Inglaterra, tan al sur. Había pasado un frío terrible en el coche de postas, cruzando el paisaje nevado hasta llegar a Little Lake, que, ya en la distancia, parecía una estampa navideña.

—Quería darle las gracias por haberme escogido —se obligó a decir, para compensar. Una cuestión de cortesía. —El doctor Doyle me dijo que, cuando decidió buscar ayudante, recibió al menos media docena de solicitudes.

—Oh, sí, ocho en concreto, en menos de una semana. Este es un buen lugar para establecerse, ¿sabe usted? La casa cuenta con una consulta totalmente montada, con incluso un pequeño quirófano que nos financió lady Careth para los casos más urgentes que no pudieran ser enviados a Portsmouth. Revíselo mañana, si lo desea. Creo que lo va a encontrar totalmente satisfactorio.

—Estoy seguro de ello —replicó él, preguntándose qué clase de desastre se iba a encontrar. ¿Qué podía entender de cirugía un médico de pueblo? Como mucho, lo que sabía la mayoría: nada. —Aunque tengo algunas exigencias a las que no voy a renunciar. Si no las aceptan... —Había llegado el momento del farol. —Si no las aceptan, me iré mañana mismo.

El médico lo miró intrigado.

—Usted dirá.

—Me lavaré las manos antes de cualquier atención médica, y usted también lo hará. Y si su hija, la enfermera, está con nosotros, lo mismo. Los vendajes no se reutilizarán y la higiene será una prioridad en todo momento. Ya he sufrido suficiente «hedor hospitalario» para varias vidas.

El doctor Watson sonrió.

—Usted también hace caso de lo que dicen colegas como Ignaz Semmelweis o Joseph Lister.

—Veo que conoce sus nombres.

—Y su trabajo. Tengo una buena biblioteca médica y me llegan las publicaciones más importantes de Londres. Mi hija me mantiene suscrito a las mejores revistas médicas, pero si está interesado en alguna más, solo hágaselo saber.

—Gracias.

—De nada. Pero no se preocupe por eso, yo adopté la costumbre del lavado de manos cuando leí, hace ya unos quince años, el artículo «Un nuevo método para tratar fracturas compuestas» de Lister, en *The Lancet*.

—Ese artículo de 1867 supone un antes y un después en el mundo de la cirugía —asintió

David, realmente satisfecho con la actitud del doctor Watson. —Me alegra que compartamos esa preocupación por las infecciones. Estoy harto de médicos que se ofenden porque les pides que se laven las manos. «Los médicos son caballeros, y los caballeros siempre tienen limpias las manos», llegó a decirme un idiota en Londres.

—Qué horror...

—Sí. No se imagina qué cosas terribles he visto, de suciedad y podredumbre, en los hospitales. Malditos criminales...

Agitaron la cabeza.

—En ese aspecto, puede estar tranquilo. Aquí usamos una solución de ácido carbólico al cinco por ciento para lavar manos, instrumentos quirúrgicos y heridas. Y todo lo que requiera ser lavado.

—Perfecto.

El doctor Watson sonrió.

—Sí, estoy muy contento de que compartamos ese punto. Por lo demás, usted se lo ganó. Sí que recibí muchas solicitudes, pero la suya fue, sin duda, la mejor.

Un ruido apenas perceptible, proveniente del pasillo, atrajo su atención. Fue más que nada un rumor de movimientos, como un forcejeo nervioso y unas risitas. Alguien espiando la entrevista, supuso. Seguramente, niños.

El doctor Watson también se percató, porque lanzó una mirada incómoda hacia la puerta y carraspeó. Luego siguió como si no lo hubiese oído.

—Además, el doctor Doyle no ha escatimado en alabanzas hacia su trabajo —dijo, intentando disimular.

—Es un buen amigo. —Tal como lo miró, quedó claro que esperaba más datos. David suspiró mentalmente. —Coincidimos en la universidad.

—Sí, me lo dijo. Que usted también es de Edimburgo.

—Bueno, en realidad, nací en Londres, pero, al poco de cumplir los diez años, mis padres me llevaron a Escocia. —Odiaba hablar de sí mismo, pero como el doctor Watson puso cara de interés y no decía nada, decidió añadir algo más—: Ambos formaban parte del servicio en la casa del marqués de Wesleyth, que se trasladó al norte para poder estar cerca de su única hija, quien había contraído matrimonio con un noble local. Mi padre era su ayuda de cámara y mi madre la cocinera. Según el marqués, no podía vivir sin ninguno de los dos.

—No hay nada como una buena cocinera.

—O como alguien que haga bien un lazo de corbata.

Ambos hombres asintieron.

—Por eso apenas tiene usted acento escocés —comentó el doctor Watson.

—No crea. Ya le digo que fui muy joven a Escocia. En mis tiempos universitarios, parecía tan escocés como Doyle, pero siempre he mostrado cierta facilidad para los idiomas, y enseguida me adapté al tono local. Este último año en Londres ha borrado muchas cosas, entre ellas, mi acento.

El doctor Watson rio cortés.

—Entonces, sus padres se establecieron allí, trabajando para el marqués, y lo enviaron a estudiar a la universidad. Es encomiable.

—Sí. —No pensaba decirle que sus padres llevaban muertos varios años cuando fue a la universidad. No pensaba hablarle de la marquesa de Wesleyth. —Aunque admito que trabajé un tiempo de lacayo, en casa del señor marqués, antes de poder iniciar mis estudios.

En Londres no se hubiera atrevido a reconocerlo. El que nacía entre el lodo tenía muy difícil

limpiarse lo bastante como para ser aceptado entre las clases superiores, y él había soñado con ser un médico habitual entre la alta sociedad. De saberse su origen familiar y que había trabajado de criado, no lo hubiera tenido fácil.

Pero ahora estaba en Little Lake, lo que venía a decir el penúltimo rincón del mundo. Además, el doctor Watson le inspiraba confianza, y no lo decepcionó. De hecho, lo miró con mayor simpatía.

—Eso no es una vergüenza, amigo mío. Al contrario, le honra. Ha trabajado muy duro para llegar hasta donde está.

—Sí, bueno...

No pudo evitar mostrarse incómodo por el tema y se produjo un momento tirante. El doctor Watson tomó otro sorbo de té antes de continuar, cambiando a otra cosa.

—El doctor Doyle me habló de su vida universitaria, pero yo ya conocía la excelente reputación del doctor John Bell. Un hombre excepcional, muy respetado en la profesión.

—Mucho. Su capacidad de observación es asombrosa, así como su conocimiento del ser humano.

—¿Cómo lo hace? El doctor Bell, me refiero.

—Se fija en los detalles, sin más. Lo basa todo en la observación. —Sonrió al verse asaltado por un recuerdo. —Me estoy acordando... Un día, en una clase, nos mostró una probeta con un líquido desconocido dentro. Nos dijo que teníamos que aprender a usar todos los sentidos para llegar a la verdad que estuviéramos buscando: en ese caso, saber de qué líquido se trataba. Por medio de la vista, basándose en datos como su color; por el olfato, captando su aroma; debíamos también usar el gusto, para lo que probó con un dedo su contenido, lo que ya nos indicó que era de sabor espantoso, porque al hacerlo puso cara de repugnancia... El tacto, si era untuoso o no, o abrasivo, o si tenía alguna temperatura. Lo único que podíamos descartar, en ese caso, era el oído. Expuso todo eso en cosa de quince minutos. Luego, nos lo pasó, para que todos comprobásemos qué podía ser aquella cosa, a través de todo ese proceso de observación.

—¿Y?

—Cuando todos hubimos mirado, olido y probado el dichoso líquido, sin llegar a ninguna conclusión sobre su naturaleza, excepto la de que efectivamente era repugnante, nos reprochó lo poco observadores que éramos.

—¿A qué se refiere?

—A que él había metido el dedo índice en la probeta, pero se había llevado a la boca el corazón. En realidad, no había probado aquel líquido hediondo. Y, como no nos fijamos, no nos dimos cuenta. Esa era la auténtica lección del día.

Ambos hombres rieron.

—Sé que el doctor Doyle aprendió mucho con él. ¿Y usted? ¿Se considera un hombre observador?

David hizo un gesto ecuánime.

—Yo diría que sí, pero...

—¿Puede darme un ejemplo? Acaba de llegar, no nos conocemos, no conoce este lugar. ¿Tiene alguna conclusión que pudiera compartir conmigo?

—Bueno, yo no soy el doctor Bell, pero... Por ejemplo... Estoy seguro de que usted es zurdo, en realidad, pero le obligaron a utilizar la derecha.

El doctor Watson lo miró asombrado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Sencillo: un par de veces ha ido a usar esa mano, pero se ha corregido a sí mismo, sin

darse ni cuenta. Ha sido algo casi imperceptible, porque está ya muy acostumbrado a la derecha. Pero, de vez en cuando, la naturaleza se impone. —Sonrió con amabilidad. —Debería usar libremente la izquierda, doctor.

El doctor Watson suspiró.

—Me temo que mis abuelos y mis padres no lo consideraban correcto, algo que todavía pesa en mi alma. Mi niñez estuvo marcada por todo aquello y tuve muy claro, siempre, que de haber sido zurda mi hija, le hubiese evitado todos esos problemas.

—Deduzco que no es zurda.

—No, no lo es. —Dejó la taza en la mesa. —Y me alegro de que haya salido el tema, porque de ella me gustaría hablarle, doctor Keller.

David arqueó una ceja, sorprendido.

—Usted dirá.

—Verá, Helen, mi hija, es una joven de fuertes convicciones y muy inteligente. Ella quiere... —Hizo un gesto ecuánime. —Quiere estudiar Medicina.

—Vaya... —Aquello lo sorprendió más todavía. Y lo preocupó. Doyle le había dicho que tenía buenas posibilidades de quedarse con la consulta del doctor Watson, quirófano incluido, cuando este se retirase. Pero si tenía una hija médica... Procuró disimular su decepción. —¿En serio? Bueno, en realidad, cada vez son más las mujeres interesadas en ello.

—Sí, cierto... La cuestión es que no estoy seguro de que lo consiga. No por sus méritos, entiéndame. Como le digo, Helen es una joven muy lista y tremendamente afectuosa, quiere a la gente, por lo que sería una buena doctora. Pero bien sabemos que hay demasiados dispuestos a poner toda clase de trabas a la incorporación de la mujer a la vida profesional. Incluso aquí mismo, en Little Lake, donde ahora cada día vienen a esta consulta pacientes que se dejan atender por ella, y que la conocen desde siempre, no sé yo si acudirían muchos, de saber que solo hay una mujer médico.

—Sí, ya veo... —Al margen de sus propias pretensiones, aquello le parecía enormemente injusto. Había conocido mujeres muy capaces, auténticas médicas pese a carecer de la titulación, que se veían reducidas a ejercer como enfermeras porque la sociedad no estaba preparada todavía para grandes cambios. Solo hacía unos pocos años que se había eliminado la prohibición legal a que las mujeres estudiaran Medicina. Su normalización tardaría todavía un tiempo. —Aunque la gente suele volverse más permisiva cuando le duele algo, supongo que será un problema, sí.

El doctor Watson asintió.

—Por eso, tengo que pensar en su futuro. Y me temo que toda posibilidad pasa por la idea del matrimonio.

«Ay, Dios», pensó David, empezando a preocuparse. Pero no, no podía ser.

—Supongo... —dijo, sin comprometerse.

—Y, por eso, ya le digo desde ahora que legaré esta consulta, con sus pacientes habituales y todos sus recursos, a mi hija, si es que consigue su objetivo de ser médico. Pero, de no ser así, será para el hombre que Helen elija como esposo... si es médico. Algo que, la verdad, yo preferiría.

Pues sí, sí podía ser. Una vez más, su futuro médico quedaba supeditado a que le cayera en gracia a una mujer. A que se acostase con ella y la tuviera contenta.

David rebulló en su silla. Maldición... no, no quería, se negaba en redondo. Bastante le había costado escapar de la arpía de Angelique como para terminar en las mismas condiciones, pero ahora con una pueblerina con ínfulas médicas.

—¿Me está diciendo que...?

—Solo que el médico que sepa ganarse el corazón de mi hija podrá disfrutar de una muy buena dote.

David digirió todo aquello con amargura. Al menos, si lograba engatusarla y se casaba con ella, en esa relación sería él quien mandase. El día de mañana, si era especialmente insufrible, podría incluso encerrarla en algún sitio, tirar la llave y olvidarse por completo de ella.

Pero, aun así, no le gustaba ni pizca la idea.

Empezó a sentir un rencor muy profundo por aquella joven. Una extensión del que sentía por Angelique.

—¿Ella lo sabe?

—Sí, desde luego. Pero es joven y cree realmente que algún día se cumplirá su sueño de ser médico. No sé... La respaldaré, de ser necesario, pero no me hace mucha gracia la idea. El mundo ahí fuera, lejos de Little Lake, no es tan amable como aquí. Yo opino que es mejor que trabaje con su marido, con usted si descubren que se convienen. Eso sería lo ideal. Es una buena enfermera.

—Yo... no sé qué decirle. —Disimuladamente, apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. —Será mejor que vayamos viendo poco a poco cómo van las cosas. Ni siquiera sé si quiero establecerme definitivamente en este pueblo.

—Claro, claro... —¿Sabría algo de lo ocurrido? No, imposible. El asunto había llegado a los periódicos, pero solo a los de Londres, a nadie más le interesaba un asunto tan zafio. Ni siquiera Doyle estaba enterado, David no se había decidido a contárselo. Esperaba no estar cometiendo un grave error. —Usted tendría sus aspiraciones.

Aspiraciones... Qué duro resultaba recordar sus sueños durante su vida universitaria, lo único que lo mantenía a salvo cada vez que tenía que acostarse con Angelique y agradecerle su generosidad en medio de las ensoñaciones del opio, cuando no podía evitar tomarlo. Sus grandes esperanzas, cuando por fin pudo dejarla y marcharse a Londres, donde quería convertirse en uno de los mejores cirujanos del imperio, o lo que venía a ser lo mismo, del mundo.

Y también recordó la amargura cuando Angelique se presentó allí y destruyó por completo su incipiente reputación.

—Algunas, sí... —masculló.

—Ya... —El doctor Watson lo miró pensativo, seguro que con ganas de preguntarle cómo un médico con unas calificaciones excelentes en la universidad, y tras un año ejerciendo en Londres, prácticamente la capital del mundo, buscaba perderse en aquel rincón remoto de la campiña inglesa. Pero era un hombre cortés y discreto, y no se atrevió. Al menos, de momento. —Supongo que estará cansado. Venga conmigo, yo mismo... —Fue a ponerse en pie, pero se encogió como aquejado por un fuerte dolor. Su mano fue hacia la parte derecha de su vientre. —Oh... maldición.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, no se preocupe. Me habrá dado un tirón. —Pero estaba pálido y respiraba con dificultad, lo que significaba que el dolor persistía. David lo miró preocupado, pero no se atrevió a insistir, porque estaba claro que quería disimular, quizá ante quien estaba escuchando en el pasillo. —Venga conmigo, lo acompañaré yo mismo. La señora Douglas está muy ocupada en la cocina, y mi hija... Bueno, ha salido. Ahora mismo no está en casa.

Como si esas hubiesen sido las palabras de un conjuro, hubo un movimiento brusco en el pasillo, y un sonido susurrante, de faldas seguramente, junto con otro de pasos precipitados. Si no se equivocaba, dos mujeres, livianas. La tal Helen Watson y alguna amiga, una compinche de fechorías.

David suspiró. Siguió al doctor Watson al primer piso de la casa, hasta un pasillo con cuatro puertas, dos en la pared izquierda, una a la derecha y una última al fondo. La puerta solitaria de la derecha estaba entreabierta y tuvo una visión rápida de un tocador con un jarrito de flores y un peine de plata. El espejo estaba adornado con lazos y flores y unos guantes habían quedado olvidados junto a los frasquitos de perfume; eran de encaje, muy femeninos.

El dormitorio de Helen Watson, supuso, y se sorprendió por la sensación tan agradable que le provocó la imagen. Pulcra, coqueta, elegante... ¿Sería igual la dueña de aquellos guantes? La que usaba ese suave perfume a lavanda que se captaba con tanta claridad... Bah. Ojalá fuera fea. O, mejor, odiosa. Así podría descartar por completo el acuerdo propuesto y saldría de aquel agujero para irse a cualquier otro lado. Al continente, quizá. Al final, tendría que irse. Sería el único modo de huir de la mala estrella que lo perseguía en Inglaterra.

El doctor Watson no se detuvo, ni siquiera se percató de que él se había quedado atrás durante un segundo. Lo condujo hasta la primera habitación de la izquierda, un dormitorio bonito, de muebles antiguos pero cuidados.

—Acomódese. La otra puerta de la izquierda es el cuarto de baño; la del fondo es mi dormitorio, para lo que necesite. La cena es a las ocho. Procure ser puntual, la señora Douglas se toma muy a mal que se queden fríos sus guisos. Y tiene dos hijos grandes como montañas, mejor no hacerlos enfadar —bromeó.

—No se preocupe. —David era un hombre cortés. Decidió mentir. —Vengo hambriento.

—Estupendo. Lo veo luego. —Y salió tras hacerle un último saludo con la cabeza.

David dio una vuelta sobre sí mismo. Un armario, una cómoda, una cama, una mesilla, una silla... El lugar tenía una alfombra y un par de cuadros. Estaba mejor de lo que había temido, pero seguía siendo mil pasos atrás en sus ambiciones. El gran cirujano que iba a ser, el hombre que iba a revolucionar la medicina, allí estaba, en un pueblecito remoto del que no había oído hablar hasta pocas semanas antes.

Y ni siquiera para conseguir el puesto por su valor como médico. Para lograrlo, debía conquistar y tener contenta a otra mujer.

—Acabo de llegar a un nuevo infierno... —musitó, desolado.

No tenía sentido lamentarse ni darle más vueltas. ¿Por qué no ver el lado bueno? Si la chica le gustaba, si era atractiva y agradable, quizá habría una posibilidad de que todo encajase. Además, al parecer compartían la vocación, lo cual podía ser un regalo inesperado.

Él no tenía nada en contra de que una mujer fuera médico, o cualquier cosa que deseara ser, y aquello le había gustado, indicaba que Helen Watson era una joven con ambiciones, y quizá hasta inteligente. Si se llevaban bien podrían ser los doctores Keller, los médicos del pueblecito de Little Lake. Con un poco más de suerte, hasta serían felices, y formarían una familia con muchos niños, algo que, no podía negarlo, sí que le provocaba el eco de una emoción intensa.

¡Le gustaría tanto! Siempre había envidiado a las familias felices, aquellas cuyos miembros no se sentían solos. Tan solos como él.

David suspiró. Colocó sus pocas ropas en armario y cómoda, puso el libro que estaba leyendo en la mesilla y se tumbó en la cama para comprobar el colchón y descansar un poco. Pero, nada más apoyar la cabeza, algo se movió bajo la colcha, y hasta lanzó un chillido.

Alarmado, se puso en pie de un salto. Algo se agitaba allí, frenético. Apartó las sábanas y vio un ratón de buen tamaño.

El bicho giró sobre sí mismo y salió disparado en dirección al primer rincón oscuro. David intentó atraparlo, pero lo perdió de vista. Luego trataría de encontrarlo.

Llevado por un impulso, se asomó a la ventana. A la luz del ocaso vio dos figuras que se

escondían detrás de unos toneles situados junto a la entrada trasera de la casa.

La tal Helen, seguro, y alguna amiga.

—Jodidas crías... —maldijo.

Capítulo 2

Ese hombre viene a quedarse con todo

—¡Estoy segura de que nos ha visto! —exclamó Helen Watson, apurada.

A su lado, Sarah Holmes rio. Ambas eran jóvenes de menos de veinte años, rubias, algo más altas de la media y encantadoras. Helen tenía unos grandes ojos violeta tras las gafitas doradas de montura redonda, y los de Sarah, algo más rasgados, eran verdes. Caminaron con torpeza por la nieve hacia el porche trasero, recogiendo las amplias faldas de sus vestidos. Pese a los abrigos y las gorras de buen paño que llevaban, Helen estaba helada de frío, y a Sarah le castañeteaban los dientes cuando replicó:

—¿Y qué importa? ¡Es un hombre horrible! Aunque debo reconocer que es guapo —añadió, a su pesar. —¿Por qué los hombres horribles tienen que ser guapos?

—No siempre ocurre —replicó Helen, pensativa. Estuvo a punto de preguntarle si le había parecido que le pasaba algo a su padre. Aquello del tirón... Pero seguramente estaba sacando las cosas de quicio. Desde la muerte de su madre, cuando ella tenía catorce años, sentía pánico ante la idea de perderlo también a él. —Mira el señor Larrington.

Se refería al dueño de la botica, un hombre antipático donde los hubiera. De no tener un negocio como ese, tan necesario para los clientes, se habría arruinado hacía mucho, porque la gente se pensaba dos veces el ir a comprarle nada.

Además, todo Little Lake estaba seguro de que hacía sus preparados añadiendo algo amargo para que supieran siempre lo peor posible. Y era tan feo como podría imaginarse que fuese alguien así de malvado.

—Bueno, sí —admitió Sarah. —¡Pero mira sir Walter!

Helen se volvió hacia ella con una ceja arqueada.

—Mucho piensas tú en él.

—¿Qué? ¡No pienso en absoluto! —protestó su amiga, pero se había ruborizado. Claro que le gustaba, ¿cómo hubiera podido ser de otro modo? Sir Walter Heatherfield, el baronet local, era un hombre tremendamente guapo, como bien sabían todas las mujeres de Inglaterra y posiblemente de más allá de las fronteras. El problema era que a él también le gustaban ellas, todas, y no tenía objeción en iniciar una aventura amorosa tras otra, algo que Sarah despreciaba de corazón. Por eso, jamás podría reconocer semejante interés. —Además, ahora estamos hablando de tu señor Keller. Te estoy ayudando a echarlo de aquí.

—Sí... Pero... La verdad es que no me parece tan malo —murmuró Helen, como para sí, mientras empezaba a rodear la casa para entrar por la puerta principal. Si lo hacían por la cocina, la señora Douglas las reñiría por interrumpirla y seguro que les encontraría rápido alguna que otra tarea de lo más tediosa. —Serio sí. O más bien triste.

—No te ablandes. Ese hombre ha venido a quedarse con todo. Incluso contigo. No podemos permitirlo.

—No —convino, aunque indecisa. —Por supuesto que no.

—Ja. Me hubiera gustado ver su cara el encontrarse la rata.

Helen la miró mortificada.

—Eso ha sido un exceso.

—Pues haberme permitido darle la pócima de la bruja Perkins.

Llamaban así a un laxante de invención local —lo que le daban desde siempre las madres de Little Lake a sus hijos, cuando tenían problemas de estreñimiento— que la pobre señora Perkins no había inventado ni de lejos. De hecho, era mucho más antiguo que ella. Pero como se la consideraba la bruja de Little Lake, en algún momento alguien había encontrado gracioso llamarlo así y le había quedado el nombre.

¡Menudo brebaje! El doctor Watson había hecho lo posible para que se dejara de usar, por ser demasiado agresivo, y en los últimos tiempos casi se había sumido en el olvido, excepto como amenaza para los niños que no querían comer.

—No seas mala. Pobre hombre. No se merece esos retortijones.

—Bueno, sí... Como me lo dio mi madre una vez, sé que nadie se lo merece. Hablando de mi madre... —Aceleró hacia la escalera del porche. —Tengo que irme o llegaré tarde a la cena. Y la odiosa señora Holmes está furiosa conmigo.

—¿Por qué?

—Porque no hice caso de sir Walter el otro día, cuando nos cruzamos con él en la calle. ¿Qué iba a ser?

—Ah, sí. —Había sido el domingo por la tarde, mientras daban un paseo. Sir Walter había pasado en su pequeño calesín, el que gustaba de conducir él mismo por todos lados, a veces como un loco. —Yo creo que a él le gustas.

—Seguro que sí. Como el resto de las mujeres casaderas del mundo. Y muchas, también casadas. Y las viudas. Y las...

—Lo digo en serio. Creo que sigue en Little Lake por ti.

—Haz el favor de no decirme esas cosas, Helen Watson. Me deprimen. —Sarah empezó a alejarse por el camino. —¡Nos vemos mañana! ¡Ya queda menos para la vuelta de Gladys!

—¡Sí, qué ganas tengo de verla! —replicó ella, mientras atravesaba la puerta principal de su casa.

Sí, qué bien que Gladys volviese ya a Little Lake. La esperaban para el día previo a Nochebuena, y ya se les hacían eternas las semanas que quedaban. La habían echado mucho de menos, desde su marcha a mediados de septiembre. Ahora que vivía en Londres de forma habitual, con sus compromisos de condesa y futura marquesa, solo podía permitirse ir al pueblo en los veranos y en las navidades.

De ser otras las circunstancias, quizá hubiera habido problema con estas últimas, pero los padres de su marido, Edward, también se iban a trasladar a Little Lake para pasarlas con ellos y con lady Martha, su hija menor, que vivía con su marido y su hijo recién nacido en una granja de las cercanías. Ambos eran propietarios de una vaquería que iba ganando importancia con el tiempo.

Qué curioso era el matrimonio de lady Martha. Se mostraban muy corteses entre ellos, incluso cordiales, pero nunca había un gesto o una palabra que...

—¿Helen? —La voz de su padre la paralizó en el pasillo. Helen se volvió. El doctor Watson estaba en la puerta de su despacho. —Pasa un momento, por favor.

—Pero, es que... tengo que subir a cambiarme para la cena.

—Por favor. Solo será un minuto.

Cuando su padre hablaba así, no había réplica posible. Helen entró cabizbaja y casi se dejó caer en la silla que le señaló, una de las destinadas a los pacientes que iban a la consulta. Mientras se quitaba los guantes de lana, empapados por la nieve, su padre rodeó el escritorio y se sentó en su sitio.

—Sobra decir que ni tú ni Sarah sois personas sigilosas. —Helen se ruborizó. —Creo que se ha dado cuenta de que nos estabais espiando, y eso me ha puesto en una situación muy desagradable.

—Perdón, padre.

El doctor Watson agitó la cabeza y la miró con amabilidad.

—Yo te entiendo, hija, pero debemos ser consecuentes con la situación y buscar lo mejor para tu futuro.

—Lo mejor será convertirme en médico y dirigir por mí misma esta consulta. —Negó con la cabeza. —No lo entiendo. ¿Por qué, en cuanto llega el momento de dar el paso, siempre intentas convencerme? ¿Por qué provocas esta situación diciéndole que quien se case conmigo se llevará una gran dote? No quiero casarme, quiero ser médico. Habíamos quedado en que, fuera como fuese ese hombre, este año que viene enviaríamos por fin mi solicitud a la Escuela de Medicina para Mujeres de Londres, y que más tarde completaría mis estudios en el Royal Free Hospital.

Él asintió, intentando contemporizar.

—Pero ten en cuenta que ni siquiera sabemos si te aceptarán.

—Edward... Lord Sackville —el marido de Gladys— me dijo que me recomendaría, que no habría ningún problema.

El doctor Watson asintió pensativo. Repiqueteó los dedos sobre la mesa.

—Sinceramente, querida, me siento muy orgulloso de tu determinación, pero ya me has oído. Estaría más tranquilo si reconsiderases la posibilidad de hacerte solo enfermera.

—¡Papá!

—Hazme caso, eso te deparará menos disgustos en la vida. Sabes cómo son las cosas. Muchos te van a reprochar que te salgas del camino esperado para una mujer.

—Desde luego que lo harán. Y me da miedo, papá, no lo niego. Pero yo quiero ser médico. Y no entiendo que se nos considere incapaces de ejercer bien esta profesión. Además, si las que podemos hacerlo no luchamos por conseguir dar estos pasos al frente, ¿qué ejemplo estaremos dando al resto de las mujeres? Dime. ¿Qué esperanza?

—A mí no me importa el resto de las mujeres, me importas tú. No quiero que te lastimen. —Ella apretó los labios. —Ese joven, el doctor Keller, parece un hombre cabal, y tiene... mmm... buena planta y una conversación interesante. Podría ser un buen esposo para ti, Helen. Se lo he sugerido y...

—Sí, ya te he oído. Soy parte del botín.

—No seas tonta, no digas eso.

—¿Cómo quieres que lo diga? Le has dicho que mi marido heredará este lugar, que yo podría ser una buena enfermera a sus órdenes y...

—Por Dios. Es verdad que lo he dicho porque, si te casas, podrías trabajar con él, como enfermera. Pero de ti depende que, con el tiempo, te deje actuar como médico, al menos en algunos casos, como he hecho yo estos últimos meses. Así mantendríais juntos la consulta y...

—Creí haberte oído decir que te importaba mi felicidad. ¿De verdad piensas que el que «me dejen actuar como médico» me hará feliz? ¿Te lo haría a ti?

Su padre se ruborizó, pillado en falta.

—Helen...

—*Quiero ser médico*. No es un capricho de niña ni una tontería pasajera. Es lo que quiero ser, lo que siempre he querido ser, lo sabes. Y no voy a cambiar de opinión.

Dada su firmeza, su padre empezó a recular, pero no sin intentarlo una vez más.

—Ya veremos. Quizá cuando lo conozcas, pienses de otro modo.

—¡Oh, por Dios! Nunca me has entendido —lo acusó y se puso en pie. —Está claro que nunca me has tomado en serio, papá. Ahora me doy cuenta.

—Niña...

—Dile a la señora Douglas que no tengo hambre. No quiero cenar. Y menos con ese hombre.

—Pero, Helen...

—Déjalo estar, papá.

Salió del despacho, subió las escaleras y se encerró en su dormitorio, aunque, en el último momento, volvió a abrir un segundo y miró con odio la puerta de la habitación de invitados, tras la que seguro que estaba aquel individuo horrible. Y riéndose a carcajadas.

¡Ser su enfermera! ¡Que la dejase jugar a los médicos! ¡Ja! Esperaba que fuese lo bastante sensato como para irse cuanto antes, tras el mensaje del ratón.

Porque si quería guerra la iba a tener.

Capítulo 3

El hombre horrible me gusta muchísimo

Helen se acostó pronto, pero durmió poco y mal.

Al día siguiente, según su costumbre, se levantó antes del amanecer para ocuparse de los fuegos de la casa. Primero encendía la cocina, para que cuando llegara la señora Douglas se encontrase ya los fogones calientes, listos para prepararle el desayuno a su padre. Además, sobre todo en invierno, aprovechaba para ponerse un cuenco de leche humeante y tomar un par de galletas. Con el frío que hacía en la casa, lo necesitaba.

Luego se ocupaba de la chimenea del despacho, la de la salita de espera y la que se usaba para examinar en privado a los pacientes, que debía estar especialmente caldeada. Si había prevista una operación de algún tipo, una que necesitase el quirófano, encendía también la estufa que tenía en uno de sus extremos, aunque eso raramente ocurría.

Como siempre era la primera en levantarse y no había nadie en la casa, solía bajar directamente en camión, y con una toquilla cuando hacía mal tiempo, como ese día. Había nevado toda la noche y los cristales de las ventanas estaban helados, aunque daba lo mismo, porque al abrir la de su dormitorio solo había encontrado oscuridad. Faltaba un buen rato hasta el amanecer.

Helen se puso las zapatillas, se echó la toquilla por encima y bajó dando saltitos por las escaleras. La casa estaba helada, con ese frío húmedo que se abría paso hasta los huesos, la pura dentellada del invierno. Si se ponía a encender chimeneas sin meter algo caliente en el cuerpo, se quedaría tiesa como uno de aquellos trozos de hielo, de modo que decidió empezar por la cocina para ponerse algo de leche.

Abrió, sin mayor ceremonia, y se llevó un buen sobresalto al ver al doctor Keller sentado a la mesa, con una taza delante.

—¡Ah! —gritó, y se arrebujó más en su toquilla, como si con ella pudiese cubrir todo su cuerpo. Su camión era uno de los que usaba en esa época del año, de gruesa lana gris perla, cerrado en el cuello con una bonita puntilla blanca y con manga larga, pero se sintió casi desnuda. Quizá así lo consideró él, porque su mirada pasó del sobresalto a un brillo que Helen no pudo definir, pero que la alejó del frío. Un calor intenso se extendió por sus mejillas. —¿Qué...?

—La señorita Watson, supongo —dijo él, poniéndose en pie y saludando con gesto gallardo. Estaba vestido con una bata gris oscuro con rayitas de un tono más claro, casi blanco, y un pijama de ese mismo color debajo. Las zapatillas eran unas pantuflas a juego. «Un hombre elegante, incluso en la cama», se dijo. Recordó que había contado que su padre era ayuda de cámara de un marqués. Por supuesto, alguien así habría enseñado a su hijo cómo debía vestir en todo momento. —Soy el doctor Keller, David Keller. Imagino que sabe...

—Sí, sé perfectamente quién es usted —replicó, tensa. Se recolocó las gafitas. —¿Qué hace aquí?

—Yo... Perdón. Me he puesto un poco de leche caliente. —Señaló hacia la cocina, que ya estaba encendida. Un cazo humeante daba buena prueba de ello. —Acostumbro a levantarme temprano, pero no quería molestar a nadie.

—Pues quizá debió hacerse notar, señor.

—Eso parece. Disculpe. —Se miraron sin saber qué añadir. Al final, él dijo—: Está usted helada. Acérquese a la cocina, lleva un rato encendida y ya da buen calor. Si no quiere leche, puedo prepararle un té. Iba a hacerlo, pero...

—Soy perfectamente capaz de hacerme un té yo sola, gracias —replicó ella. En realidad, hubiera querido decirle que era perfectamente capaz de hacer cualquier cosa que pudiera hacer él. Cualquiera, y mejor. Pero no se atrevió, no fuera a decirle que podía mantenerse haciendo el pino durante tres minutos y sobre una sola mano. El cuerpo musculoso que se adivinaba bajo la bata hacía suponer que fuera posible. Y también le provocó una sensación... extraña. Cálida. Algo que nunca había sentido hasta entonces. Hasta empezó a dejar de sentir el frío. Entró en pánico. —Sepa que nunca, jamás, en toda mi vida, me casaré con usted.

Él parpadeó.

—Señorita Watson...

—No tendrá mi consulta ni seré su enfermera, eternamente su inferior. Voy a ser médico, ¿lo entiende? —Alzó la naricilla. —Médico, como usted y como él. Si quiere ser mi enfermero estaré dispuesta a considerar la idea. Pero en esta consulta, el médico seré yo. ¿Ha quedado claro?

—Perfectamente —dijo él, con un tono tan frío como la mañana que estaban viviendo.

Se dirigió a la puerta. Helen pensó que se iría sin más, y aunque se sentía mortificada por haber sido tan desagradable, esperaba de verdad que cogiera sus cosas y desapareciera de su vida cuanto antes. De inmediato. Era tan perturbador, tan guapo, tan atractivo...

«El hombre horrible me gusta muchísimo», pensó, aterrada. Si se lo permitía, si se dejaba llevar, terminaría casada con él, sometida a él, perdida toda esperanza.

Se iría. Tras eso, se iría, seguro.

Pero entonces, él se giró y la miró. Sus ojos, de aquel color verde que la llevaba a pensar en un bosque denso e impenetrable, se centraron en ella de un modo tan intenso que casi sintió su roce físico.

—Nunca, jamás, en toda su vida... —murmuró la joven. Y casi sonó como una promesa, pese a no añadir nada más. O sí, pero fueron cosas difusas que quedaron flotando entre ellos, en el aire helado de la cocina.

Helen parpadeó, repentinamente insegura. Se quedó allí quieta hasta que él volvió a darle la espalda y se marchó. Entonces se abrazó a sí misma, sintiéndose aterida de frío. ¿Quién era aquel hombre? ¿Quién lo había cincelado de esa forma?

¿Y por qué se sentía tan atraída por él?

Qué contrariedad...

Avivó el fuego de la cocina, tomó algo de la leche caliente que el doctor Keller había puesto en un cazo sobre el fogón, encendió las chimeneas como de costumbre —lo que le llevó tanto tiempo que, cuando terminaba, oyó a su padre ir a la cocina, acompañado de aquel hombre— y subió a su dormitorio.

Había dejado la ventana abierta para ventilar, y el aire estaba helado. Cerró y se dirigió a la cama, con la intención de sacudir las sábanas y estirarlas.

Pero, nada más cogerlas, algo saltó, chillando.

—¡Ah! —gritó Helen, antes de darse cuenta de que solo era un ratón.

Capítulo 4

Caminando junto a Helen Watson bajo las ramas entrelazadas de un bosque nevado

—¡Ah! —Se oyó, en toda la casa.

Incluso en la cocina, donde el doctor Keller sonrió con satisfacción y el doctor Watson dejó escapar un suspiro.

—¿Acierto al sospechar que tiene usted algo que ver con ese grito?

—Mejor no pregunte. —David hizo un gesto ecuánime. —Pero sí puedo decirle que ha sido una réplica inofensiva.

—Ya. —Estaba molesto, se notaba, pero ya empezaba a saber que el doctor Watson era un hombre de talante tranquilo, poco dado al enfado. —Supongo que Helen hizo algo para merecer su réplica, aunque seguramente azuzada por su amiga Sarah, que es un diablillo. Pero no le recomiendo que mantenga esa cara de satisfacción, doctor Keller. Le recuerdo que tiene que caerle bien, es más, que tiene que conquistarla, si quiere esta consulta.

¿Quería la consulta? Sí. Ahora más que nunca, porque no iba a encontrar otra con un quirófano así. Lo había revisado a fondo en su deambular matutino y estaba muy bien montado, para su sorpresa. Si surgían casos problemáticos, sería una delicia poner allí en práctica todas las habilidades que había aprendido durante años.

Y el doctor Watson no había mentido, era partidario de una higiene total en el trato con enfermos. No solo estaba impecable el quirófano, sino que había una sala previa, con una fregadera donde se podía uno lavar las manos antes de entrar a operar. En los armarios había delante de un blanco impoluto y bien planchados.

Sí, quería ese sitio. Si lo dirigiera él, podría convertirse en una pequeña clínica famosa por la baja tasa de mortalidad de sus pacientes, a diferencia de lo que ocurría en los hospitales. Podría hacerse famosa y recibirían solo a los más ricos que...

No, qué tontería. De ocurrir algo así, Angélique no tardaría en localizarlo otra vez y volvería a empezar el tormento. Aunque quizá para entonces habría encontrado otro juguete —esa era su esperanza, —mejor no tentar la suerte.

Daba igual. En última instancia, ese sitio tan bien montado y tan bien organizado le ofrecía la posibilidad de mantenerse con dignidad, y no estar como en esos momentos, malviviendo de los pocos ahorros que le quedaban. Menos mal que el doctor Watson había respondido bien a su farol, porque de llegar a decir que era de los que no se lavaban las manos, David no hubiera sabido dónde meterse.

Luego estaban las razones... personales, aunque le costara reconocerlo.

No tenía palabras para describir la impresión que le había provocado la imagen de la señorita Watson con aquel camión tan poco favorecedor pero que, a la vez, la hacía tan hermosa. Había tenido que contenerse para no acariciar la larga melena rubia revuelta por el sueño, convertida en una maraña de hilos dorados, y le habían encantado las gafitas sobre la nariz, respingona y graciosa.

Desde que la vio, no dejaba de pensar en aquellos enormes ojos violeta, tan expresivos y tan hermosos pese a estar atrapados tras los cristales de unas gafitas de montura dorada.

Otros, muchos, se hubiesen sentido repelidos por la idea de llevar a su lado una mujer con gafas, algo poco femenino, porque parecía suponerle una inteligencia o una cultura impropias de su género. A él, Helen Watson hasta le gustaba incluso más por eso. Las gafas le daban un aire intelectual que le parecía muy atractivo.

«Nunca, jamás, en toda su vida».

David se frotó los ojos. Qué mal había empezado aquel asunto. Cómo podía ingeniárselas siempre para complicarlo todo...

De pronto se abrió la puerta de la cocina que daba al exterior y entró una anciana, envuelta en una nube de copos blancos que danzaban en el viento helado. La manta que llevaba sobre sombrero y abrigo estaba cubierta de nieve.

—Buenos días, doctores —dijo la señora Douglas, aunque su ceño fruncido no inducía a sentir que se iniciaba un buen día, y menos con aquella nevada. La noche anterior había podido comprobar que era una gran cocinera, y mantenía la casa como los chorros del oro, pero tenía un carácter territorial que no hubiera sido bienvenido en muchos hogares. —¿Qué hacen en mi cocina?

—Perdone, señora Douglas —replicó el doctor Watson, sumiso. —Nos hicimos un té. —Ella miró con desconfianza la tetera. —Hacía mucho frío.

—Pues si cree que hace frío aquí, espere a salir a la nieve —replicó la mujer mientras se quitaba la manta, el abrigo, el chal, las manoplas y el sombrero y los colgaba de un gancho en la pared tras la puerta, de donde cogió un delantal impecablemente blanco. Se lo ató con firmeza. —¡Juro que hoy nos van a invadir esos osos polares de los que hablaba el otro día la señorita Sarah!

El doctor Watson asintió.

—Y por lo que parece va a empeorar. Benson me dijo ayer mismo...

—¿El pastor o el carpintero?

—El pastor, el pastor... Me dijo que para Navidad tendremos tal nevada que nos cubrirá por completo la nieve. Y ya sabe que, como buen pastor, tiene buen ojo para el tiempo.

Entre charlas intrascendentes, la mujer les preparó unos huevos revueltos con salchichas, tomates asados y tostadas, que, David tuvo que reconocerlo, fueron una auténtica delicia. A eso añadió una nueva tetera que también tenía bastante mejor sabor que el que él mismo había preparado antes.

Estaban devorando aquello con ganas cuando llegó la señorita Watson, arreglada ya con un vestido azul que combinaba con sus ojos, un delantal blanco tan impecable como el de la cocinera y el cabello trenzado en un moño sencillo en la base de su nuca, algo que la hacía parecer mayor y más profesional. Con las gafitas, no podía estar más atractiva.

«Encantadora», se dijo David, a su pesar. No podía describirlo de otro modo. Y no podía entender por qué se le crispaban los dedos con el deseo de liberar aquella melena gloriosa y volver a enmarañar sus hilos de oro.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué era eso que le ocurría con Helen Watson? ¿Qué tenía de diferente? Se había sentido muchas veces atraído por mujeres, pero no de un modo tan peculiar. Y, por eso mismo, las palabras que había pronunciado no dejaban de retumbar en su cabeza.

«Nunca, jamás, en toda su vida».

¡Cómo quemaban, malditas fueran! Marcaban una línea, dejaban más que claro que la señorita Watson no se casaría con él si podía evitarlo. Y él, que había nacido bajo los designios

de una estrella oscura, tendría que seguir por la vida sin ella, y además buscar otro rincón donde poder ejercer su profesión. En una aldea habitada sobre todo por cabras, posiblemente. Al menos estas serían pacientes poco exigentes...

—Buenos días —dijo ella, en general, sin mirarlo, mientras se sentaba a la mesa, muy tiesa. ¿Qué habría hecho con el ratón? Seguramente, a decir de aquellos ojos bondadosos que tenía, ponerlo a salvo. La señora Douglas empezó a servirle una buena cantidad de huevos revueltos en un plato. Añadió una salchicha y estaba poniendo un tomate cuando la joven protestó débilmente. —No tengo mucha hambre...

—No importa, niña. Coma. Tiene que alimentarse.

—Pero no tengo tiempo. Y hoy tenemos un día complicado. —Miró a su padre, ignorando una vez más a David. —El señor Carson vendrá a quitarse el forúnculo a las nueve y media, papá. Y tenemos que decidir qué hacer con las anginas de Billy Collins. Todavía no ha llegado el tonsilotomo. Quizá sea mejor...

—Ya conoce las normas, señorita Watson. Haga el favor de no hablar del trabajo en mi mesa, y coma. —La cocinera le puso el plato delante y la joven renunció a seguir protestando. Comieron los tres en silencio durante unos momentos.

—Tengo entendido que ya se conocen —empezó el doctor Watson, tras un carraspeo. Los otros dos se limitaron a mirarse de reojo. —Seguro que se llevarán bien. A ambos les encanta la medicina. Helen conoce a todos los habitantes de Little Lake, doctor Keller. Cualquier duda, pregúntele a ella. —Por fin, la joven lo miró, y David captó una tormenta en sus ojos violeta, donde su enfado luchaba con su timidez. —Hoy pasaremos consulta juntos hasta las diez, con la operación del señor Carson incluida, para que se vaya familiarizando con los pacientes más habituales. Luego, usted seguirá aquí, atendiendo a quien quede y por si hay alguna urgencia, y yo acudiré a las visitas a domicilio que haya que hacer.

—Hoy hace muy mal día, papá, está nevando mucho —dijo Helen preocupada. —No deberías salir con este tiempo.

—Cariño, el tiempo va a empeorar en los próximos días. ¿Qué quieres, que me quede en casa? Tú mejor que nadie sabes la falta que hago en algunos hogares.

—Sí, lo sé. Pero...

—El trabajo de médico es así, ya lo sabes. No te preocupes, querida, llevo muchos años haciendo esto mismo y...

La vio tan angustiada que David no pudo por menos que intervenir:

—Puedo ir yo si quiere, doctor. Solo necesito un caballo.

El doctor Watson le sonrió.

—Se lo agradezco, pero usted no conoce el pueblo ni los alrededores.

—Yo lo puedo acompañar —propuso ella, y por alguna razón, a él le encantó la posibilidad. Se imaginó caminando junto a Helen Watson bajo las ramas entrelazadas de un bosque nevado, todo paz y belleza a su alrededor, y el corazón se le estremeció como no recordaba haberlo sentido nunca. ¿Qué demonios le pasaba?. —Podemos sacar el coche o podemos ir en Plata y Vereda. Yo lo guiaría encantada. Así podrías quedarte tú en casa.

—¿Y qué padre sería yo si me quedase en casa por temor al mal tiempo y enviase a mi hija en mi lugar? No, ni hablar. —La campanilla de la puerta de la salita de espera cortó toda discusión. —Nuestro primer paciente ha llegado —añadió, evidentemente aliviado al poder escapar de la situación. —Veamos de qué se trata.

Helen y David intercambiaron una mirada, mientras salía, esta vez directa y sin animadversión entre ellos. Él pensó decir algo y ella pareció a punto de hablar, pero ninguno lo

hizo.

David se levantó y salió de la cocina mascullando una disculpa.

Capítulo 5

Esta no es su consulta. Es la consulta de mi padre

Por suerte, tuvieron tanto trabajo a partir de las ocho que David pudo abstraerse de todos aquellos problemas.

Hasta poco después de las diez, el doctor Watson, su hija y él asistieron a una docena larga de parroquianos que se presentaron con diversos males menores y utilizaron el quirófano para operar de un feo forúnculo en la nalga derecha a un campesino llamado Rob Carson. El pobre hombre no pudo irse más agradecido, esperando con eso poder volver a sentarse sin dolores.

Eso le sirvió a David para poder ver que tanto el padre como la hija eran buenos profesionales, y se sintió satisfecho de poder trabajar con ellos. Siendo así, no tuvo problema en programar una amigdalectomía en cuanto recibieran el tonsilotomo que tenían encargado a Portsmouth.

—¡Ojalá se las pudiera sacar con una cuchara! —exclamó la madre, desesperada por el malestar del niño.

—Pues hubo cierto médico romano que las sacaba con los dedos —les dijo la señorita Watson, intentando bromear para tranquilizar al niño. —Metía la mano así —se metió los dedos en la boca haciendo aspavientos hasta que el niño rio, —las enganchaba y ¡zas!, las sacaba por sorpresa. Las pobres anginas salían tan mareadas que no eran capaces de decir ni «hola».

—Por Dios... —Ahora el niño reía, pero la madre había palidecido. —Eso no será verdad, señorita Watson.

David carraspeó. Lo del médico romano sí que era cierto —se llamaba Aulus Cornelius Celsus y vivió en el siglo I antes de Cristo, aunque le sorprendía que ella conociera el dato, —pero estaba claro que aquella señora prefería no saberlo.

La señorita Watson hizo una muequita evasiva.

—No, claro que no, Mery. ¡Las anginas no hablan! ¿Verdad, Billy?

Niño y enfermera rieron divertidos, y David parpadeó, conmovido.

Era un error, y lo sabía. Él no solía tratar con los pacientes más que lo mínimo imprescindible. En Londres habían sido en su mayoría gentes de la alta sociedad con demasiadas capas de hipocresía como para llegar a apreciarlos de verdad. Y esa mañana, al ir viendo a la gente de Little Lake, se había sentido un poco inquieto, incluso molesto, porque a ellos sí los veía como personas reales, pero no quería implicarse demasiado con estos. No quería intimar, ni ser su amigo. Esa era una norma básica en un médico, si no querías sufrir demasiado a lo largo de tu carrera.

Sin embargo, en ese momento sintió el impulso de intervenir y bromear también un poco.

—No te preocupes, Billy —le dijo al niño con amabilidad. —Todo va a ir muy bien y te sentirás estupendamente luego. Además, ¿a que no sabes? Lo mejor para recuperarse de la operación es comer helados.

—¿De verdad? —exclamó Billy, más animado todavía. —¡Mamá! ¡Ya has oído al médico! ¡Tengo que comer mucho helado!

Todos rieron por fin, relajando el ambiente de la consulta. Y David se sintió feliz al ver

sonreír a Helen, enternecida por la escena.

Los pacientes no dejaban de llegar, la mayoría aquejados de resfriados o de golpes por caídas en la nieve. Había tanto trabajo que el doctor Watson decidió quedarse hasta el mediodía antes de salir a hacer las visitas a domicilio que tenía programadas; pero era poco más de las once y media cuando llegó un hombre muy apurado con la noticia de que su esposa se había puesto de parto.

—Es un caso complicado —le confió el doctor Watson a David. —La señora Street ha tenido un mal embarazo, con mil problemas, y está muy asustada. Me voy de inmediato.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Helen.

—No. Mejor quédate con el doctor Keller y ayúdalo en todo lo que necesite.

Por la cara que puso la joven, no era lo que más le apetecía hacer, precisamente. Pero asintió y David creyó que en verdad iba a cumplir la promesa.

Hasta ese momento, la señorita Watson había demostrado ser una buena enfermera, tal como había dicho su padre, y tal como había podido comprobar él, tanto en el quirófano como en la consulta. Hacía pasar a los pacientes, mantenía los expedientes impecables y se ocupaba de que cada cosa estuviera siempre en su sitio y en perfecto estado de revista.

La única pega que le veía era su costumbre de decidir diagnósticos por su cuenta, algo que no parecía molestar a su padre, quizá porque siempre terminaba incluyéndolo, solicitando su aprobación. Además, David debía admitirlo, hasta el momento no había podido por menos que estar de acuerdo con sus valoraciones. Aquella joven tenía madera de buen médico, sin duda. Y quizá llegara a serlo algún día, pero a ratos parecía olvidar que todavía no lo era.

Por eso, en cuanto se marchó el doctor Watson, aquello pareció transformarse en la consulta de la doctora Watson.

—Buenos días, señoritas Dobson —dijo al acompañar dentro a dos ancianas gemelas. David estaba leyendo su expediente. En él decía que las dos hermanas vivían solas con una criada en la granja familiar, y que desde mediados de otoño se transmitían continuamente un catarro de una a otra... Dejó los papeles, esperando ser presentado y tomar las riendas de la entrevista, pero ella tenía otros planes. —Les presento al doctor Keller, el nuevo ayudante de mi padre. —Lo dijo como si hubiese sido un estudiante de primer curso, alguien presente solo para observar, y, sin darle opciones a intervenir, preguntó: ¿Otra vez con malestar?

—Ay, sí, niña —dijo una. Como se parecían tanto y vestían de negro, de un modo tan similar, David no hubiera sabido quién era quién, Mildred o Margaret. Por suerte, ellas mismas le dieron la información: Millie ha pasado toda la noche con fiebre.

—Y Maggie tiene fiebre ahora —replicó la otra, con la voz tomada por el resfriado. —Pero se hace la valiente, como siempre.

—No se preocupen. —La señorita Watson comprobó la temperatura de ambas ancianas, revisó sus pupilas y examinó sus gargantas. También auscultó sus pulmones, ante el asombro del silencioso David. —No deberían haber salido de casa. La próxima vez, me mandan a Dollie, y yo iré a visitarlas.

—Era por no molestar...

—No se preocupen. Ustedes nunca molestan. Pero vuelvan a casa, deben acostarse cuanto antes y que Dollie les prepare el té de siempre. ¿Les queda corteza de sauce?

—Creo que no. Y Dollie no quiere ir nunca a la botica, tiene miedo del señor Larrington.

—No me extraña —masculló la señorita Watson. —No se preocupen, ahora les doy yo un poco. Y esta tarde les llevaré preparado el tónico que les receta mi padre. Así de paso comprobaré qué tal están.

—Gracias, querida, ¡qué haríamos sin ti!

—¡Te esperamos esta tarde!

Las ancianas salieron, con un ligero saludo para David, y ella simuló no fijarse en su ceño fruncido o en su pose de censura, con los brazos cruzados y apoyado en uno de los muebles de la consulta. De hecho, preparó una bolsita con corteza de sauce que guardaba en un gran frasco tapado y salió sin decir nada.

Él respiró profundamente y decidió dejarlo estar. Intentaría saludar con simpatía al siguiente paciente y tratar de impedir que la joven lo ninguneara de nuevo, aunque actuaría con amabilidad. Firmeza y amabilidad, eso era. Al fin y al cabo, podía entenderla, podía comprender su ansia por establecer los límites de su territorio. Ya hablarían del tema con calma.

Pero pasaron diez minutos, quince, y ya no entró nadie. Intrigado, puesto que sabía que la sala de espera estaba llena a rebosar, David salió a mirar y vio que la señorita Watson tenía organizado un rincón con una camilla y una pequeña mesita en la que había, entre otras cosas, algunos artículos de botiquín y un recetario.

Pasó los ojos por la sala detectando varios pacientes recién atendidos, con vendas impolutas, y ella estaba hablando con un hombre que se sujetaba el estómago con gesto dolorido. Le estaba escribiendo algo en una receta.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó David, asombrado. Ella se sobresaltó y lo miró, culpable y ruborizada.

—No tiene que preocuparse, solo son casos menores. Lady Careth, la condesa viuda de Careth, se ha torcido el tobillo aquí cerca.

Señaló a una mujer que tenía un pie vendado puesto en alto. La que había pagado el quirófano, recordó David. Era de mediana edad y muy distinguida, con su abrigo de pieles finas y diamantes en anillos y pendientes. Aun así, parecía muy cordial. Había estado charlando animadamente con su vecina de asiento, una sencilla mujer de pueblo, pero ahora ambas los miraban con curiosidad.

—Milady... —saludó David, cortés.

—Doctor Keller, ¿cómo está? —respondió ella. —Yo, ya ve... ¡Ese condenado hielo! —exclamó de pronto, para su sorpresa, y lanzó una risa. —Menos mal que me encontraba en esta misma calle. Si no, George no me hubiese permitido venir, hubiese insistido en que la señorita Watson me visitase en Careth Lake. Mi mansión, ¿sabe? Y George es mi cochero. Bueno, mi acompañante oficial, a estas alturas de mi vida más importante que el de las fiestas.

—Lady Careth vive en Portsmouth habitualmente, su esposo era marino —le explicó la señorita Watson, llenándolo de detalles que poco le importaban. —Pero a ella le gusta más Little Lake.

—Y desde que mi Matthew no está, no tiene sentido que viva donde no me gusta. ¿No cree, doctor Keller?

—No, sin duda. —Se acercó a ella y señaló el pie. —¿Me permite?

—Pues... ya me lo ha atendido la señorita Watson y... ¡Ah! —exclamó en cuanto la tocó. —Bueno. Pero tenga cuidado.

—Por supuesto. —Tanteó, comprobando la situación. También concluyó que era una torcedura sin importancia, y el vendaje estaba muy bien puesto. Por alguna razón, eso lo irritó más todavía. —Gracias.

—No hay de qué, doctor.

—¿Ha atendido a alguien más en este tiempo? —preguntó David a la señorita Watson. Ella se encogió de hombros mientras seguía rellenando su receta. El hombre que estaba a su lado los

miró algo confuso. Era bajito, con aire timorato y dos grandes ojos que aumentaban la impresión de susto.

—Solo a la señora Fraser, que se ha caído al salir de casa. Y a la señora Wendell, que se ha cortado en la cocina.

—Y a mí —dijo el hombrecillo.

—Sí, al señor Smith. Tiene una pequeña indigestión. Es algo habitual cada vez que su esposa prepara *haggis*. Es escocesa —añadió, como si necesitase la explicación.

David frunció el ceño.

—Deje que vea eso. —Le cogió la receta y la miró. Era un tónico de hierbas digestivas, algo apropiado para el caso, lo que le puso de peor humor. Estaba llegando al límite. ¿Qué pintaba él allí? ¿Para qué demonios necesitaba el doctor Watson un ayudante si tenía una criada territorial en su casa y una hija territorial en la consulta? Sus ojos se dirigieron al pie de la cuartilla. Tenía la firma del doctor Watson. —¿Su padre permite esto?

La señorita Watson asintió.

—Desde hace varios meses, en previsión por el mal tiempo. Con la nieve, tarda más en sus salidas, de modo que las deja firmadas para que yo pueda darlas. Sabe que solo atenderé los casos más leves, los que conozco y...

—Por favor, no vuelva a hacerlo. No en mi presencia. O sin estar yo —corrigió al recordar que, simplemente, lo había dejado dentro, aislado, y se estaba ocupando ella sola de los pacientes. —Ni se le ocurra volver a atender a nadie estando yo en la casa. Su función es hacerlos entrar y yo me ocuparé de examinarlos, diagnosticarlos y decidir el tratamiento. De todos. Incluso de los casos más leves.

—Pero...

—Y sé que no es lo habitual, que cualquiera receta lo que quiere y cualquiera toma lo que le da la gana, al menos hasta que alguien entre en razón y se empiece a legislar al respecto. Pero, en mi consulta, seré el único que haga prescripciones, a menos que haya otro médico titulado para hacerlas. Y, desde luego, no las hará una niña con ínfulas de médico, escondiéndose tras la firma de otro.

Hasta ese momento algunos habían mantenido conversaciones por lo bajo, pero de pronto se hizo un silencio tenso en la salita de espera. David sintió sobre sí todos los ojos presentes. Mejor, esperaba que sirviera para que se comentase en el pueblo que el nuevo médico se tomaba su profesión muy en serio.

Pero había subestimado a la señorita Watson. Se recolocó las gafitas, nerviosa, pero también decidida.

—Esta no es su consulta. Es la consulta de mi padre.

—Quien me ha contratado a mí como ayudante. A mí, no a usted —replicó él. Ni siquiera se pensó lo que decía, tan enfadado se sentía ya. —Usted no es médico, señorita Watson. ¿Lo entiende? No es quién para diagnosticar ninguna dolencia, ni para prescribir ningún remedio. Y, la verdad, visto lo visto, dudo que lo sea alguna vez.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Cómo se atreve? ¡Soy tan capaz como usted!

—No hablo de capacidad, señorita Watson, hablo de decisión, de arrojo. Si tanto desea ser médico, ¿qué demonios hace aquí reponiendo vendas y actualizando expedientes? A su edad, yo ya estaba estudiando en la universidad. No lo tuve fácil, porque no tenía ni dónde caerme muerto, pero hice lo que tuve que hacer, todo lo malditamente necesario, para conseguir mi objetivo. *Porque quería ser médico*. Porque no era el capricho de una niña terca y tonta, incapaz

de conseguir marido sin que su padre la ayude: era una verdadera vocación.

Se oyeron exclamaciones indignadas. Ella se ruborizó de una forma casi alarmante. Sus ojos se llenaron de lágrimas y parpadeó para intentar contenerlas. Sin decir nada ni detenerse a coger el abrigo, se dirigió a la puerta de salida, que tintineó con el sonido de la campana colgada encima, y se fue corriendo. David pensó en ir tras ella, sintió el impulso de hacerlo —quería protegerla y consolarla, qué absurdo, cuando era él quien le había hecho daño, —pero supuso que no se alejaría demasiado, no sin abrigo. No tardaría en regresar.

Agitó la cabeza. ¿Qué había hecho? Estaba rabioso por cómo se le había presentado todo siempre en la vida hasta terminar ninguneado en aquella consulta perdida en los mapas, pero aquella muchacha no tenía la culpa. No del todo, al menos. Ella también tenía sus problemas.

Los pacientes de la sala lo miraban con enfado, sobre todo lady Careth. David carraspeó y fue hacia la puerta de la sala en la que atendían a los pacientes.

—Que pase el siguiente —dijo con voz sombría.

Pero nadie entró.

Capítulo 6

Un día volverá y sentirá que, en realidad, nunca se fue

Helen tenía intención de irse lejos, lo más lejos posible de aquel hombre espantoso que tanto la perturbaba, pero, nada más cruzar la puerta, el frío la desalentó de seguir corriendo.

O podría decirse que fue al contrario, porque aceleró más todavía para correr por el porche y entrar por la puerta de la cocina, donde la señora Douglas estaba ocupada en sus pucheros. La miró, quizá con algo de sorpresa, pero era una mujer poco expresiva por lo general. Helen pasó junto a ella a toda velocidad, llegó al vestíbulo y subió a su habitación. ¿Quería el doctor Keller ocuparse de los pacientes? ¡Pues muy bien, que lo hiciera, por completo! Pero ella no iba a trabajar de enfermera para él, ni hablar.

Se tumbó en la cama y dejó pasar el tiempo hasta la hora del almuerzo, aunque decidió no bajar. Solo le faltaba tener que compartir mesa con aquel hombre. No quería verlo, ni siquiera cuando llegó a la conclusión de que quizá no estuviera tan desencaminado en las cosas terribles que le había dicho.

No, no había sitio para dudas, ella sabía que tenía razón, no podía seguir negándolo. De haber tenido más determinación, de haber sido menos tímida y más decidida, ya estaría estudiando Medicina en Londres. Sobre todo ahora que su amiga Gladys vivía allí, convertida en la condesa de Sackville.

Cierto que su padre la había llevado a demorarlo una y otra vez. A los diecisiete años le dijo que todavía estaba muy reciente la muerte de su madre, y que todavía la necesitaba mucho a su lado. A los dieciocho, arguyó que necesitaba su apoyo en la consulta hasta que consiguiese un ayudante apropiado. Y, ahora, a los diecinueve, mostraba sus cartas y le decía que lo más seguro para ella era quedarse en casa, asumiendo el papel que siempre se esperaba de una mujer.

Helen quería mucho, muchísimo a su padre. Pero de pronto se daba cuenta de que él nunca la había tomado en serio, ni quería respaldarla en sus pretensiones. Por amor, sin duda. Por miedo a que le hicieran daño, a que se topase con el rechazo de tanta gente perversa que había en el mundo. Por querer protegerla de todo.

Pero, en conclusión, no iba a ayudarla.

Y si lo pensaba bien, ella misma se había dejado convencer una y otra vez, porque vivía aterrada ante la idea de salir de Little Lake para iniciar esa guerra. Era retraída por naturaleza y tenía miedo de las malas caras, los malos gestos que iba a encontrar. Y, también, de dejar a su padre solo, ahora que se hacía mayor.

«Soy una cobarde». Excepto por la última excusa, lo era, no podía negarlo. El doctor Keller tenía razón, tendría que haber solicitado la entrada en la Escuela de Medicina para Mujeres de Londres un año atrás, quizá dos. Pero no se había decidido a dar el paso.

¿Y qué había hecho él —eso que le había costado tanto— para conseguir sus estudios? Porque lo decían sus ojos. Había una sombra muy oscura en ellos mientras pronunciaba esas palabras.

A la hora del almuerzo, se abrió la puerta, sin llamadas ni consideraciones. Puesto que era la señora Douglas y ya la conocía —pese a su gesto eternamente adusto, siempre estaba pendiente

del bienestar de la casa, y sabía que la quería mucho, —no protestó. La mujer llevaba una bandeja con el almuerzo.

—No tengo hambre —le dijo, eso sí.

—No he preguntado nada —replicó la señora Douglas. —Y no lo he hecho porque tiene que comer. Y tiene que cambiar de actitud, niña —añadió mientras hacía hueco en el tocador para depositar la bandeja. —Échele arrojito a la vida. Por si todavía no se ha dado cuenta, este mundo es como un caballo desbocado: solo obedecerá a quien tenga el valor y la decisión de domarlo.

—¿Ya se ha enterado de lo que ha pasado?

—Sí. Me lo ha dicho la señora Merryweather. Vino toda apurada, minutos después de que usted cruzase la cocina como un rayo.

—Oh. —La señora Merryweather estaba en la salita de espera. Había ido por una uña que se había golpeado y se le había puesto negra. Poca cosa, pero esperaba que el doctor Keller la atendiese bien. —¿Y qué opina?

—Que ese hombre tiene algo malo dentro. Lo vi nada más mirarlo a los ojos. No es que sea malo, entiéndame, es que está herido. —Helen parpadeó, considerando la idea. —Y también opino que tiene más razón que un santo en las cosas que le dijo, aunque las expresara sin tener ni idea de lo que estaba hablando. Usted tiene miedo, pero, de ser las cosas distintas, hace tiempo que se hubiese ido a Londres. Yo lo sé. Un hijo tiene muy difícil abandonar el hogar en sus condiciones, señorita Watson. No se mortifique.

—Gracias... —Sí, resultaba difícil enfrentarte al mundo cuando en casa te desalentaban de hacerlo. —Y encuentro muy sabio su comentario sobre la vida. Además, me gusta mucho la imagen del caballo. —Helen suspiró y se sentó en la cama, rodeando las rodillas con los brazos. —Pero a veces me pregunto si no será un tema sin solución, porque soy demasiado tímida para mis ambiciones.

—Tonterías. Será usted una gran médica. Hágame caso, niña, pida esa plaza y váyase a Londres. Yo cuidaré de su padre.

—Gracias, señora Douglas. Lo que pasa es que... también me cuesta la idea de pensar en vivir sin tenerlo a mi lado. Cuando murió mi madre aprendí que la vida pasa muy rápido y que los momentos atesorados con los seres queridos son muy importantes. Si me voy, me perdería muchos con él.

La señora Douglas casi hasta sonrió.

—Y si no se va, se perderá muchos propios, niña. La vida es así, momentos en los que puedes estar donde y con quien quieres y momentos en los que no, porque tus propias necesidades te llevan a otro lado. Ya ve, mi marido y yo ahora vivimos esperando la vuelta de mis dos nietos. Podrían haberse quedado con nosotros, pero entonces no habrían vivido sus vidas.

—¿Cómo están Timmy y Jimmy? —La señora Douglas tenía dos nietos tan grandes como encantadores, muy serviciales. Trabajaban de estibadores en el puerto de Portsmouth y solo volvían a Little Lake para las vacaciones.

—Bien. Vendrán para Navidad. —Descartó el tema con un gesto. —Pero el caso es que lo importante de los momentos es aprovecharlos cuando surgen, y aprovecharlos bien. Usted vendrá en vacaciones, y serán épocas inolvidables para todos. Además, que digo yo que los estudios esos no durarán siempre. Un día volverá y sentirá que, en realidad, nunca se fue.

—Sí, supongo que tiene razón. —Sonrió. —Gracias, señora Douglas. Por favor, dígame a mi padre que estoy bien. Solo es una migraña. Luego saldré, he quedado en pasarme a comprobar cómo están las hermanas Dobson. Y después pasearé un poco con Sarah.

La mujer asintió y salió sin decir más.

Helen no se quedó allí. Aprovechó el rato del almuerzo, en el que sabía que el doctor Keller estaría en la cocina, y fue a la habitación donde su padre preparaba algunos compuestos para sus pacientes a partir de los materiales comprados en la botica. Como se conocía de memoria el tónico que tomaban las señoritas Dobson, no tardó más de cinco minutos en tener lista una botellita. Luego subió, comió a solas y descansó un rato hasta que consideró que era un buen momento para alistarse y visitarlas.

Bajó ya con el abrigo puesto y colocándose los guantes. Estaba a la mitad de la escalera cuando se abrió la puerta del despacho de su padre y salió el doctor Keller.

—Buenas tardes, señorita Watson —empezó, algo torpe. Carraspeó. —Me ha dicho la señora Douglas que va a ver a las hermanas Dobson...

—¿De verdad? —Trató de imaginar una respuesta cortante como las que sabía soltar Sarah. —Se ha equivocado. Solo voy a ver si soy capaz de encontrar marido por mí misma.

Lo oyó maldecir mientras abría la puerta de la calle y salía al aire helado del atardecer. Caminó contenta por el camino de baldosas blancas, que ahora estaba casi invisible bajo la capa de nieve aplastada. Acababa de descubrir que actuar como Sarah resultaba de lo más satisfactorio. Ojalá pudiera ser siempre así, despreocupada y decidida.

Estaba llegando a la cancela cuando oyó la puerta. Miró hacia atrás y vio con sorpresa que el doctor Keller la seguía mientras se ponía apresuradamente el abrigo, el sombrero, la bufanda y los guantes.

—¡Espere! —la llamó. —¡La acompañaré!

—Ni hablar. Pero ¿qué dice? Me espantará a los admiradores.

Él arqueó una ceja.

—Supongo que me lo tengo merecido. —Con movimientos ágiles, la sobrepasó, le abrió la cancela y le cedió el paso con cortesía. —Le debo una disculpa. Perdóneme, señorita Watson. Sé que esta mañana hablé más de la cuenta y dije cosas hirientes porque me sentía... Me sentía herido, supongo.

Helen parpadeó, indecisa. Tenía que admitir, a su pesar, que también había tenido algo de culpa. Había buscado ignorarlo por completo, incluso incomodarlo, para que se fuera del pueblo enfadado. No quería ser su enfermera y no lo había sido.

—Sí que fue hiriente...

—Y ridículo —admitió él, caminando lentamente a su lado. El suelo estaba peligroso, muy resbaladizo. —Me consta que usted podría conseguir marido por su cuenta, si se lo propusiera. Es una mujer hermosa, y lista.

—No me lo recuerde más. Y, para que vea, asumo mi parte de culpa, aunque ya le había dicho que no quiero ser su enfermera. Lo soy de mi padre, porque es mi padre y no me importa dedicarle ese tiempo. Pero no lo haré con usted.

—Ya... Usted y yo queremos ser médicos, sin más.

—Eso es.

—Muy bien, quizá ambos pudiéramos encontrar un término medio con el que poder conseguirlo todo.

—No lo entiendo.

—Ya... Yo tampoco. —Tardó un par de segundos en continuar, tras elegir el modo. —Yo no quería casarme. Al venir aquí, era lo último en lo que pensaba, y cuando lo sugirió su padre me sentí... estafado. Atrapado y engañado. No tengo nada, señorita Watson, nada excepto mi talento como médico. Vivo de lo que queda de unos ahorros que ya casi ni existen. No podría ni alquilar

una habitación más allá de un par de semanas, como para tener un sitio en el que recibir o atender pacientes. Necesito algo como lo que tienen ustedes, algo con lo que poder empezar.

—Sí, pero...

—Por eso vine hasta aquí —la interrumpió él. —Y de pronto descubrí que debía agradar a otra mujer... —Agitó la cabeza, como molesto consigo mismo. ¿Otra mujer? ¿A qué se refería? —A una mujer, tenía que contentar a una mujer si quería tener siquiera este consultorio en un pueblo remoto.

—Little Lake no es un pueblo remoto.

—Yo vengo de Escocia.

—Eso sí que pilla lejos, ¿no cree?

El doctor Keller sonrió. ¡Por Dios, qué guapo era!

—Sí, a fe mía. Muy lejos. La cuestión, señorita Watson, es que, ahora mismo y tras conocerla, yo sí consideraría la posibilidad del matrimonio. No por el hecho en sí, entiéndame —aclaró, sin percatarse de la decepción de Helen, —sino porque me gustaría mucho fundar una familia. Tener niños.

—Quiere tener niños...

—Sí. Muchos. Sería un buen padre y un buen marido, señorita Watson. Le doy mi palabra de que trataría siempre de hacerla feliz.

—Seguro que sí —murmuró ella, pensativa. Lo cierto era que había razones mucho menos conmovedoras para desear casarse. Ella también quería formar una familia grande, bulliciosa y feliz. —Y, dígame, ha mencionado que ha llegado a esa conclusión tras conocerme —dijo, empujada por un arrebató de coquetería. —¿Qué es lo que ha encontrado en mí que no encontró antes en otras?

—Oh, es una excelente enfermera y... ¿Qué? —exclamó, cuando ella lo golpeó con el bolsito. —¿Qué he dicho?

Helen lo miró enojada.

—Ya lo sabe.

—Demonios, no me ha dejado terminar. Es una excelente enfermera y sería una gran médica. Y yo puedo ayudarla a serlo. Usted quiere estudiar y...

—Y, ya que estamos, ¿qué hizo usted para poder estudiar Medicina? —le preguntó ella, de forma abrupta. Él abrió mucho los ojos, tomado por sorpresa. —Cuando lo mencionó, dio la impresión de que fue algo que le costó mucho.

El doctor Keller tomó aire.

—Buena parte de mi alma —admitió. —Si alguna vez llegamos a ser amigos, quizá se lo cuente.

—Ya... —Caminaron unos segundos en silencio. —¿Es la causa de que me hablase así esta mañana?

Él hizo una mueca.

—Está relacionado. —Se frotó las comisuras de los ojos. —Ya me disculpé, pero no me importa volver a hacerlo. No debí decirle esas cosas en público.

—Quizá no debió decir las, sin más.

—¿Está segura? —La miró de una forma evaluativa. —Dígame, ¿cuántos años tiene? Le calculo unos dieciocho, veinte quizá.

—Diecinueve.

—Diecinueve. ¿Y quiere decirme por qué no se ha inscrito todavía en la Escuela de Medicina para Mujeres? Si tanto desea ser médico, ¿por qué todavía no lo ha hecho?

Ella dudó.

—Tengo miedo —admitió. ¿Por qué no hacerlo? Hablar con la señora Douglas había sido de mucha ayuda. Quizá él pudiera aportar algún que otro consejo.

—¿De qué?

—Del rechazo. De la soledad. También me asusta dejar aquí solo a mi padre. Se hace mayor, no quiero que esté solo. —Por fin, hubo un titilar de sentimiento tras aquellas pupilas tan severas. —Vivo atrapada en el miedo, y mi padre... bueno, usted ya ha visto que no me anima precisamente a intentarlo. Al contrario, me da excusas para no hacerlo. Me aconseja que me conforme con lo que la sociedad tiene previsto para mí... —Agitó la cabeza. —Supongo que eso le parecerá reprobable.

—¿Reproable? No. —Se encogió de hombros. —Pero me hace dudar de su auténtica vocación.

—¿Qué? ¿Y eso por qué? Quiero ser médico.

—¿Seguro? —Se detuvo y la miró. —Apenas la oigo, señorita Watson.

—¡Quiero ser médico! —repitió ella, más alto.

—Entonces, ¿qué hace aquí, sin empezar su preparación?

—Ya se lo he dicho. Tengo miedo. Además, mi padre...

—Los padres a veces nos ahogan con su amor, nos impiden alcanzar lo que ambicionamos porque temen que nos pase algo en el intento. No haga caso, la vida es un...

—Un caballo desbocado, y obedecerá a quien tenga el valor de domarlo.

El doctor Keller la miró divertido.

—Sí, eso es. Si de verdad quiere tomar las riendas, dígaselo a su padre. Dígale que ya no caben más demoras, que tiene que ser de inmediato. Además, ahora lo tienen más fácil. No hay necesidad de que se separen. Su padre puede ir con usted a Londres, y así podrá apoyarla. Mientras, yo me ocuparé de esta consulta y les enviaré la parte de ganancias correspondiente. Y, en un tiempo, hablaremos de qué soluciones podemos encontrar, juntos.

Como propuesta no sonaba mal. Incluso ese «juntos» que había colocado al final. Se imaginó volviendo convertida en médico, trabajando los dos mano a mano bajo la sabia guía de su padre. Quizá, con el paso de los días, pudiera romper esa capa de frialdad que cubría el corazón del doctor Keller. Y, de ser así...

Se lo imaginó sonriendo, inclinándose hacia ella para besarla, y sintió una especie de revoloteo en el estómago.

«Ojalá», se dijo. Ojalá.

Pero había un par de detalles en todo aquello que no acababan de convencerla.

—¿Y propone quedarse usted aquí? —empezó, planteando el más grave de todos. —Pero no conoce a los vecinos, y los pocos que lo han tratado no se han llevado una buena impresión. Antes de nada, deberíamos...

—Eso no me importa. Yo solo soy su médico, no su sacerdote, su familiar o su amigo. —Se encogió de hombros con desdén. —Por mí, ya pueden odiarme. Si no quieren que los atienda, es que tanto no les dolía.

Helen lo miró anonadada.

—Si así piensa, no será jamás un buen médico —le dijo, dejándose llevar por el corazón. —Para serlo hay que apreciar a la gente, y está claro que usted no lo hace. Apuesto a que, cuando atiende un caso, solo piensa en la enfermedad o en su propia pericia, no en el enfermo. Qué gran error. —Lo miró con pena. —No sé qué le pasó, o si nació así, pero no tiene ni idea de lo que supone ser un buen médico.

—Tonterías —replicó él, evidentemente incómodo, quizá porque intuía cierta verdad en esas palabras. —¿Qué busca cuando acude a un médico? ¿Un buen tratamiento o simpatías?

—¿Por qué hay que elegir una cosa o la otra? Cuando alguien busca a un médico es porque se siente mal, y está asustado y preocupado, y tiene más necesidad que nunca de afecto. Aborrezco los médicos que se distancian, los que se creen casi divinos y tratan a sus pacientes como si fueran simples trozos de carne sobre los que experimentar. Empiezo a sospechar que usted es uno de ellos.

—Yo no maltrato a mis pacientes.

—La frialdad es un modo de maltrato.

Él la miró de un modo raro. Al principio creyó que era desdén, pero no. Era incompreensión, y también algo más.

—No sé si es usted tonta o solo un alma pura, lo que viene a ser lo mismo. Lo que sí puedo decirle, a ciencia cierta, es que, si se implica, sufrirá. La gente sufre, la gente muere. Como médico, tiene que mantener una distancia para no terminar colapsado por el dolor.

—Prefiero sufrir a permitir que uno solo de mis pacientes sienta que no me implico de corazón en su caso.

—Yo prefiero sufrir por lo que de verdad merece la pena, señorita Watson.

—¿Lo ve? No considera que hacer un poco felices a los demás merezca la pena. Por eso no será nunca un buen médico.

—¿Otra vez? ¿Cómo se atreve? —replicó él, claramente enfadado. —Le recuerdo que, de los dos aquí presentes, soy el único al que le han reconocido los valores necesarios para ser un buen médico. Vaya a Londres y vuelva con su título, si es que es capaz de ganárselo, y hablaremos. Quizá entonces tenga algo que enseñarme de verdad.

—Es usted odioso. —Le dio la espalda. Cuando vio que iba a seguirla, lo miró. —No venga conmigo, ni se le ocurra. No permitiré que moleste a las señoritas Dobson. Y ya puede olvidarse de cualquier acuerdo entre nosotros.

—Señorita Watson...

—Quiero que se vaya de mi casa y de mi pueblo. —Recordó lo que le había dicho, de que vivía de sus ahorros. —Si necesita dinero para empezar en otro lado, puedo prestárselo encantada. Pero no voy a casarme con usted ni mucho menos voy a compartir profesión, visto lo visto.

—Pero...

—Ya me ha oído. Aléjese de mí o le daré otra vez con el bolso.

Y allí lo dejó, en mitad del pueblo helado.

Capítulo 7

Tendrás dos chelines si asustas al doctor Keller

Los días siguientes transcurrieron tranquilos en la consulta del doctor Watson, aunque no hubo la alegría habitual que reinaba otros años en esas fechas navideñas.

Helen no volvió a intentar sabotear el trabajo del doctor Keller y él la trataba siempre con distancia y cortesía. Hubo más de un momento en el que creyó que iba a pedirle disculpas por lo ocurrido durante su última disputa, que iba a reconocer que debía cambiar como persona, pero no lo hizo, por lo que la sima que los separaba no solo no menguó con la charla que habían tenido, sino que se hizo más ancha y profunda que antes.

Si se cruzaban en el pasillo, pasaban sin hablar ni mirarse. En la mesa, ella guardaba silencio casi siempre, a menos que fuera necesario decir algo por obligación, y el doctor Keller solía centrarse en temas médicos con su padre.

Pero la realidad, la que le costaba aceptar, era que, pese a detestar aquella frialdad de la que había hecho alarde, se sentía atraída por él de un modo cada vez más intenso. Al margen de su físico —siempre le había parecido el hombre más guapo que había visto, más incluso que Edward o que sir Walter, —le gustaba todo cuanto conformaba la persona de David Keller: el modo en que caminaba, su forma de agitar la cabeza ante un problema, haciendo oscilar los rizos de su frente, el aire efectivo y profesional con el que calmaba y examinaba a los pacientes...

Pese a lo que le había dicho, a aquella distancia espiritual que establecía con todo, no podía negar que era un gran médico, y un hombre con el que se hubiera sentido orgullosa de formar pareja en la vida.

—Ya estás pensando en él —le dijo Sarah una tarde.

Su amiga se había empeñado en salir de la isla y habían dejado atrás el pueblo y El Puente. A lo lejos, Little Lake mostraba un aspecto maravilloso, mágico, con el hielo que lo convertía todo en cristal, y la nieve que lo arropaba con su pureza. Era una bonita vista, pero hacía tanto frío que no hubieran ido hasta allí solo por admirarla.

¿Qué pretendía Sarah? No le había dicho dónde quería ir, pero daba la impresión de que deseaba visitar a lady Martha, la cuñada de Gladys, que vivía en una granja a un par de kilómetros. Los caminos no estaban muy transitables, pero habían retirado la nieve de algunos, para que pasaran más cómodamente los carros y el coche de postas que iba a Londres y a Portsmouth.

—Pues sí —reconoció, malhumorada. —No puedo soportar su... frialdad. No tiene corazón.

—Quizá alguien se lo haya destrozado.

—Yo creo que nació sin él.

Sarah rio.

—No te preocupes. Este asunto está a punto de terminar. Se me ha ocurrido una idea para echarlo de Little Lake.

Helen la miró intrigada.

—¿Cuál?

Sarah se detuvo.

—Antes de decirlo, tenemos que jurar las dos que jamás hablaremos de lo que ocurra esta noche.

—¿Qué dices? —Helen la miró con suspicacia. A veces, Sarah no sabía ver dónde estaban los límites. —¿Qué estás tramando?

—Vamos a jurarlo, o nos volvemos al pueblo.

—Sabes que, si digo de volver, me lo contarás todo con pelos y señales, tratando de convencerme de llevar a cabo tu loco plan.

—Sí, pero me quieres mucho. No serás tan malvada.

Helen se echó a reír.

—Oh, está bien. Lo juro.

—Y yo.

Ambas marcaron una cruz sobre sus pechos. Tal como habían afirmado siempre, si incumplían el juramento, su alma se escaparía por allí. Se miraron, riendo.

—Ya no somos unas niñas, Sarah.

—No, no lo somos. Pero no me importa. Es un juramento irrompible.

—Lo sé. —Volvió a reír. —Dime, ¿adónde vamos?

—A contratar un matón.

—¿Qué?

—Lo que has oído —replicó su amiga, muy satisfecha de sí misma. Hasta dio unas palmaditas. —Vamos a contratar a alguien para que lo asuste. ¡Ja! Se verá obligado a irse si no quiere que le rompan esa bonita y arrogante nariz que tiene.

Helen abrió mucho los ojos. Tardó un segundo de más en encontrar algo que decir.

—No podemos hacer eso.

—Claro que sí. No le pasará nada, no te preocupes. Solo queremos asustarlo.

—Pero...

—¿Qué? ¿Qué pasa, Helen? —Sarah se detuvo, con expresión de desconcierto. —Te habló de mala manera delante de todos y luego alardeó de ser un médico sin corazón, al que le daba igual lo que sintiesen los enfermos. No se puede consentir.

—No. Es cierto.

—Perfecto. Entonces, vamos —añadió, retomando el camino. Helen la siguió. Se estaban alejando mucho del pueblo.

—¿Adónde?

—A El Fondo del Lago, por supuesto. Es donde están los matones.

—¡No! —Pero Sarah ya había echado a correr.

El Fondo del Lago era la taberna local. Situada en una zona de bosque junto al lago, justo al otro lado de la parroquia de Saint George —como si fuesen el cielo y el infierno del sitio, —servía bebidas hasta altas horas y tenía mujeres de mala reputación que raramente iban por el pueblo, como si ellas fueran las únicas culpables de algún crimen, y no sus clientes, los únicos en disposición de poder elegir si ir allí o no.

A Helen le indignaba aquella injusticia, pero no sabía qué hacer para arreglarlo, como le ocurría con tantas cosas equivocadas del mundo. Su padre había atendido a más de una, por diversas causas, pero nunca había permitido que lo acompañase, ni había hablado con ninguna.

El lugar era una gran casa de madera, vieja, oscura y de aire siniestro, tan mal cuidada que, de no ser por las luces y la música, hubiera dado la impresión de estar abandonada en el bosque. Los árboles la acechaban de cerca, como esperando el momento de recuperar toda aquella madera, y tenía un pequeño embarcadero en la orilla, con una barca amarrada. Como nadie la

había sacado, a saber desde cuándo se había quedado allí, rodeada de hielo, al congelarse el lago. Un detalle más que dejaba claro que en ese lugar a nadie le importaba nada.

Sarah y Helen se apostaron en las cercanías, tras una valla cubierta de zarzas casi aplastadas por el peso de la nieve que soportaban, en el lateral más cercano a la puerta principal, pero pasaron casi cinco minutos y no entró ni salió nadie, solo se oía la música estridente de un piano desafinado y las voces y risas de los borrachos. ¡Qué lugar más espantoso! ¡Y qué frío intenso hacía, demasiado como para seguir allí, quietas! Estaba a punto de decirle a Sarah que se iba, que debían marcharse de allí cuanto antes, cuando vieron salir a Tom McAffrey, el Rizos, un delincuente de poca monta que, en tiempos, había ido a la escuela con ellas.

Tom era un joven espigado, alto y guapo, que vivía de lo que podía, y a saber dónde dormía con aquel frío. Tenía unos ojos pardos que casi parecían amarillos bajo cierta luz, siempre envueltos en un aire ladino que lo seguía a todas partes, aunque su rasgo más notable, con diferencia, era la maraña de rizos revueltos, pero aun así brillantes y bonitos, que formaba su cabello pelirrojo y que le había procurado el apodo desde niño.

Su padre, un escocés de tercera generación asentado en Little Lake, había tenido unas tierras, pero las perdió en una apuesta en ese mismo tugurio, estando completamente borracho, y había desaparecido al poco tiempo. Algunos decían que Tom lo había matado, por las palizas que le daba y por haberlo condenado a la miseria, pero nunca había habido pruebas de algo así.

—Oh, genial —susurró Sarah. —Vamos. Tom nos puede servir.

—¿Qué dices? —Helen abrió mucho los ojos. —¿Y si mató a su padre? ¿Y si mata al doctor Keller?

Sarah la miró con burla y simuló reflexionar un momento.

—Le diremos que si lo mata no cobrará.

—¿Y si nos mata a nosotras?

—¿Tom? Pero ¿qué dices? —Se le escapó una risa. —En el colegio le di más de una torta y jamás intentó asesinarme.

—Pero no sabemos cómo es ahora. Quizá ese mundo en el que vive lo haya embrutecido y se haya vuelto violento... Y también está lo de su padre...

—¡Oh, por Dios, Helen! ¿Por qué te tienes que poner siempre en lo peor?

—Porque tú te pones siempre en lo...

—Vaya, vaya, las señoritas Holmes y Watson —dijo una voz, sobresaltándolas. Tom se estaba asomando por encima de la valla cubierta de zarzas tras la que se encontraban. —¿Se puede saber qué estáis haciendo ahí escondidas como dos ratitas asustadas?

Sarah y Helen lo miraron con sendos ceños fruncidos.

—No nos escondemos —replicó la primera. —Y no estamos asustadas.

—Eso es. Estábamos pensando —aseguró la segunda.

—¿Ah, sí? ¿En qué? —Ellas se limitaron a mirarse, inseguras de si seguir adelante con aquel plan descabellado o no. Helen estaba a punto de hablar, para salir del paso con cualquier excusa, cuando el chico saltó la valla, provocando un pequeño alud de nieve que las cubrió de pies a cabeza, y se apostó con ellas. —Silencio —ordenó.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen, tratando de librarse de la nieve antes de que empapase demasiado la ropa, una tarea que sospechaba inútil.

—Dalton. —Ante la mención del nombre, los tres se asomaron por encima de la valla. Helen reconoció a Freddy Dalton, el policía de Little Lake, un hombre atractivo pero demasiado oscuro para su gusto. Había cortejado a su amiga Gladys hasta que esta se casó con el conde de Sackville, y últimamente sentía que la miraba mucho a ella.

«Imaginaciones tuyas», se dijo. Pero, por si acaso, cruzó los dedos disimuladamente.

—¿Te está buscando? —susurró Sarah. —¿Has robado otra vaca? ¿O entrado en otra casa?

—Si lo hubiera hecho, no te lo diría. —Tom frunció el ceño en la penumbra. —Pero me da que quiere endilgarme la muerte de la vieja Perkins.

—¿La de la bruja? ¿Por qué?

—Al parecer, los señoritingos que han venido últimamente, ese con el que se casó Gladys sobre todo, además de su amigo el baronet, están empeñados en llegar al fondo del asunto. Y Dalton está cribando a todos, a ver a cuál se lo endilga. Creo que soy su preferido.

—¿Por qué?

—Porque soy el único más guapo que él. —Aunque fuera verdad, Sarah y Helen lo miraron con ojos entornados, y Tom se echó a reír. —Vale, vale. Porque no tengo coartada. Pero no voy a decirle dónde estaba, Sarah, así que no empieces con tus interrogatorios.

—¿Y eso por qué? —preguntó la aludida, intrigada. —¿Dónde estabas?

A la escasa luz que llegaba de la casa, Tom sonrió.

—Te lo diré si me das un beso.

—Ja. Ni lo sueñes.

—Pero Dalton buscará al culpable —protestó Helen, más interesada en ese tema que en el flirteo de los otros dos. —No se lo colocará a cualquiera. Es un agente de la ley.

—Parece que no lo conoces. ¿Acaso crees que le importa la justicia? Buscará cómo mejorar su posición en la policía, ante todo. Además... No sé... Creo que me tiene enfilado.

—¿A qué te refieres?

—Lo vi reunirse hace unos meses con un par de tipos, de noche. Estaban en... ¿habéis entrado alguna vez en El Fondo?

—¡No! —exclamaron Helen y Sarah al unísono, con idéntica expresión de horror. ¿Cómo se le ocurría semejante cosa? Ellas eran unas señoritas.

Tom se echó a reír, pero empezó a chistar para que bajasen la voz.

—Silencio, o nos oirá. Demonios, qué cara de espanto se os ha puesto. Menudas señoritingas estáis hechas.

—Oye, tú... —dijo Sarah, dándole un empujón en un brazo. —Sin insultar.

—Vale, vale... Pues os diré que hay reservados, rincones muy oscuros, donde pueden hacerse cosas que vosotras ni imagináis. Y Dalton y sus amigos se reunieron en uno de ellos, el que queda más al fondo de El Fondo —rio su propia gracia, —pero puse la oreja. Uno era alguien importante y *cultivísimo*...

—Cultísimo —lo corrigió Sarah.

—También, también. Pero lo más llamativo era su voz. Era... no sé, rara. Profunda y cavernosa. Daba miedo. Lo llamaban «profesor». Al otro tampoco lo había visto nunca, aunque desde entonces frecuente El Fondo bastante a menudo, y dice llamarse Sebastian Moore. Compró unas tierras al norte, donde tiene abejas, montones de colmenas. Hace miel, ya sabéis.

—¿Y? —lo urgió Helen a lo importante. —¿De qué hablaron?

—No lo sé, casi susurraban. —Las expresiones de Helen y Sarah se llenaron de decepción hasta que Tom siguió hablando—: Pero oí claramente «bruja» y «registrar».

—¡Bruja! —repitió Sarah. —¡Tuvo que referirse a la señora Perkins!

—¿Estás seguro? —preguntó Helen, más cauta.

—Sí. Y el profesor era quien daba las órdenes. Con esa voz... Creedme, daba miedo.

Helen y Sarah se miraron.

—¿Y por eso crees que Dalton te tiene enfilado? —preguntó Sarah.

—Sí. Porque, cuando salieron, me pilló espiándolos. Intercambiamos una mirada y creo que supo que estaba con la oreja puesta, aunque no hasta qué punto. Pero, desde entonces, cada vez que puede, me enchirona y me llena de amenazas.

—¿Eso fue antes o después del asesinato de la señora Perkins?

—Antes. —Los tres se miraron, sabiendo todos lo que pensaban los otros. —Pero no seré yo quien lo acuse de nada.

—Pero, Tom, puede ser importante, deberías decirlo —arguyó Helen.

—¿A quién? Te recuerdo que Dalton es el que está en la comisaría, el que me atendería si llego allí a poner la denuncia.

—Te recuerdo que también está el capitán Miles —replicó Sarah. —Es una buena persona.

—Ja. Lleva tiempo en el que está mal cada dos por tres. Prefiere quedarse en casa, comiendo las tartas de su esposa, y delega todo en Dalton. No os hagáis ilusiones: Dalton es la autoridad real en Little Lake, y cada vez más. Ya es teniente y no tardará en estar oficialmente a cargo de todo. Está ascendiendo de forma meteórica, lo que indica que tiene buenos respaldos.

—Cuidado —avisó Helen. —Viene un coche...

Los tres se asomaron sigilosamente. Efectivamente, llegaba un carruaje cerrado, pequeño pero elegante, negro, sin ningún detalle llamativo. Lo conducía un hombre que ocultaba el rostro en una enorme bufanda, quizá por frío o por no querer mostrarse, Helen no pudo estar segura. Dalton, que había estado esperando junto a unos árboles cerca de la entrada, se acercó y se subió.

No miró nunca directamente hacia ellos, pero hubo un momento en el que Helen se preguntó si no estaba vigilándolos de reojo. No, no podía ser, qué tontería. De haberlos descubierto, habría ido directamente a por ellos. Tenía la autoridad y la fuerza, y a saber si tenía algo que ver con aquel asesinato, seguro que entonces no le importaría matar a tres más.

Pero Dalton se limitó a subirse al coche y este volvió a ponerse en marcha. Iba a pasar por su lado, cerca. Helen aguzó la vista, pero de no haber sido porque se abrieron un poco las nubes y la luna iluminó con mayor fuerza la escena, poco hubiera visto. En todo caso, apenas consiguió vislumbrar una mano a través del cristal de la ventanilla. Un traje negro, el puño impecable de una camisa y una mano de dedos largos y elegantes que sujetaba un bastón por debajo de la empuñadura.

Esta era de algo blanco, quizá marfil, con una forma curiosa. Sobresalía como una estrella cuyas puntas terminaran en bolitas. La llevó a pensar en el gorro de uno de aquellos bufones de la antigüedad.

—Debe ser el famoso profesor —susurró Tom. —Reconozco el bastón.

El coche se alejó camino adelante. Lo vieron desaparecer en la oscuridad.

—Tenemos que hacer algo —afirmó Sarah. —Ese hombre me da mala espina.

—Ni siquiera has llegado a verlo —le recordó Helen.

—Pero su cochero va embozado, él se mantiene en la oscuridad y habló con Dalton sobre la bruja antes de su muerte.

Helen bufó.

—Podría ir embozado porque hace un frío de muerte, se mantiene en la oscuridad porque es de noche y no le queda más remedio, y hasta Tom reconoce que hablaban en susurros y que le costaba oír. A saber qué escuchó realmente...

—Bah. —Sarah descartó todos esos argumentos con un gesto de la mano. —Estoy segura de que tienen algo que ver...

—Yo también, pero no me voy a meter en ello. Eso os lo aseguro. —Tom se incorporó, se sacudió la nieve de la ropa y les hizo una reverencia cómica. —Señoritas...

—¡Espera! No puedes irte todavía.

—No voy a hablar, Sarah, ya te lo he dicho —replicó, alzando las manos con gesto impaciente. —Sería mi palabra contra la del policía del pueblo. No voy a suicidarme.

—Vale. Pero quizá haya alguna otra posibilidad.

—¿Como cuál?

—Podemos... podemos preguntar por un caballero que se aloja en las cercanías. Ese «profesor» tiene que dormir en algún sitio, y tener su coche cerca. No será difícil. Y también tenemos el botón.

—¿El botón?

—Encontramos un botón en el suelo, junto a la cama de la señora Perkins —le explicó Helen.

—Preguntamos en el colmado de la señora Hill, pero solo está Silvy, su hija, y ella no sabía nada, porque vino de Londres para ocuparse de la tienda mientras su madre viajaba a Gales. Sigue todavía allí, cuidando de su otra hija, que tuvo un mal parto. Volverá para navidades.

—La semana que viene ya. ¡Hemos esperado meses! Pero creo que nos podrá decir quién compra esos botones.

—Vale, vale. —Tom volvió a alzar las manos. —Demasiada información para mí, la verdad. Sobre todo, lo del parto. Pero bueno, si lográis confirmar alguna otra pista, decidme. Me encantaría ver a Dalton entre rejas.

—Vale. Otra cosa —añadió, al ver que Tom iba a irse. —Tenemos un trabajo para ti. De matón.

Tom arqueó las cejas con expresión divertida.

—¿De matón?

—Sí. ¿Conoces al doctor Keller, el que acaba de llegar al pueblo?

—Lo he visto por ahí, pero no he hablado con él. ¿Qué ocurre?

—Queremos que lo asustes. Que se vaya de Little Lake lo antes posible.

—¡Pero no lo mates! —intervino Helen. —Si lo matas, no cobrarás.

—¿Matarlo? —El joven las miró molesto. —En fin. Prometo no matarlo. ¿Y qué me vais a dar a cambio de que lo asuste?

—¿Qué quieres?

Él se echó a reír.

—Un beso. De cada una.

—¿Qué? —Helen no necesitó ningún espejo para saber que se había puesto como la grana.

—¡Ni hablar!

Sarah puso los brazos en jarras.

—No sueñes con imposibles, Tom McAffrey. Te conformarás con... —Se miraron. —Tendrás dos chelines si asustas al doctor Keller.

—Dos chelines. —El joven puso cara de asombro. —Qué fortuna.

—¡Es mucho dinero!

—Quizá para vosotras.

—Venga ya, el millonario... —Sarah buscó en un bolsillo y le entregó un chelín. —Tendrás el otro cuando el doctor Keller se haya ido de Little Lake.

Tom miró un segundo la moneda, solitaria en su mano.

—Qué miseria. Ningún matón que se precie trabajaría por algo así. Pero bueno, lo haré. —Rio mientras la guardaba en el bolsillo y se alejaba. —Aunque conste que sí que sueño con imposibles, Sarah Holmes.

Ellas permanecieron unos segundos en silencio.

—Creo que le gustas, Sarah —dijo Helen. Sarah rio.
—Pues quizá hasta le dé ese beso.
—¡Sarah!
—Solo si asusta lo bastante a tu doctor Keller.

Capítulo 8

Creo que nunca seremos amigos, señorita Watson

Al día siguiente, mientras se preparaba para salir, Helen oyó la voz de la señora Douglas.

—¡Señorita Watson! ¡Niña! ¡Tiene visita!

¿Visita? Helen contempló su expresión de sorpresa en el espejo del tocador, con el frasco de perfume de lavanda entre las manos. Ella raramente tenía visitas, a menos que fueran Touie o Doyle desde Portsmouth. Sarah no podía ser, porque hubiera subido directamente a su dormitorio. Además, había quedado con ella en la tetería de la señorita Taylor, el primer negocio de ese tipo que se había abierto en el pueblo.

No le apetecía mucho atender a nadie, porque se le iba a hacer tarde, pero no veía alternativa. Su padre había salido a visitar a un amigo aquejado de gripe y el doctor Keller estaba encerrado en la biblioteca, como siempre. Además, no era de la familia, no tenía por qué recibir a las visitas.

Bajó con la intención de solucionarlo rápido, pero se quedó paralizada en la escalera cuando vio a Freddy Dalton.

Era domingo, por lo que no era de extrañar que estuviera vestido con su mejor traje y bien peinado, y con una peste a exceso de colonia —de las caras, eso sí— que la alcanzó en la distancia. Esperaba en el vestíbulo con el sombrero entre las manos. La señora Douglas estaba con él y lo miraba como si vigilase que no robase una plata que no tenían.

—Eh... —Se recolocó las gafitas. —Buenas tardes, señor Dalton...

—Buenas tardes, señorita Watson. ¿Podría dedicarme unos minutos?

—¿Yo? Mi padre no está... —empezó, con la esperanza de que hubiese ido a verlo a él.

—Quiero hablar con usted. Si fuera posible.

—Claro —replicó, tensa. ¿Qué iba a decir?. —Pase a la salita. —Señaló la puerta del cuarto que utilizaban para las visitas. La señora Douglas la abrió de mala cara, y ellos entraron. — ¿Quiere un té?

—No, gracias.

—Muy bien. —Fue a cerrar la puerta, pero la señora Douglas puso el pie en el umbral. — ¿Señora Douglas?

—La puerta está mal. No se cierra del todo. ¿Recuerda?

—Oh, disculpe un momento, señor Dalton. —Salió con la criada fuera y le frunció el ceño. —No me haga sentir como una niña en plena temporada, no lo soy, ni esto es Londres. Además, no sé por qué se pone usted así. Estas últimas semanas he estado muchas veces a solas con el doctor Keller.

—El doctor Keller ya me cae bien —replicó la señora Douglas, impasible. —Es un alma torturada, pero tiene buen fondo, aunque ni él lo sepa. —Helen vaciló. ¿Podía ser? Había estado tan enfadada con él... Pero la señora Douglas era buena juzgando los caracteres humanos. — Este, no. Este, como toda su familia, es de mala mata. Cuídese de él, señorita Watson. Y deje la maldita puerta abierta.

Helen apretó los labios y volvió a entrar. Pensó cerrar de golpe, en una especie de

reafirmación de autoridad, pero se contuvo y hasta dejó entreabierto, aunque sin que se notara. De sobra sabía que la señora Douglas era una mujer sabia, y no iba a tentar al destino. Además, estaba inquieta ante la idea de semejante entrevista.

Freddy Dalton estaba junto a la chimenea, contemplando el fuego. Fruncía el ceño con algún pensamiento oscuro.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Dalton? Por favor, tome asiento —añadió, señalando el sofá. Helen eligió el sillón habitual de su padre, justo enfrente. Tuvo que reconocerle que solo cuando ella se hubo acomodado lo hizo él, comportándose como un caballero.

—Quería... quería hablarle de nuestro futuro.

—¿Nuestro futuro? ¿Suyo y mío?

—Eso es.

—Perdone, pero no comprendo...

—Señorita Watson, por lo que tengo entendido, no tiene usted ningún acompañante habitual, nadie hasta ahora ha solicitado cortejarla. Es algo que, sinceramente, me sorprende, porque es usted una mujer hermosa. —Trató de sonreír, una ligera tensión en las comisuras de los labios. —Me gusta usted, señorita Watson, pese a sus gafas.

Ella se llevó la mano a la montura.

—Eh... Gracias, supongo.

—Dicen últimamente... Bueno, se rumorea por ahí que ese médico que ha contratado su padre... No sé, dicen que lo ha traído para conseguirle un marido a usted. —Hizo una pausa, supuso que para que ella comentase algo al respecto, pero no fue capaz de decir nada. Sí que era cierto que se lo habían insinuado alguna vez, sobre todo a la salida de misa. Pero esa conversación con Freddy Dalton la tenía por completo desconcertada. Debió considerar que se sentía demasiado turbada como para contestar, lo cual era cierto. —Pero me he dado cuenta de que nunca le habla ni lo mira. Que no se trata con él en absoluto, lo que me lleva a pensar que le disgusta mucho su presencia. —Carraspeó. —Por eso he pensado que, si le parece bien, podríamos establecer usted y yo un compromiso y casarnos en primavera.

Helen abrió mucho los ojos.

—¿Casarnos?

—Así es. Por supuesto, debemos dejar claros algunos temas. No me gusta la idea de que mi esposa estudie, menos todavía que trabaje. Soy de la opinión de que si alguien debe tener una profesión y llevar el sueldo a casa es el hombre, y que la mujer debe permanecer en el hogar, en un segundo plano, más acorde con su misión en la vida. Porque espero de usted que entienda que deseo tener hijos y que los cuide, además de mantener la casa tan impecable como le gusta a mi madre.

—A su madre...

—Sí. Ella y mi hermana vivirán conmigo... con nosotros, como es lógico, ya que la primera es viuda y la segunda... Bien, yo espero que no tarde en casarse, ahora que puedo darle una buena dote, pero habrá que esperar a ver qué pasa. Guardo la esperanza de que la idea de que estén con nosotros la alegre, porque le harán compañía y la ayudarán en las labores domésticas. Aunque, por supuesto, tendrá criada, dos, si lo necesita.

—Es usted muy generoso.

—Eso pienso, sí. Pero estábamos con mis condiciones...

—Sí, cierto —murmuró ella, sin apenas oírlo.

Acababa de fijarse en los botones del traje de Dalton.

Eran negros, de un tamaño normal, con un tallado de rayitas en el borde. Exactamente igual

que el que habían encontrado Sarah y ella en la cabaña de la señora Perkins, al poco de su asesinato. Estaba segura de que eran idénticos.

Y, si no se equivocaba, uno de los botones que lucía Dalton en ese preciso momento era más nuevo que los demás, estaba más lustroso. Al verlo, el pulso se le detuvo un momento y luego volvió, acelerado.

«Tranquila, tranquila», se dijo. La puerta estaba entreabierta, la señora Douglas acechaba al otro lado, seguro. Y el doctor Keller estaba en la biblioteca. Podría llegar en cuanto lanzara un grito.

—Debe tener en cuenta, señorita Watson, que tengo una profesión muy pública. Tendré que asistir a muchos eventos, tanto aquí como en Portsmouth, incluso con personalidades de la ciudad. Creo que me nombrarán capitán en febrero, como muy tarde, y seré la máxima autoridad policial en Little Lake. Mi esposa, en las actuaciones públicas, tiene que estar impecable. Eso significa no ir con gafas, por supuesto.

—Oh. —Ella se llevó otra vez la mano a la montura. —Pero sin gafas no veo nada.

—No se preocupe. En casa podrá usarlas, ya que las necesita. Pero, en esos eventos, yo estaré ahí, para llevarla del brazo. Y para contarle lo que necesite ver.

—Ya... —Qué futuro horrible le ofrecía aquel hombre horrible. Vivir con las Dalton, que eran mujeres de reconocido mal carácter en el pueblo, menudo infierno. Sobre todo la señora Dalton, que se estaba tomando el éxito profesional de su hijo como si lo hubiesen nombrado duque y par de la reina. Últimamente no había quién la aguantase, en el mercado o en el colmado de la señora Hill, alardeando de honores y grandes proezas. —Sepa que me consta que le pidió matrimonio a mi amiga Gladys, Gladys Strade, y no una, sino dos veces. Primero, el año pasado, tengo entendido, y luego, allá por primavera, poco antes de su boda con lord Sackville.

Seguro que lo había esperado, porque no se mostró sorprendido. Dalton guardó silencio durante largos segundos. Al final, torció la boca.

—Sí, bueno... El asunto de las gafas y el hecho de que haya mostrado interés por estudiar la relegaron a usted a un segundo puesto, señorita Watson. No puede culparme a mí por ello.

—No, claro que no. Es totalmente culpa mía. —Él asintió, sin captar la ligera ironía de Helen. —Pero, si le digo la verdad, yo también creo que eso significa que usted siempre sintió una preferencia especial por ella, señor Dalton. Por eso no entiendo esta propuesta, de verdad que no. Y por eso, no puedo aceptarla.

Él frunció el ceño.

—Es cierto que pretendí primero a la señorita Strade, pero ella eligió otro camino y creo que ambos deberíamos considerarlo parte del pasado y olvidarlo. Todos cometemos errores. —Titubeó un momento, pero lo dijo—: Incluso usted, señorita Watson.

—¿Yo? Ah... ¿Por las gafas? ¿O por querer estudiar?

—No. Por las cosas impropias que hace. —Antes de que le diera tiempo a protestar por semejante acusación escandalosa, siguió hablando—: Y si no, ¿qué hacía anoche, con la señorita Holmes, en El Fondo del Lago? —Helen abrió mucho los ojos. —¿Y en compañía de McAffrey, nada menos! Menuda joya de la Corona.

«Oh, Dios mío...». Helen se recolocó las gafitas, nerviosa.

—¿Nos vio?

—Claro que las vi. Tengo muy buena vista, señorita Watson, me fijé en que alguien saltaba la valla y luego los tres se asomaron. No he dicho nada porque desvelar su presencia allí... —¿Había habido un chispazo de miedo en sus ojos? Helen estaba por asegurar que sí. —En fin, al margen de otras cosas, habría vuelto imposibles mis pretensiones con usted. No podría casarme

con una mujer de la que se diga que ha estado en El Fondo del Lago.

—Por supuesto —murmuró ella, tratando de contener la indignación. Él había estado allí, pero él era un hombre, como el resto de los repugnantes clientes de esos garitos. A las únicas a las que había reprochar era a las mujeres que se veían atrapadas allí, a merced de aquellas bestias. Qué repugnancia sentía por aquella doble moral. Les daría a todos con el bolso.

—Por eso me he decidido a visitarla —seguía diciendo él. —Durante estos últimos meses he pensado hacerlo muchas veces, pero siempre he terminado desalentado por una razón u otra: el recuerdo de la señorita Strade, sus gafas, su empeño en estudiar como un marimacho... —Ella apretó los labios, conteniendo las ganas de tirarle a la cabeza el jarrón con dos flores de tela que adornaba la mesita a su derecha. —Usted no es la mujer más indicada, bien me lo ha repetido mi madre una y otra vez... —Se encogió de hombros. —Pero dado que la otra aceptable que queda es la señorita Holmes, no me ha quedado más remedio.

Helen frunció el ceño. Le había dolido más el desprecio hacia su amiga que el hecho de que se la considerara una última opción posible.

—¿Qué pasa con Sarah?

Dalton alzó una ceja.

—Creo que es obvio. Se comporta de un modo muy poco femenino, con sus continuos alardes de autoridad; añada a eso que es metomentodo, cotilla, alocada y muchas otras cosas que no me gustan. Reconozco su belleza, pero qué quiere, puedo tener mujeres más hermosas aún en cualquier burdel de Portsmouth, donde hay más surtido y calidad que en El Fondo del Lago. —Helen se ruborizó violentamente. —Vamos, que solo me casaría con ella si fuera la última mujer aceptable de Little Lake. Y, aun así, me lo pensaría.

—Está insultando a mi amiga.

—Sí. Su compinche de aventuras —añadió con un desdén que le permitió entrever muchos años futuros de reproches y quizá, incluso, de malos tratos, si llegaba a aceptar su propuesta. No podría ver a Sarah, viviría encerrada en su casa, sometida por siempre y con el recuerdo continuo de aquel desliz. —La que estaba con usted anoche, en el burdel más cercano a Little Lake. —De nuevo la palabra prohibida. De nuevo el rubor. —Y si no quiere que lo mencione por ahí, destruyendo las reputaciones de las dos, será mejor que acepte mi propuesta. Terminemos con esto.

Helen apretó la mandíbula.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué no se busca una esposa en Portsmouth, como se busca otra... otra clase de compañías?

—Porque quiero tener una esposa de Little Lake. Siempre lo he querido. Es verdad que siempre esperé que fuera la señorita Strade. —La mano sobre el sombrero se crispó, y empezó a estrujarlo sin darse cuenta. —No pudo ser, pero esa última condición todavía es posible.

—Quizá. Pero no conmigo. No voy a casarme con usted, señor Dalton.

Él frunció el ceño.

—Lo hará. Lo hará o le juro que todos sabrán dónde estuvieron usted y Sarah Holmes anoche.

Pese a su miedo, Helen se mantuvo firme.

—No lo contará.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque, si lo hace, yo hablaré de su amigo, del hombre del carruaje negro, del bastón y la voz ronca. Del «profesor».

Ni ella esperaba semejante reacción a sus palabras. Dalton palideció de forma evidente.

—Calle. No lo mencione siquiera.

—¿Por qué no? —Ella no era la temeraria Sarah, era tímida y miedosa, pero una vez más pensó en cómo se comportaría su amiga, y siguió adelante. —Creo que las autoridades, las otras autoridades en Little Lake y en Portsmouth, estarán interesadas en saber de su existencia. Porque fue él quien ordenó la muerte de la señora Perkins, ¿verdad? Y usted quien la mató.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Yo? No sabe lo que dice. Yo jamás...

—¿Dónde está el botón que falta en su chaqueta?

—¿Qué? —Pareció tan sorprendido que Helen titubeó. Dalton se miró la chaqueta. —¿Qué botón?

—Ahí. Ha puesto uno nuevo.

—Ah. Ese lo perdí hace mucho. Me costó encontrar otro idéntico, tuve que encargarlo en Portsmouth, porque mi madre no quería cambiar todos los... ¿Qué pasa? —De pronto, sus ojos se abrieron con una expresión de horror. —¿Dónde estaba?

Helen trató de descubrir la verdad a través de su rostro. ¿Pudiera ser que no lo supiera? ¿Que no hubiese relacionado ambos hechos hasta entonces? Esa impresión daba. Pero si un hombre cometía un crimen y luego se percataba de que le faltaba un botón, ¿no sería lógico pensar que viviría aterrado ante la idea de habérselo dejado en la escena del crimen? ¿No habría vuelto al lugar una y otra vez, por si acaso? ¿No habría empezado a sudar en cuanto se lo mencionasen?

Sin embargo, Dalton había estado tranquilo al respecto hasta que Helen insinuó que podía haber algo raro en ello.

—Yo no... —trató de empezar. Pero Dalton se adelantó al ponerse en pie y avanzar hacia ella. Al verlo, también Helen se levantó como un resorte, esperando poder alejarse, mantener la distancia, pero no fue tan rápida, y él la cogió por los brazos. La zarandeó con fuerza. En el forcejeo, empujaron la mesa y tiraron el jarrón que se estrelló ruidosamente contra el suelo.

—¿Dónde estaba?! —Eso ya fue un grito. También Helen gritó, y un segundo después se abrió la puerta y entró el doctor Keller. La señora Douglas estaba tras él, pálida como nunca y con expresión de «ya me lo imaginaba yo». —¿Contésteme!

—¿Qué hace? —preguntó David, avanzando firme hacia ellos. —¿Se ha vuelto loco? ¡Suéltela! ¡Suéltela ahora mismo o le doy un puñetazo!

Al principio, Dalton lo miró como si no lo viera, pero terminó obedeciendo. No solo eso, sino que, al soltarla, la empujó hacia atrás. Libre de sus garras, Helen se frotó los brazos donde seguramente le saldrían moratones, y se apartó, temblando. Quiso ir hacia el doctor Keller, pero Dalton se interpuso.

—¿Dónde estaba? —volvió a preguntar. Helen evaluó la situación. Estaba claro que no lo sabía. Y ella quería ver su reacción, al descubrirlo.

—En el dormitorio de la señora Perkins. —Lo vio parpadear. —En una ranura del suelo.

—Dios Santo... —masculló Dalton, claramente horrorizado.

—¿Qué ocurre, señor Dalton? —Una idea cruzó su mente. —¿Alguien intentaba incriminarlo? ¿O quizá quiere hacerle saber que podría hacerlo? ¿Que es quien controla y manda? —Las pupilas del hombre titilaron, y ella supo que había dado en el blanco. —¿Ese tal «profesor»?

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el doctor Keller, dado que Dalton parecía haberse quedado sin voz. Este lo miró y agitó la cabeza.

—Nada... —dijo, y recogió su sombrero antes de salir sin decir más, casi empujando a la señora Douglas, que lo miraba de forma beligerante.

El doctor Keller lo siguió con la vista hasta que se hubo ido. Luego se volvió de nuevo hacia Helen.

—¿Qué ocurre? —preguntó. —¿Qué ha pasado aquí?

—Nada —repitió ella. Pero, de pronto, temblaba tanto que estuvo a punto de caerse, y él se adelantó rápido para tomarla entre sus brazos. La condujo hasta el sofá, donde se sentaron. —Estoy bien, estoy bien...

—Yo soy el médico, ¿recuerda? —masculló él, pero supo que trataba de bromear y hasta le hizo gracia, aunque no se veía con fuerzas de sonreír. —Señora Douglas, por favor, traiga una copita de oporto.

—No tenemos de eso —replicó la mujer. —No somos tan finos.

—Pues de lo que sea. —Al final, fue un poco de whisky, que Helen detestaba. Pero el doctor Keller se lo acercó a los labios y vio tal amabilidad en sus ojos que no supo rechazarlo. Aceptó un sorbo. Luego, intentó apartarlo, pero él se negó. —Beba, vamos. Ha sufrido una fuerte impresión.

—Yo también, pero no me está abrazando —dijo la señora Douglas, con evidente intención.

—Ja. Usted está hecha de hierro, señora Douglas.

—No me venga con halagos, doctor.

—No son halagos. Mi profesión es inútil con usted, jamás necesitará un médico. —Al final, consiguió que Helen esbozase una sonrisa. —Déjenos solos, por favor.

—No sé yo... —gruñó la mujer, antes de dirigirse a la puerta. —Pero dejaré entreabierto, doctor Keller. ¡Y que corra el aire!

—Será posible... —masculló él, aunque sonó lejanamente divertido. —¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias. —Pero no se separaron. ¡Se estaba tan bien así! Helen suspiró. —He pasado mucho miedo...

—Y yo... —La estrechó con algo más de fuerza, como tanteando. —Me he llevado un susto de muerte. La oí gritar y... Demonios...

¿Había empezado a temblar él también? Sí, lo notó con claridad, como si se hubiese abierto una fisura en un dique, un punto donde se percibía la inmensidad que lo estremecía todo al otro lado. ¿Qué le ocurría? ¿Qué clase de hombre hubiera sido David Keller sin todo aquello golpeando y golpeando continuamente contra los muros con los que se protegía?

«No le importan sus pacientes», se recordó. Pero no era cierto. No lo era. La imagen de Billy, contento por la mención de los helados, llenó su mente. ¡Claro! ¿Cómo no se había dado cuenta? El doctor Keller se había portado con él de una forma amable, incluso cariñosa. Y aunque por lo general arrastraba como una capa aquel aire distante, lo cierto era que siempre se mostraba sensible con los casos más delicados.

Helen alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Tiene que aprender a dejarse llevar, doctor Keller —le susurró, muy cerca. El corazón le latía a toda prisa. Él la miró, casi rozándose sus rostros. —A sentirse cerca de la gente. A estar cómodo con ella.

—Yo... no sé cómo hacerlo, lo reconozco —replicó él, para su sorpresa. —No sé cómo abrirme. Siempre he estado solo.

—¿Y su familia?

—Murieron. Mi padre, cuando yo tenía doce años; y mi madre, al poco de cumplir los dieciséis.

—Oh, pobre niño... ¿Y qué hizo?

—Empecé a trabajar de lacayo. Hasta entonces se me había permitido estudiar, dadas mis

buenas notas, pero ya no pudo ser más. Tardé dos años en... conseguir el modo de ir a la universidad.

—¿Y cómo lo logró? —Se miraron. —Ya. Creo que todavía no somos amigos. O lo bastante amigos.

Los ojos verdes del doctor Keller la miraron con intensidad.

—Creo que nunca seremos amigos, señorita Watson —susurró, empezando a inclinarse hacia ella. Helen abrió mucho los ojos, pero no se movió, ni siquiera cuando los labios del doctor Keller se posaron sobre los suyos. Él la besó, primero con cuidado, delicadamente, y luego de un modo más y más intenso. Helen sintió que se derretía, que cambiaba, que su cuerpo se deshacía por completo en mil sensaciones desconocidas. Percibió el calor de sus manos. Estaban recorriendo su talle, subiendo hacia sus senos. —Helen... —Lo oyó murmurar. —Helen, Dios mío...

—¡Que corra el aire! —Se oyó gritar, seguro que del otro lado de la puerta. Ambos se separaron de un brinco.

—Disculpe —dijo él, abrumado. —No sé qué me ha ocurrido.

—No pasa nada. Yo... —Se puso en pie y le dio la espalda. Contempló las llamas de la chimenea mientras se tapaba la boca con los dedos. Quería retener en sus labios aquella sensación increíble que le había provocado el beso. Por Dios, ¿qué iba a hacer? Le gustaba tanto ese hombre... Y él, ¿habría sentido lo mismo? Debía arriesgarse, debía intentarlo. —No tiene por qué disculparse, yo también deseaba... —empezó, girándose de nuevo hacia él.

Pero estaba sola.

Capítulo 9

Me gusta usted tal cual es, alma incluida

Para David, los días siguientes fueron los más felices de los últimos años.

No era que hubiese cambiado mucho su situación, porque tanto la señorita Watson como él se mantenían muy correctos el uno con el otro y ella tendía a ruborizarse y salir huyendo a la mínima de cambio, seguro que recordando el beso que habían intercambiado tras la visita de Dalton.

Pero, a la vez, se notaba que habían acercado posiciones. Ya no estaban en guerra continua, ya no quedaba vestigio de aquella frialdad hostil que los había caracterizado desde un principio, al contrario: la joven lo trataba con amabilidad y cierta coquetería, lo que le daba esperanzas.

La señora Douglas, que había estado escuchando al otro lado de la puerta durante la visita de Dalton, le había dicho que aquel individuo extraño e inquietante era el teniente de policía de Little Lake y que le había propuesto matrimonio a la señorita Watson justo antes de que empezaran a discutir por un botón.

—¿Un botón? —preguntó David, desconcertado. La señora Douglas asintió.

—Tal cual se lo digo, doctor. Él debió perderlo y ella lo encontró. Ambos estaban indignados, vaya usted a saber por qué.

David no entendía nada, pero decidió no preguntar directamente a la joven, más que nada por si ella contraatacaba intentando descubrir algo de su pasado. No sabía si algún día llegaría a tener tanta intimidad con ella como para hablarle de Angelique, pero de momento prefería no pensar siquiera en ello.

Por lo demás, las cosas en el trabajo mejoraron notablemente. De la noche a la mañana, la señorita Watson empezó a comportarse con él como una enfermera modélica, y al poco David empezó a darle libertad para atender algunos casos y para comentar sus opiniones. En las comidas o cenas, ya no eran él y el doctor Watson quienes llenaban el silencio, mientras ella comía sin decir palabra; en su lugar, intervenía con buen ánimo y aportaba unas opiniones que David siempre encontraba muy interesantes. Profesionalmente, todo iba bien.

Pero el beso seguía presente entre ellos, flotaba como un jirón de niebla casi invisible cada vez que se miraban desde sus puestos en la mesa durante el almuerzo, o cuando se daban las buenas noches en la sala o en el pasillo.

Se estaba empezando a fijar en detalles que antes le hubieran pasado desapercibidos, como el perfume que dejaba la joven a su paso por la casa, ese aroma a lavanda, a limpio, a gente feliz que tanto anhelaba aspirar a pleno pulmón. También le gustaba la manera en que se recolocaba las gafitas cuando estaba nerviosa, o su figura, cuando la veía alejarse por las tardes de la casa, para dar su paseo con su amiga, Sarah Holmes. David la seguía con la mirada desde la ventana de la biblioteca, preguntándose en qué estaría pensando.

Y preguntándose qué demonios le pasaba a él.

—Te sientes solo, como siempre, eso es lo que pasa —se dijo uno de esos días, mientras contemplaba cómo se alejaba.

Sí, esa seguía siendo una triste verdad. Había hecho pocos amigos en Londres y ninguno en Little Lake, a menos que pudiera considerarse como tal al doctor Watson. A Arthur Doyle lo veía

poco; entre su trabajo en Portsmouth y su cortejo a la señorita Hawkins, apenas tenía tiempo para él. Tras pasar a saludar al poco de su llegada, no habían vuelto a verse ni tenían planes inmediatos juntos, aunque supuso que se reunirían de algún modo durante las fiestas de Navidad. Nada más.

Por eso, al principio David se pasaba el tiempo libre en la biblioteca de la casa, leyendo todo lo que podía. El doctor Watson había reunido un buen número de libros interesantes, y recibía semanalmente nuevas publicaciones de las mejores librerías de Londres. En ese aspecto estaba entretenido, y hasta podía decir que había aprendido mucho, pero a medida que se acercaban las fiestas navideñas, se sentía más y más agobiado por el peso de la soledad.

Se decidió entonces a salir también a dar un paseo diario tras el té, aunque fuera solo. Sabía que se trataba de una buena costumbre, y estaba decidido a adoptarla aunque tuviera que obligarse a hacerlo, para estirar las piernas y aclarar la mente. Fue una buena decisión que agradecía más y más a medida que pasaba el tiempo, tras descubrir que muchos lugareños empezaban a reconocerlo y lo saludaban con simpatía, algo que le agradaba, le agradaba mucho.

El martes 19 de diciembre, la semana previa a la Navidad, Little Lake estaba realmente bonito, incluso a esas horas, ya casi de noche. Las calles estaban cubiertas de nieve, los negocios y edificios públicos adornados de un modo alegre y colorido, y la gente se veía feliz, yendo de un lado para otro. Un limpiachimeneas se movía con habilidad por un tejado, cargado con una gran escobilla negra. Un grupo de niños cruzó la calle corriendo y gritando, sin importarles poder resbalar en el hielo, con la alegría y la temeridad propias de su edad.

«Quizá necesitabas esto, David, y no Londres», se dijo de pronto, con la sensación de estar haciendo un gran descubrimiento, algo que eliminaba un peso enorme de sus hombros. «Allí no viste gente feliz. Ni siquiera tú llegaste a serlo en ningún momento, ni cuando estabas empezando a triunfar. Solo te sentías satisfecho por...».

—Doctorrrr Kellerrr...

David se detuvo y miró hacia el origen de la voz que había sonado ronca, rasposa y tremendamente falsa. En un callejón estrecho y largo, entre dos casas construidas muy juntas, distinguió una silueta muy negra tocada por un sombrero de copa ladeado. Debía ser un hombre embozado, joven por su tono —algo que seguro que había intentado disimular con aquella impostación de voz, —pero no lograba verlo bien, pese a que alguien, quizá él mismo, había colocado una lámpara sobre unas cajas cubiertas de nieve, a pocos metros.

—¿Sí? —preguntó. El otro no dijo nada. David dio un paso hacia allí. —¿Puedo ayudarlo en algo?

—No, perro yo a ustedddd sí, doctorrrr.

—¿De verdad? —David arqueó una ceja, sin saber si reírse o sentirse amenazado. La puesta en escena era tan pobre como la impostura de la voz, aunque debía reconocerle el mérito. Cuando hubo avanzado un par de pasos más, pudo comprobar que el reflejo de la lámpara provocaba la sensación de que aquel individuo tenía los ojos amarillos como los de un gato. — Soy un hombre afortunado, entonces. ¿Y con quién estoy hablando, si puede saberse?

—Essso no imporrta. Lo único imporrtrante esss lo que va a hacerrr ustedddd.

—Sin duda alguna. ¿Y es...?

—El equipajjjje. Se irrá de Little Lake mañana misssmo.

—¿De verdad? ¿Y por qué haré eso?

La figura extendió lentamente una mano, en un gesto muy teatral, y la luz de la lámpara se reflejó también en la hoja metálica de un puñal de buen tamaño. Su sombra se extendió, enorme, por la pared de la casa.

—Porrrque, de otro modo, tendrrrá que asumirrr las consecuencias.

—¿Es una amenaza?

—Es una prrrromesa, doctorrr. No me haga enfadarrr. —Guardó el puñal con el mismo aire escénico. —No le gustarrrrá verrrme enfadado.

—Me conformaría con verlo, sin más. —Un nuevo paso, y otro. —¿Por qué no muestra su rostro?

—Porque, de hacerrrrlo, tendrrría que matarrrrlo ahorrra.

—Entiendo. ¿Y por qué me das la oportunidad de escapar?

Un momento de duda.

—Me han pagado biennn parrra que no lo mate.

—¿Quién? —preguntó. Con otros dos pasos estuvo a muy poca distancia del desconocido, que se iba poniendo claramente nervioso. Sus ojos de gato parecían nadar en la oscuridad del embozo.

—No voy a decírrrselo. No dé ni un solo passso más. Le asegurrrro que sé cómo usar el cuchillo.

—No quiero pelear. Solo busco respuestas.

—Pues aquí no va a encontrarlas. Márrrchese.

—No es... —De pronto, un movimiento atrajo su atención. Dirigió sus ojos arriba, hacia el tejado a dos aguas, y no tardó en localizar a un limpiachimeneas, el que había visto antes por los tejados. Pero, en ese momento, tenía la escoba negra cogida de un modo extraño: apoyada en el hombro, con el palo dirigido hacia ellos. Hacia el hombre de los ojos de gato.

«No es una escoba», pensó en el último momento. No, bajo la escoba llevaba algo, no estaba seguro de... Cuando la sujetó con fuerza, le dio un vuelco el corazón.

Era un arma. Algún tipo de carabina o fusil.

—¡Cuidado! —gritó, y se abalanzó sobre el hombre gato, empujándolo a un lado. Casi al mismo tiempo se oyó una detonación y David sintió una mordedura de fuego en el brazo, algo abrasador, intenso, que estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Cayeron los dos a un lado del callejón, entre más cajas llenas de cosas heladas que saltaron en pedazos ante un nuevo disparo, seguido de otro casi de inmediato. De modo que era un arma con varios proyectiles en la recámara, no supo qué más concretar, David no sabía nada de armas de fuego.

Se ocultaron detrás de las cajas que todavía quedaban en pie pese a saber que no serían muy útiles como escudo, ya estaba claro que esa arma las atravesaría como si fueran mantequilla. Pero el hombre dejó de disparar. Quizá no tenía tantas balas como para arriesgarse a usarlas sin verlos bien.

—Al otro lado —propuso el chico en un susurro, ya sin imposter la voz. Sí, habían caído en el lado malo de la calle. Si se ponían bajo el alero del tejado en el que estaba el tirador, este tendría que bajar por las tejas heladas y asomarse mucho. Le hubiera resultado muy arriesgado en cualquier caso, pero mucho más con la nieve y el hielo.

—Bien —aceptó, e inició la cuenta atrás. —Tres, dos, uno...

Ambos saltaron a la vez, saliendo del parapeto de cajas. Un nuevo disparo, y otro, y otro más. Rodaron por la nieve sucia, intentando mantenerse pegados a la pared mientras se deslizaban a un lado, hacia la salida a la calle, donde algunos ya se habían dado cuenta de que pasaba algo y habían empezado a gritar.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —gritaba David.

El caballo de un carro que transportaba a un adulto y varios niños se encabritó y el vehículo volcó. David se tambaleó, mareado, y cayó de rodillas. Notó una humedad caliente en la mano.

Algo cayó al suelo, iba dejando un pequeño reguero.

Tenía una herida de bala en el brazo derecho y se estaba desangrando.

—Eh, amigo, eh, doctor Keller, tiene que levantarse —le dijo el chico de los ojos de gato. Lo agarró por el brazo bueno y lo alzó, colocándose bajo su sobaco. Era pelirrojo, se percató, aturdido, David. ¡Qué montón de rizos!. —¡Vamos, hombre! ¡Que si lo matan no me dan mi chelín!

—¿Un chelín? —David se echó a reír. —¿Te pagan un chelín por asustarme?

—Ya ve. No todos hemos podido estudiar. Algunos nos dedicamos a asustar a los lechuguinos.

—Lechuguino... Pues yo creo que sí que lo soy... —murmuró él. Y se desmayó.

Despertó de pronto una eternidad después, al oír la voz del doctor Watson.

—Pudo ser una carabina Spencer —estaba diciendo.

—¿Y usted cómo lo sabe? —Eso lo preguntó el joven de los rizos rojos. De modo que no había sido un sueño, algo había pasado. Le dolía mucho el brazo derecho. Recordó la sangre, cálida y húmeda, goteando sobre la nieve.

—Fui médico en el ejército. Esas armas suele llevarlas la caballería, y tienen hasta siete balas para disparar de seguido.

—¡Demonios!

—Sí... La humanidad no deja de buscar maneras de destruirse a sí misma. Bueno, creo que nuestro amigo está volviendo del mundo de los sueños. Por poco tiempo. Quiero que duerma unas cuantas horas más.

—¿Doctor Keller? —preguntó la señorita Watson, apareciendo en su ángulo visual. Tras las gafas, sus ojos brillaban, supuso que por las lágrimas. Lo miró apurada. —¿Se encuentra mejor?

—Termina de vendarle el brazo, querida. Tiene que descansar.

—Sí. Ahora le pongo un poco de morfina.

—Bien. Yo voy a retirarme. —El doctor Watson se levantó con esfuerzo, su voz sonaba crispada. El instinto médico de David le indicó que algo le dolía, pero no pudo decir nada porque Helen le estaba poniendo una inyección con una aguja hipodérmica. —Necesito dormir un poco.

—Tienes mala cara, papá. ¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Cualquier cosa, avisadme. Que descanse, doctor Keller.

—¿Han informado a la policía? —preguntó David con esfuerzo en lo que le pareció una inmensidad de tiempo después. La señorita Watson y el joven se miraron.

—No. No será necesario —dijo este último. —Ya me supongo quién ha podido intentar matarme. Voy a desaparecer una temporada y ya está, todo solucionado. Pero quería estar aquí cuando se despertase, para agradecerle que me salvara la vida, doctor Keller.

David suspiró con los ojos cerrados.

—No hay de qué. Salvar vidas es mi profesión. Además, también tú me la has salvado a mí. —Tosió, sintiéndose agotado. —¿Quién era ese tipo?

—Eh... No pude verlo bien, iba embozado.

—Pero has dicho...

—Es que yo tengo muchos enemigos.

—Vale, me ha quedado claro. —Lo miró, y pudo distinguirlo ahora con claridad. Alto y espigado, si volvía a verlo podría reconocerlo por aquel pelo bonito y salvaje, tan rojo como podía serlo una cabellera humana. —¿Vas a decirme tu nombre y quién te mandó asustarme?

El muchacho sonrió.

—Me llamo Thomas Lester McAffrey, aunque me llaman Tom el Rizos. El resto —lanzó

algo al aire y volvió a cogerlo, una moneda. Un chelín, supuso David. El precio de una vida— es secreto profesional.

El joven salió. David se quedó a solas con la señorita Watson.

—Yo podría decírselo —susurró ella, claramente avergonzada por alguna razón. —Podría explicarle todo esto y algo más. Pero, si lo hiciera, mi alma se escaparía por aquí, porque estaría rompiendo una promesa. —Dibujó una cruz sobre su pecho. —¿Quiere, aun así, que se lo cuente?

—Por Dios, no —murmuró él, aunque no estaba seguro de si se le entendía, tan pastosa sentía la boca. —Me gusta usted tal cual es, alma incluida.

Extendió la mano sana y la colocó sobre la de la señorita Watson, la que cubría su corazón, ese punto en el que estaba su hogar, en el que nunca volvería a sentirse solo.

Y se quedó dormido.

Capítulo 10

Siempre, adonde quiera, señorita Watson

«No hay nada como los celos para despertar el interés de un hombre», había oído Helen, mientras rellenaba una receta.

Lo recordó mucho más tarde, al entrar en su dormitorio, tras el té. Era parte de la conversación que habían mantenido dos vecinas sentadas en la salita de espera esa mañana. No había hecho ningún caso hasta captar esa frase, y tampoco le había interesado el modo en que luego derivó la conversación. Solo eso.

¿Podría ser verdad?

Pensando en ello, sacó la ropa que iba a ponerse para salir, la extendió sobre la cama, se quitó el vestido con el que había estado en casa ese día y, en ropa interior, se sentó frente al espejo de su tocador. Tenía que prepararse, aunque no sintiera mayor gana. Era sábado 23 de diciembre, pero ni siquiera la idea de que por fin llegaba Gladys lograba animarla. Llevaba un par de días muy apesadumbrada. No solo empezaba a pensar que el doctor Keller ya no sentía ningún interés en ella —o quizá era que todo habían sido imaginaciones suyas desde un principio, —sino que se moría de vergüenza cada vez que lo veía con su brazo en cabestrillo.

Cuando le contó a Sarah lo ocurrido con aquel tirador anónimo que los había atacado con una carabina, su amiga le había quitado importancia, alegando que ellas no eran las culpables de que alguien, posiblemente aquel «profesor», o quizá el propio Dalton, hubiese querido matar a Tom. Además, en definitiva no había pasado nada, ambos hombres se habían salvado.

Pero, de algún modo, ella sentía que sí eran responsables. Si Tom no hubiese estado buscando al doctor Keller para asustarlo, no lo habría puesto en peligro. La conclusión de la cadena de sucesos que se inició cuando contrataron al primero era que ahora el segundo tenía el brazo derecho en cabestrillo, y aunque el pronóstico no podía ser mejor, cada vez que lo veía se sentía morir.

Tom había desaparecido, nadie había vuelto a verlo por Little Lake, pero Helen había estado varias veces a punto de confesar para aliviar su conciencia. Nunca llegaba a hacerlo porque le daba miedo que se enfadase. El doctor Keller ya estaba lo bastante... raro.

No era que hubiese vuelto a ser el hombre frío del principio, al contrario; lo ocurrido había terminado por integrarlo en la familia Watson y en la vida cotidiana de Little Lake. Todo el mundo se había preocupado por aquel ataque tan extraño. El capitán Miles, acompañado de un pálido, silencioso y sombrío Freddy Dalton —tras observarlo discretamente mientras escuchaba la declaración del herido, Helen dudaba de que tuviera algo que ver en aquello, —habían ido a verlo para recabar información, pero el doctor Keller solo había contado que había visto que un hombre iba a disparar desde un tejado a un desconocido y había intentado ayudar.

Aquella noche, durante la cena, el doctor Watson vaticinó que la policía no tardaría en cerrar el caso, puesto que no conseguirían localizar ni a la víctima ni al tirador.

Eso le había procurado al doctor Keller cierta fama de héroe en el pueblo, tan poco acostumbrado a escenas como esa. En correspondencia, él se había abierto mucho más con todos y ya la gente lo saludaba por la calle y recurría a él en la consulta. Se lo veía exultante, muy distinto del hombre que había llegado a Little Lake.

El problema era con ella.

También se comportaba más amable, incluso afectuoso, pero..., a la vez, curiosamente distante. Profesional. Y Helen se sentía mortificada porque no había vuelto a ocurrir nada destacable entre ellos desde que despertó del sueño de la morfina. No había vuelto a intentar besarla. Al contrario, cuando ella había hecho algún amago de acercarse, en el pasillo o cuando estaban a solas en la biblioteca —había tenido que reunir valor durante horas antes de decidirse, solo para luego sentirse humillada, —el doctor Keller se había apartado y había tomado distancia, actuando como si no se hubiese dado cuenta de nada.

Solo le quedaba quedarse así, en enaguas ante él, y suplicar que la hiciera suya cuanto antes.

—Helen... —Se reconvino, frunciendo el ceño a su reflejo.

¿Qué pasaba? ¿Se había asustado, no quería tanta intimidad con ella? ¿Había ido demasiado rápido, dejándolo besarla? ¡Y luego lo había perseguido por los pasillos! Helen se cubrió las mejillas con las manos. Quizá pensaba que era una fresca. ¡Qué vergüenza!

Pero no, no podía equivocarse. Había dicho aquello tan precioso de «me gusta usted tal cual es, alma incluida», justo antes de tocarle la mano con tanta ternura y dormirse. ¿Qué había ocurrido? ¿Había soñado algo que le hizo cambiar de idea?

¿O solo había hablado la morfina?

Celos... No era mala idea. Total, por intentarlo...

Pero ¿cómo conseguir despertarlos en el doctor Keller? Y, sobre todo, ¿con quién? Si Tom no hubiera desaparecido, le hubiese pagado otro chelín por simular ser su... *amante* —solo de pensarlo, se ruborizó, mirándose en el espejo con ojos muy grandes, —incluso aunque seguro que hubiese tenido que darle algún que otro tortazo por intentar besarla.

Pero Tom no estaba y no tenía confianza con nadie más para intentar la treta. Tendría que descartarlo...

Se oyó el reloj del salón, dando las cinco, y Helen se puso en pie con un sobresalto. Debía apartar aquellas ideas de su mente o terminaría llegando tarde. Debía reunirse en la tetería de la señorita Taylor —desde la que se veía la entrada de El Puente, para avistar desde allí la llegada del carruaje de Gladys— con Sarah, Touie y el doctor Doyle, que iban a hacer el esfuerzo, con ese tiempo infernal, de ir desde Portsmouth a Little Lake para recibir a Gladys. Un esfuerzo enorme, teniendo en cuenta que la caminata habitual de unos quince minutos se duplicaba, como poco, por la nieve que había caído a lo largo de todo el día, y que se hacía de noche muy pronto.

Contaban con que Edward Barrows, el conde de Sackville y marido de Gladys, les cediese un coche para volver a Portsmouth tras la cena, como había hecho la última vez y como siempre había ofrecido. Helen estaba convencida de que, si hubiesen avisado a sir Walter de que pensaban ir, hubiera mandado un coche a buscarlos, pero el doctor Doyle no había querido abusar.

En todo caso, si no podían volver, Helen pensaba invitarlos a quedarse en casa. Touie podía dormir con ella y arreglarían un jergón en la salita para el doctor Doyle. Fuera como fuese, lo pasaría bien, seguro. Y volver a ver a Gladys iba a ser maravilloso.

Helen suspiró, intentando animarse, mientras se vestía. Se puso doble camisa sobre el corsé, las medias más gruesas que tenía, el vestido de lana con dos capas de enaguas, chaqueta, un abrigo y una enorme pañoleta, también de lana, que la cubría casi como una manta. A eso añadió la gorra de lana que hundió hasta las orejas, con los guantes a juego, y los botines de invierno.

Aun así, al salir, siguiendo el sendero cavado en la nieve por el hijo de los vecinos —que les cobraba un par de peniques por la tarea, —no pudo evitar un escalofrío. El viento soplaba en rachas desagradables que dejaban la impresión de cortarte la piel del rostro con minúsculas

agujas de hielo. El reloj marcaba poco más de las cinco y media, pero ya era totalmente de noche. Por fortuna, en el aire flotaba el espíritu de la Navidad, y no tardó en estar disfrutando del paseo.

—¡Feliz Navidad, señorita Watson! —gritaron unos niños que jugaban a lanzarse bolas.

—¡Feliz Navidad! —replicó, y luego agitó la mano hacia una vecina que llegaba a su casa con una cesta llena de productos de su huerto. —¡Feliz Navidad, señora Roberts!

—¡Feliz Navidad, querida! —contestó la buena mujer, con una gran sonrisa. —¡Ven el día de Navidad! ¡Tendré una tarta de zanahoria, la preferida de tu padre!

—¡Oh, qué rica! ¡Gracias, señora Roberts! ¡Me pasaré sin falta!

Cómo adoraba Little Lake... Qué dura se le hacía la idea de alejarse de allí. Ese lugar y su padre eran lo más importante de su vida, más incluso que su propia vocación. Si habitualmente era un pueblo precioso, habitado por gentes amables en su mayoría, esa noche parecía una estampa arrancada de un cuento de hadas. Todos los sitios importantes —el ayuntamiento, el salón de fiestas de la comunidad, la botica del señor Larrington o la tienda de la señora Stillman, entre otros, —además de árboles y jardines, llevaban ya días adornados con largas tiras de espumillón, lazos, velas y bolas de Navidad.

El ambiente en Little Lake era mágico, sobre todo por la cercanía del lago, esa porción de agua maravillosa que lo rodeaba casi por completo y cuya superficie helada refulgía con una suave tonalidad plateada que se reflejaba en el hielo formado en los tejados y las ramas de los árboles. Más allá, en la oscuridad de la orilla, se divisaban otros cúmulos de resplandor dorado, como la casa parroquial de los Strade, que brillaba con las velas puestas en el gran roble que crecía a su jardín.

¡Cómo adoraba su pueblo! ¿Podría vivir lejos de él? No, pero si era fuerte, sí lo soportaría un tiempo, aunque tuviera que ser unos pocos años, mientras se formaba como médico lejos de allí. La señora Douglas se lo había dicho, y Helen sentía que tenía razón: una vez que terminase los estudios y volviese, le parecería que nunca se había ido.

Sí, estaba decidida a...

—¡Señorita Watson! —Oyó. Al mirar, vio el landó de sir Walter, que frenaba levantando un buen surtidor de nieve que estuvo a punto de darle de lleno. El vehículo, fabricado según sus indicaciones, tal como había oído decir, podía ser convertido en un trineo para los días de mayor nevada, como en ese momento. El baronet había ido protegido por una mantita de lana gris perla. La apartó un poco para ofrecerle el asiento libre. —Señorita Watson, ¿quiere que la lleve?

—No, gracias, sir Walter —dijo Helen, apurada. ¿Cómo se le había ocurrido proponer algo así? ¡Ir juntos y taparse con la misma manta! Aunque tenían amigos comunes, pocas veces habían intercambiado palabras más allá que para saludarse, al salir de misa los domingos, y en esas ocasiones habían hablado del tiempo, poco más. Y para decirse que «menuda nevada», prefería ir andando. —Solo voy hasta el inicio de El Puente. He quedado con mis amigas en la tetería.

—Lo imaginaba. Van a recibir a lady Gladys, ¿verdad?

—Así es.

—Vamos, ánimo. —No contento con eso, se inclinó hacia su lado, extendiendo la mano para ayudarla a subir. —Sé que estamos cerca, pero permita que la lleve. Quiero hablar con usted.

—¿Conmigo? —preguntó, cada vez más asombrada. Y alarmada. —¿De qué?

—Suba, por favor —insistió él. —No la molestaré mucho, será solo un momento.

Ella tardó unos segundos en reaccionar. No sabía qué le daba más pánico: que la vieran con

él o lo que tuviera que decirle alguien así. Iba a buscar una excusa, cualquiera, pero entonces vio que el doctor Keller aparecía por un extremo de la calle, con el brazo en cabestrillo y la capa por encima. Debía estar dando su paseo diario.

Celos...

Miró al guapo, sonriente y mujeriego sir Walter...

Sonrió de oreja a oreja y aceptó su mano extendida.

—Por supuesto, sir Walter. Qué amable.

Subió dentro, con aire coqueto, y el sorprendido baronet agitó la cabeza.

—¿Ha cambiado de opinión por ese hombre?

—¿Eh? ¿Por qué hombre? No sé de qué me habla... —Sir Walter arqueó una ceja y señaló con un gesto hacia el doctor Keller, que se había quedado de pie en la acera, observando la escena con el ceño fruncido. —Ah, no. No lo conozco de nada. Vayámonos —dijo, a medias entre orden y súplica, antes de que siguiese preguntando. —Por favor. O llegaré tarde.

—Sí, claro. —El baronet azuzó el caballo. El trineo se estremeció por completo y pegó un brinco sobre el suelo nevado que la lanzó contra el asiento trasero. —Gracias por aceptar.

—No hay de qué —replicó ella, temiendo haber cometido un grave error. Sería terrible morir en un accidente, estampada contra un muro de nieve con aquel loco.

—Quería decirle que he encontrado algo que seguro les interesa. —Al ver la mirada atenta de Helen, continuó—: El diario de lady Pamela.

—¡No me diga! —replicó con entusiasmo. Aquello podría llevarlos a descubrir más datos sobre el misterio de su muerte. Por lo que sabían, lady Pamela, la abuela de sir Walter, había sido asesinada, pero no creían que el hombre condenado en su momento fuese el culpable. Todo había ocurrido cincuenta años atrás, pero seguía teniendo sus consecuencias. Un inocente seguía en la cárcel y la señora Perkins, que algo sabía al respecto, había sido asesinada en su cabaña, en primavera. Ojalá pudieran descubrir a su asesino. —¿Dónde estaba?

—En su dormitorio, en el pequeño despacho que, supuestamente, apenas pisaba. Pero había soltado un tablón del rodapié y dentro tenía un hueco lo bastante grande como para guardar un cuaderno. Como han estado haciendo una remodelación, para dejar ese dormitorio para Edward y Gladys, lo ha encontrado uno de los obreros. Le di diez libras por el descubrimiento. Se puso muy contento.

—Fue usted muy generoso.

—Sí, bueno, para eso está el dinero, para hacer feliz a la gente, ¿no cree? El obrero, el sastre, el perfumista, el orfebre, el zapatero, el médico... —Helen había empezado a sonreír, aprobando aquel generoso reparto de la fortuna, cuando él añadió en su listado, seguro que sin pensar, —los taberneros, las prostitutas... Oh, perdone.

—¡Sir Walter!

—No me di cuenta, disculpe. Como le digo, he encontrado el diario —repitió, tratando de cambiar de tema, y ella se lo permitió. —Y es muy interesante.

—¿En serio? ¿Lo ha leído?

—En parte, era bastante extenso. ¡Pues sí que le gustaba escribir a mi querida abuela! Leí a saltos, pero me ha servido para hacerme una idea muy clara de lo que pasó.

—¿Del asesinato?

—No, no... Sospecho que mi pobre abuela fue asesinada sin siquiera enterarse. No. Habla de su relación con el doctor John Sinclair, por el que sintió lo que llamaba «una inoportuna pasión».

—Una inoportuna pasión —paladeó Helen. Qué trágico sonaba. Qué romántico.

—Así es. Por lo que parece, ella estaba felizmente casada con mi abuelo y ya tenía a mi

padre. Y, según pude deducir, no estaba enamorada, pero su vida resultaba tranquila y plácida, en un ambiente de cordial compañerismo.

—No sé si yo podría conformarme con algo así —musitó Helen. Él asintió.

—Más vale eso que estar a la gresca, pero sí, yo también sueño con el amor, ya ve... — Ignorando la mirada entre tierna y burlona que le dedicó Helen, continuó—: Por cierto, al parecer, esa pasión fue doblemente inoportuna, porque el doctor Sinclair también estaba en relaciones con alguien, una joven a la que fue descuidando a medida que crecía su relación con lady Pamela.

—Oh, pobrecilla...

—Sí. Mi abuela se lamentaba de ello, en sus escritos, porque la chica le agradaba y tenían algún trato, pero no pudieron hacer nada: Sinclair y ella estaban enamorados. ¿Y quién puede hacer nada contra el amor? Trataron de no verse y fue inútil; una tarde, se encontraron en el lugar del cuadro pintado por mi abuelo e hicieron el amor en el bosque, junto a la cascada, sentenciando su destino, porque lady Pamela no quiso callar más sus sentimientos, y mi abuelo no se lo tomó a bien. En realidad, no eran tan amigos, no había tanto compañerismo, ¿sabe?

—Hubiera podido imaginarlo, sí...

—El caso es que mi abuelo no quería hablar de divorcio y la amenazó con no dejar que volviera a ver al niño y con hundir la carrera del doctor Sinclair. Por eso este le propuso huir, de noche, llevándose a mi padre, y establecerse en América.

—Comprendo.

—Ella hubiese preferido otras alternativas, pero en la última entrada del diario dice que sí, que va a irse con él, y que cuando mi padre fuese lo bastante mayor lo animaría a regresar y reclamar el título, de desearlo.

—Veo que lo tenía todo pensado.

—Sí. Así que, al tanto: iba a irse con él, por lo que no tiene sentido el mayor alegato de la acusación, eso de que Sinclair la asesinó movido por la rabia al no querer abandonar a su marido.

Helen asintió con entusiasmo.

—Sí, se confirma lo que se deducía de las cartas. Una prueba más. ¿Cree que sería suficiente para sacar a ese pobre hombre de la cárcel?

—Mis abogados dicen que sí. Que aunque el caso es muy antiguo, podrían revisarse estas nuevas pruebas y solicitar la excarcelación del doctor John Sinclair, sobre todo dada su edad. Es una pena que no lo encontrara antes, estas fechas son ideales para esta clase de peticiones, seguro que lo hubieran dejado salir. Pero tendremos que esperar a 1884.

—Espero que aguante. Ya es muy mayor, y no quiero ni pensar en cómo estarán en la cárcel con este tiempo.

—No se preocupe, he procurado que tenga de todo, desde una celda individual hasta una cama en condiciones, mantas y una buena calefacción. Además, lo visitaron el doctor Watson y el doctor Doyle hará cosa de un mes. Dijeron que estaba bien de salud, para su edad.

—Sí, cierto. Yo también quería ir, pero no me lo permitieron.

—¿Por ser mujer?

—No, podría haber ido como enfermera. Pero dijeron que solo dos personas, de modo que preferí que fuera el doctor Doyle. Está pensando en escribir una historia de misterio, con detectives y así, ¿sabe usted?

—Algo tengo entendido.

—Pues quería visitar la cárcel y me pareció bien. —Suspiró. —En fin, estoy deseando leer ese diario.

—Podrá hacerlo este mismo fin de semana, aunque creo que Glad se le adelantará, porque se pondrá a leerlo en cuanto pueda, quizá esta misma noche. ¿Han pensado su padre y usted si venir a Heatherfield Manor para la cena de Nochebuena, mañana domingo?

—No, lo siento. Nos gusta celebrarlo en casa. —Con la memoria de su madre, pero no lo dijo. —Pero iremos el lunes al baile de Navidad, para estar con Gladys.

—Me alegro. —Carraspeó ligeramente. —¿También vendrá la señorita Holmes?

Helen lo miró de reojo, divertida.

—Creo que ella y su familia estarán allí para la cena de Nochebuena y para el baile de Navidad. —Y eso porque Sarah se había negado a pedirle a Gladys que intercediera para que los alojasen también en Heatherfield Manor durante todas las fiestas navideñas, pese a la insistencia de su madre. La señora Holmes hubiera sido feliz confraternizando lo máximo posible con condes y marqueses, soñando con pertenecer a su misma clase y empujando a su hija a los brazos del baronet. —Sarah no se lo perdería por nada del mundo. Después de sus historias de misterio, lo que más le gusta en esta vida es bailar.

—Pese a solo tener una pierna.

Ahí no pudo evitar una risa. En la fiesta que dieron en Little Lake los condes de Sackville para celebrar su enlace, sir Walter intentó sacar a bailar a Sarah y esta se levantó un poco la falda y le mostró un solo pie, asegurando que le faltaba una pierna. El pobre baronet, que estaba bastante bebido, salió espantado.

—Sí. Pese a eso. —Volvió a reír. —Perdone, sé que no debería reírme, pero es que fue muy divertido.

—No tiene que disculparse. Realmente fui muy tonto. No debí beber tanto aquel día.

—No, no debió. —Se lo pensó unos momentos. —A Sarah no le gustan los hombres que beben, ni los que... alternan con otras mujeres.

Él no negó un posible interés, fuera auténtico o motivado solo por la emoción de la caza. Durante unos segundos miró al frente, pensativo, sin ver en realidad a la gente que se apartaba espantada de la trayectoria de su trineo.

—Ya me estoy dando cuenta. Aunque, para ser exactos, en este pueblo poco se puede alternar. A menos que lo hagamos usted y yo —añadió, galante. Helen se ruborizó. —Disculpe. Pensé que, quizá, le vendría bien un caballero con el que simular un cortejo. Por ese hombre desconocido que tal vez tenga un título en Medicina, sea el último héroe del pueblo y viva en su casa.

—Oh. —De modo que lo había reconocido. Bueno, daba igual. —No sea absurdo. No necesito nada así. —Él se encogió ligeramente de hombros. —Además, ¿por qué iba a hacerlo usted? —La respuesta le llegó casi enseguida. —¿Por Sarah?

—¡No! —Demasiado rápido. Demasiado ruborizado. Pobre baronet, que no sabía cómo lidiar con las cosas de la vida fuera del mundo de las bromas, las fiestas y lo que nada importaba. —Es porque soy un caballero de blanca armadura. Y creo que usted lo necesita.

—Oh. Pues gracias. Lo tendré en cuenta. Mire, están ahí. —Señaló con un dedo la entrada de la tetería. Sarah hablaba con Touie mientras el doctor Doyle les mantenía la puerta abierta. —¿Por qué no viene con nosotros?

Sir Walter dudó, con evidentes ganas de aceptar.

—No, creo... creo que es mejor que no me deje ver demasiado. No quiero importunar.

—No importunaría, sir Walter. Es usted amigo de Edward... de lord Sackville, así que tiene nuestras puertas abiertas. Y, pese al temperamento de Sarah, yo creo que ya empieza a apreciarlo.

—¿Usted cree? —Él sonrió para sí. —Bueno, ya se verá. De momento creo que es mejor que vuelva rápido a Heatherfield Manor, para recibirlos como es debido, o Mimi me dará un pescozón. Está nerviosa y lo ha revolucionado todo. Viene también su nieto, ¿sabe?

—No, no lo sabía —replicó, repasando lo poco que sabía de la casa del baronet. La señora Tee, a la que llamaba Mimi porque había sido su niñera antes que su ama de llaves, tenía un hijo que cumplía las funciones de ayuda de cámara. —Ni siquiera sabía que el señor Tee estaba casado.

—Se casó muy joven y es viudo desde hace muchos años, cuando James era muy pequeño. Yo apenas la recuerdo, y supongo que a él le pasará lo mismo. Es poco mayor que yo. Y, fíjese, ha resultado ser una eminencia.

—¿Una eminencia?

—Sí. Su padre ya es muy listo, pregúntele a Eddie, el pobre no consigue ganarle al ajedrez. —Rio de tal forma que Helen no pudo evitar secundarlo. Qué hombre encantador, qué pena que fuera tan atolondrado. —Pero James, además, ha podido estudiar. Mi abuelo lo envió a Europa, a un internado y luego a la universidad. A los veintiún años se hizo famoso en su entorno académico por un estudio matemático, algo de... no sé, ni idea, si le digo la verdad. Pero eso le procuró una cátedra en una pequeña universidad del oeste de Inglaterra.

—¡No me diga! ¿A esa edad? ¡La señora Tee tiene que estar muy orgullosa!

—Mucho. Sobre todo porque James ha compaginado esa labor académica con la arquitectura, que es lo que realmente le gusta. Por eso viene, para construir Northway View para Edward y Glad en la loma donde ahora está la casa de la bruja Atkins.

—Perkins. Y no era una bruja. No era más que una mujer mayor con muy mal genio.

—Oh, perdón. Eso, Perkins. Aunque he oído historias estremecedoras que...

—Todo pura invención, se lo aseguro, sir Walter —replicó Helen, imaginando a qué se refería. Entre los hombres, la mayor maldición que se le atribuía a la señora Perkins era la incapacidad sexual, igual que entre las mujeres lo era la esterilidad. —Ella no tenía poderes para... desanimar a ningún caballero en sus andanzas nocturnas. —Por Dios, si quería ser médico, tenía que empezar a hablar con normalidad de aquellas cosas. Pero de momento solo era una joven sin mayor experiencia con los hombres, cobijada en un coche bajo la misma manta con el mayor mujeriego de Little Lake. Se sentía cohibida. Por suerte, él también se mostró reacio a tratar el tema de una posible impotencia impuesta por la pobre señora Perkins. —Se lo explicaría ahora, pero llevaría tiempo y me esperan mis amigas.

—Sí, por supuesto. —Carraspeó. —Que lo pasen muy bien, señorita Watson.

—Gracias. —Abrió la portezuela, retiró la mantita y empezó a bajar. —Y gracias por traerme, sir Walter. Ha sido usted muy amable.

—Un placer. —El baronet se llevó la mano con la fusta al ala del sombrero, en un gesto a la par gallardo y galante. Helen no pudo negar que era un hombre muy guapo. —Siempre, adonde quiera, señorita Watson.

¿Eso había sido una insinuación? Conociéndolo, seguro que sí. Helen agradeció no estar en disposición de iniciar una aventura con él, porque seguro que resultaría algo terrible.

Capítulo 11

Quiero seguir casado al menos cien años más

En cuanto Helen bajó del carruaje, sir Walter azuzó el coche y salió tan rápido como daba de sí aquel céntrico tramo de la calle. Algunos transeúntes gritaron y unos niños corrieron para ponerse a salvo. Helen agitó la cabeza. Qué poco sentido común tenía aquel hombre. Una apreciación que se confirmó más todavía cuando vio que Sarah estaba mirando hacia allí reprobadoramente.

—¿Cómo es que te ha traído sir Walter? —le preguntó en cuanto llegó junto a ella.

Helen se encogió de hombros.

—Me vio de camino y se empeñó. Y con el día tan malo que hace, no me pareció mal.

—Claro... —Los ojos de Sarah se dirigieron al vehículo, que desaparecía por una esquina de la calle. —Pero mantente lejos de él. Ya sabes cómo es.

—Por supuesto. —Su amiga estaba celosa, seguro. Y, por lo que parecía, el comentario que había escuchado esa mañana sobre los celos era cierto. Sarah siempre desdeñaba prestar atención a sir Walter y, sin embargo, ahí estaba, pendiente del coche y de cuanto hubiera podido ocurrir entre ellos. Divertida, Helen no contuvo las ganas de pincharla un poco. —Además, jamás me interpondría entre vosotros dos.

—¡Helen! —Sarah la miró con enfado. —Qué cosas más horribles dices. ¿Cómo puedes desearme un individuo así?

—¿Yo? No lo niegues, Sarah Holmes, te gusta sir Walter. Te gusta *mucho*.

—Qué tontería. Eso no es...

—¡Mirad! —exclamó Touie, que estaba avanzando hacia ellas. —¡Seguro que ese es el coche de Gladys!

Sí, tenía que serlo, porque el carruaje que acababa de entrar en Little Lake tras cruzar El Puente no podía ser más lujoso. Y solo era el primero de una caravana de tres, cada uno con dos criados de perfecta librea en el pescante, aunque debidamente protegidos del tiempo con gruesos abrigos y hasta una gruesa manta por las rodillas. En las puertas, resplandecían en vivos colores los escudos heráldicos del marquesado de Northway y del condado de Sackville.

Edward Barrows, el conde de Sackville y marido de Gladys, fue el primero en verlas, y saludó alegremente con la mano, aunque casi al momento fue avasallado por su esposa, que abrió la ventanilla y se asomó casi hasta medio cuerpo.

—¡Helen! ¡Sarah! ¡Touie!

—¡Gladys! ¡Glad! —exclamaron ellas, de una u otra forma. ¿Se podía estar más emocionada? Helen lo dudaba mucho.

Gladys Strade, Glad para la gente más cercana, la humilde hija del párroco de Saint George, en Little Lake, se había casado a principios de otoño con el conde de Sackville. Siempre había sido bella, con su rostro dulce y sus grandes ojos azules del color del cielo reflejado en el lago, pero desde que se había casado con Edward se había vuelto definitivamente hermosa. Esa tarde llevaba un conjunto de pieles de zorro plateado. Abrigo, sombrero y guardamanos eran de un gris suave y brillante. Debajo, el vestido de rico terciopelo era de un azul semejante al de sus ojos,

con pequeños adornos en gris y plata.

Pero bajo aquella sofisticada dama londinense que llegaba en el carruaje estaba su amiga de siempre, como no tardó en quedar claro. Gladys lanzó una alegre risa, abrió la puerta y casi saltó por encima de su marido para bajar. De hecho, de no sujetarla Edward —que se había apresurado a dar la orden de que se detuviese el vehículo, lo que obligó también a los otros dos a hacerlo, — seguramente hubiera acabado cayendo de bruces sobre la nieve, con toda su elegante apariencia.

Pero, por suerte, él la sujetó en el último momento.

—¡Cuidado, loca! —le dijo, riendo. —Quiero seguir casado al menos cien años más.

—¡Es que estoy tan contenta de estar aquí! —Gladys abrazó a sus amigas con fuerza. —¡Os he echado mucho de menos!

—Y nosotras a ti —dijo Sarah. —Esto ya no es lo mismo desde que te fuiste.

—Es cierto —confirmó Touie. —Se te echa mucho en falta.

—¡Ni te imaginas cuánto! —añadió Helen.

—Hace mucho frío para hablar en la calle —dijo Edward, protector. —¿Por qué no venís a cenar a Heatherfield Manor? Puedo mandar el coche a recoger a vuestros padres, si quieren venir también, y luego puede llevarlos a Portsmouth a usted y a la señorita Hawkins, doctor Doyle, si lo desean.

—Es usted muy amable, milord —replicó el aludido, que tiritaba de frío pese al abrigo. Touie y él tenían las ropas totalmente empapadas tras la caminata desde Portsmouth. —No voy a rechazar su amable oferta, y menos una noche así.

—Yo no puedo ir, lo siento —dijo Sarah. —Mi tía Edwina viene a cenar esta noche a casa con mis primas y mi madre quiere que esté presente para lucirme. Quiere que rabien porque mañana voy a Heatherfield Manor, a la conquista del baronet.

—No ha cambiado de idea, ¿eh? —preguntó Edward de buen humor. —Pensé que tras conocerlo unos cuantos meses tu madre habría decidido meterte a monja de clausura.

Todos rieron, sobre todo Sarah.

—No, le da igual. Está empeñada. Menos mal que no hay ninguna posibilidad de un enlace así, porque, de otro modo, me vería obligada a renunciar a él solo para darle un escarmiento a mi madre.

—Mira que eres mala, desobedecer a una madre, qué feo está —bromeó Gladys, y todos se unieron a sus risas. —¿Y tú, Helen?

—Tampoco —replicó Helen, contrita. —Mi padre lleva unos días que no está bien, no quiero que salga con este tiempo. Podría quedarse con su ayudante, pero prefiero estar yo.

—¿Ayudante? —preguntó Gladys, mirándola sorprendida.

—Yo se lo recomendé —fue el doctor Doyle quien respondió. —Es un antiguo amigo de la universidad.

—Vamos a la tetería y te lo contamos todo —propuso Sarah.

—Quédate, Glad —dijo Edward. —Yo me voy adelantando. Puedo mandarte el coche luego, querida.

—Eso sería estupendo —convino Gladys. —Gracias, Edward.

—De nada —aseguró él, tomando una de sus manos para besarlas. Helen sintió una punzada de un sentimiento extraño, mezcla de felicidad y envidia. Qué maravilloso debía ser encontrar a la persona indicada y enamorarse. —Doctor Doyle, ¿le apetece venirse conmigo? Podemos fumar tranquilamente sin molestar a las damas, tomar un poco de whisky que le haga entrar en calor y hablar de fútbol hasta hartarnos.

—De nuevo me parece una idea estupenda. —El doctor Doyle hizo un gesto galante hacia las

damas. —Señoras, las veo más tarde.

Se despidieron y, cuando los dos hombres hubieron subido al carruaje, ellas se dirigieron a la puerta del local, que estaba muy lleno. Mientras esperaba su turno para entrar, Helen contempló la marcha de los tres coches. En el segundo divisó a los padres de Edward, y devolvió con una mano el saludo de la marquesa. En el tercero, sin embargo, no reconoció a nadie. Un caballero con barba, de edad indeterminada, que contemplaba el pueblo con pensativa curiosidad, y una mujer joven y muy bella, pelirroja de un modo casi indecoroso y evidentemente rica, que se percató de la mirada de Helen y la devolvió con unos enormes ojos en los que hubo un destello de diversión y desdén.

Helen se llevó una mano a las gafitas, sintiéndose más torpe, vulgar y pueblerina que nunca. Cuando se recuperó lo suficiente como para replicar con una mirada de «y a ti qué te pasa, lechuguina», el carruaje ya se había perdido tras la esquina.

Bueno, pues le daba igual. Debía tratarse de una invitada de los marqueses, así que mejor no haber iniciado hostilidades con ella, por si la veía en el baile de Navidad.

Se olvidó de ella y entró con el resto del grupo en el local. Aunque estaba lleno, sobre todo por el mal tiempo, su dueña no tardó en ponerles una mesa en un rincón tranquilo, cerca del largo mostrador de madera brillante. Incluso la separó del resto con un bonito biombo, para que tuvieran una mayor intimidad.

—Ventajas de ser condesa —dijo Sarah. —Al final sí que va a interesarme convertirme también en lady.

Todas rieron y, durante cosa de media hora, mientras el local se iba liberando de clientes que volvían a sus labores, no dejaron de hablar, contándose todas sus nuevas. Al final, tras dos teteras realmente deliciosas —en eso se basaba el éxito de la señorita Taylor, en su sabia combinación de té y distintas plantas, según unas antiguas recetas familiares, —Gladys miró a Helen. Dio la impresión de que cuidaba mucho sus palabras.

—¿Así que tu padre ha cogido un ayudante? Pero ¿no vas a decidirte nunca a intentar estudiar Medicina?

Helen suspiró. ¡Oh, por Dios! ¿Todo el mundo iba a sermonearla con lo mismo? Aunque bien merecido lo tenía por haber hablado siempre tanto de una vocación que demoraba una y otra vez. Nunca más. Ahora se sentía decidida.

—Sí, lo haré. Esta misma semana enviaré la petición de entrada. —Lo haría, dijera su padre lo que dijese; no importaba, no iba a retenerla más. —No sé si me aceptarán tan adelantado el curso, pero lo intentaré, dada mi experiencia. Y si no, empezaré en el próximo. —Se recolocó las gafitas, nerviosa. —De hecho, estaba pensando en decirte que, si voy, quizá pudiéramos vernos allí, para no sentirme tan sola, y...

—¿Vernos allí? —Gladys la miró como si le acabase de salir una segunda cabeza. —Pero ¿qué dices, Helen? Vivirás en Northway House conmigo, por supuesto. Pasearemos juntas, iremos al teatro y a exposiciones, y disfrutaremos mucho de Londres. Y luego, cuando termines tus estudios, volveremos juntas y nos instalaremos aquí. Creo que para entonces ya habré convencido a Edward de que donde somos más felices es aquí.

—Eso sería maravilloso. —Helen sonrió.

—¿Y qué es eso de que tu padre ha contratado un ayudante?

—Es un cuco. Lo siento, Touie, sé que es amigo de Doyle, pero el doctor Keller ha venido para quedarse con la consulta de Helen. Pero como es guapo como un demonio, a ella empieza a darle igual. Creo que se oyen a lo lejos campanas de boda.

—¡Sarah! —protestó Helen. —Ya te dije que ha resultado ser una buena persona. Vamos a

dejarlo estar.

—¿Keller? —Gladys parpadeó. —¿David Keller?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Sí... bueno... No personalmente, aunque lo vi en una reunión. Es verdad que era un hombre muy guapo. —Helen, Sarah y Touie asintieron, totalmente de acuerdo. —Pero no era el médico de los marqueses; y además, cuando empezaba a hacerse un poco de nombre, se vio envuelto en un escándalo y tuvo que irse de Londres.

—¿Escándalo?

—Sí. Hasta salió en los periódicos. Al parecer, intentó aprovecharse de una paciente, la marquesa viuda de Wesleyth. —Gladys apretó los labios e un gesto poco propio de ella. De carácter amable, siempre trataba de no juzgar a la gente. —Una mujer horrible, si os digo la verdad. No me gusta nada. Y no sé...

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Algo en todo esto no me gusta nada. Pensaba que tenía una... relación con Walter.

—Oh —Sarah parpadeó. —No me digas que ha llegado a liarse con una anciana marquesa viuda. Eso ya es...

—No, no, Sarah —la corrigió Gladys. —La marquesa viuda de Wesleyth no es una anciana. Tendrá ahora unos treinta y cinco años. Lo que pasa es que el viejo marqués fue a vivir a Edimburgo y debía sentirse solo, de modo que cayó en sus redes. —Todas pusieron cara de circunstancias. ¡Hombres!. —Dicen que era... artista o algo así. Actriz, creo. Lo que no se puede negar es que tiene una gran belleza. Podréis comprobarlo pronto, porque ha venido con nosotros, invitada por Walter.

—Oh, vaya... —susurró Helen, mirando a la cada vez más pálida Sarah de reojo.

—Sí. O eso dijo, al menos, al presentarse el otro día en Northway House, cuando estábamos a punto de partir. Mi suegro no se atrevió a negarse a que nos acompañara. —Suspiró. —Por fortuna, traía su propio coche. No hubiera soportado verme horas atrapada con ella en el mismo carruaje.

—¿Es pelirroja? —preguntó Helen, recordando a la dama del coche.

—Sí. Iba en el tercer vehículo. ¿La viste? —Helen asintió. —Es tan bella como soberbia. Y, no sé, peligrosa, diría...

—El doctor Keller es muy amigo de Arthur... del doctor Doyle —intervino Touie. —Él se lo recomendó al doctor Watson. Me extraña que cometiera nada impropio, no me lo puedo creer.

—Ni yo —dijo Helen, y añadió rotunda—: Eso es mentira.

—Sí, yo también lo creo... —Gladys frunció el ceño, pensativa. —Y ahora me pregunto si ella ya sabía que el doctor Keller estaba aquí. Y si no estará utilizando a Walter para venir a buscarlo a él. —Todas guardaron silencio, consternadas por la idea. Sir Walter no formaba parte de sus amistades cercanas, excepto en el caso de Gladys, pero todas lo apreciaban y no les gustaba que lo utilizasen de esa manera. Y lo del doctor... Que una mujer le hiciese eso y lo persiguiese por toda Inglaterra, no sabían cómo interpretarlo. —No sé, solo estoy elucubrando. Y no debería hablar así, no la conozco lo suficiente. Es que... hay algo en ella que no me gusta nada. Parece necesitar tener enamorados a todos los hombres a su alrededor. —Se inclinó sobre la mesa. —Hasta Eddie me contó que había intentado coquetear con él.

—¡No! —Todas la miraron espantadas. —¿Qué descaro!

—Por eso no sé qué pensar. Ya os digo que no conozco lo bastante al doctor Keller, pero, pese a que todo el mundo le cerró sus puertas en Londres, creo que él fue la víctima de esa

situación.

«La otra mujer», pensó Helen. Esa debía ser la otra mujer.
Y el corazón le dio un vuelco.

Capítulo 12

El héroe de Little Lake escucha a hurtadillas

David entró helado en la tetería. ¡Qué maldito frío hacía!

Al principio no vio a la señorita Watson; solo cuando se acercó al mostrador, para elegir dos pastelillos que tomar con el té, se dio cuenta de que estaba allí, sentada en un rincón con unas amigas, charlando animadamente cobijadas tras un biombo.

Se alegró de verla. De hecho, sintió un profundo alivio. La idea de que estuviese con sir Walter dando paseos por Little Lake no le hacía ninguna gracia. A ella sí, al parecer, porque había subido al trineo con un contoneo de caderas que, además de enfadarlo mucho, lo había excitado como no recordaba haber estado nunca antes.

Pero, por supuesto, ella era libre de flirtear con quien quisiera, sobre todo teniendo en cuenta que David se mantenía a distancia, como si no hubiese empezado a haber nada entre ellos, antes del disparo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía una conversación pendiente con la señorita Watson que no dejaba de retrasar. Estaba aterrado; seguro que cuando le contase lo ocurrido con Angelique, no querría saber nada más de él. ¿Cómo podía ser de otro modo? No podría respetarlo, como él no se respetaba a sí mismo cada vez que lo recordaba, que tenía que volver a vivirlo.

No había diferencia entre él o cualquiera de esas pobres mujeres que se veían obligadas a trabajar en El Fondo del Lago. Tan solo había sido otro modo de prostitución.

Pero daba igual, tenía que contárselo. Cuando despertó de la morfina supo lo que tenía que hacer, y no se veía capaz de iniciar una vida junto a ella con aquello oculto, creando un espacio inmenso entre ambos. Por eso se había propuesto que no más besos ni más caricias hasta que estuviesen las cosas claras, o terminaría acostándose con ella sin revelárselo y viviría con la sensación de estar sobre un barril de pólvora, siempre a punto de estallar.

A veces costaba tanto... Como cuando se encontraba con una señorita Watson más que dispuesta a besarlo, en el pasillo, de noche, encantadora con su cabello suelto, sus gafitas y envuelta en aquel perfume de lavanda maravilloso que había empezado a identificar con ella...

David iba a buscar un lugar en algún rincón de la tetería, lo más cerca de la puerta posible, para hacerse luego el encontradizo, pero justo en ese momento se liberó una mesa que quedaba al otro lado del biombo del grupo de jovencitas. David se apresuró a ocuparla, lo que le dio oportunidad de escuchar la charla, mientras derivaban de un tema a otro.

El susto llegó cuando empezaron a hablar de él. Y de Angelique.

Que no era santo de la devoción de la señorita Holmes no lo tomó por sorpresa. Al margen de lo que le gustaban los misterios y los líos, su presencia amenazaba a su mejor amiga, prácticamente su hermana, así que no se lo tuvo en cuenta. Era cierto que había ido por el consultorio. También era cierto, y lo sabía sin ánimo de duda, que ahora se quedaría en Little Lake solo por la señorita Watson.

Pero ¿podría quedarse? La noticia de que Angelique había llegado con el grupo de los marqueses fue un impacto más doloroso que el del disparo. ¿De verdad estaba en el pueblo? Dios santo, aquella mujer era incansable. Lo había seguido de Edimburgo a Londres y ahora de

Londres a Little Lake. De algún modo habría descubierto que estaba allí —no sería la primera vez que ponía un detective privado tras sus pasos— y se había presentado a reclamar su posesión, maldita fuera... Empezaba a pensar que, aunque se cambiara de nombre, sería capaz de localizarlo en pleno centro de Nueva Zelanda.

David se pasó una mano por la cabeza y acabó estrujando unos cuantos mechones, con gesto desesperado.

—¿Se encuentra bien, doctor Keller? —preguntó la señorita Taylor, apareciendo a su lado con una tetera. Era una muchacha morena, de grandes ojos castaños y sonrisa encantadora.

—¿Eh? Sí, sí, desde luego. Perdona, pensaba en un caso.

—No se preocupe. Ya imagino que su profesión tiene que ser agobiante a veces. ¡Pero tiene que animarse! ¡Ahora mismo es el héroe de Little Lake!

—¿Qué? ¡No! Yo no hice nada.

—Claro que sí. Todo el mundo sabe que salvó a varios hombres y mujeres, y a un grupo de niños que iban en un carro que volcó por los disparos. No sea modesto. —David abrió los ojos como platos. ¿De verdad se contaban así las cosas? Él se recordaba huyendo por su vida, pegado a una pared y gritando a todo el mundo que se apartase, nada más. —¿Un poco más de té? Este es del mismo que ha tomado antes, con vainilla y flores de aciano.

—Sí, por favor. Estaba delicioso.

La joven agradeció el cumplido, rellenó la taza generosamente y se alejó para atender a otros comensales. David bebió un sorbo de aquel líquido aromático y oscuro, y prestó de nuevo atención a lo que hablaban las jóvenes. «El héroe de Little Lake escucha a hurtadillas», se dijo con ironía. Pero no pudo evitarlo.

—... leeré en cuanto llegue a Heatherfield —estaba diciendo la joven recién llegada, sin duda la famosa lady Gladys Barrows, condesa de Sackville desde el verano, y antes sencilla hija del párroco de Saint George, la parroquia junto al lago a la que acudía todo el pueblo. Había dicho que los habían presentado en Londres, pero no la recordaba. No era de extrañar: aquella había sido una época tumultuosa, llena de rostros y voces, en la que le presentaban damas y caballeros por docenas, a cada momento.

—¡No! Espera a que estemos todas —pidió la señorita Holmes. —Será divertido leerlo juntas.

—Pero yo no iré en Nochebuena —alegó la señorita Watson. Eso era cierto. La señora Douglas y ella habían pasado horas en la cocina, a lo largo de esa semana, para dejar preparada una buena cena para esa fiesta. Luego, para el baile de Navidad, sí iban a ir a Heatherfield Manor, y David había pensado ir con ellos, pero dadas las circunstancias se quedaría en casa.

—No importa, te esperaremos —replicó lady Gladys. —En el baile de Navidad podremos escaparnos un rato a la biblioteca para hacerlo. —Todas estuvieron de acuerdo en eso. —Ahora, me queda otra cosa que contaros. Tengo noticias del asunto de Bath.

—Oh, qué bien —exclamó la señorita Watson. David frunció el ceño. ¿Pensaba ir a Bath? —¿Os respondieron?

—En realidad, Edward y yo nos acercamos allí y nos alojamos durante tres semanas en el número 8 de la calle Gay. Era un lugar precioso, muy elegante; y nuestra puerta tenía unas columnas corintias en la entrada, y dos pisos muy espaciosos, con mucha luz. Ya veréis, iremos algún día. El caso es que fuimos a ver a algunos conocidos de mi suegra, gente que lleva muchos años en Bath, y que nos acompañaron a... Bueno, mejor que sea breve, o llegará el coche y tendremos que irnos.

—Sí, ya nos contarás los detalles de Bath en otro momento —dijo la señorita Holmes.

—Vale. La cuestión es que descubrimos que, sí, es cierto, hace cincuenta años estuvo alojada en el número 40 una mujer con una niña. Una anciana que vive en el 41 se acordaba de ellas. Entonces, por supuesto, era jovencita. Nos dijo que eran gentes humildes, y carentes de modales, pero iban bien vestidas. «Como si una criada hubiese recibido una herencia repentina y se estuviese haciendo pasar por señora», nos detalló. Por eso las recordaba.

—¿Crees que era la señora Perkins? —preguntó la señorita Watson. —¿Nuestra señora Perkins?

—Estoy segura. Según la vecina, la niña, que tendría unos doce o trece años, estaba enferma, se la veía mal, y se pasaba el tiempo sentada por allí, pintando...

—¡Acuarelas! —terminaron sus amigas.

—Así es. De modo que casi podemos dar por confirmado que la señora Perkins estuvo en Bath con su hija en una época algo posterior al juicio por la muerte de lady Pamela.

—¿Y cómo pudo permitirse algo así una mujer que vivía limpiando casas ajenas? —planteó la señorita Hawkins. A David le encantaba su voz dulce y encantadora, tan relajante. Y era lo primero que le había atraído a Doyle de ella, según le había revelado su amigo cuando le contó que era su prometida.

—Esa es una buena pregunta, Touie —replicó lady Gladys. —Llegamos a descubrir que la casa en cuestión pertenecía a un matrimonio de Surrey que había dejado de ir a Bath y fue alquilada varias veces por una firma de abogados que ya no existe, ni la firma ni ellos. Pero tuvimos suerte, porque un amigo del marqués nos dijo que creía recordar a un joven escribano que trabajaba allí, porque era hijo de la que entonces era su cocinera, y lo había ayudado en su momento con ciertas cartas que... no sé, no quiso decirme de qué iban, y Edward insistió en que no preguntase.

—Para alguna amante, seguro —agregó la señorita Holmes.

—Supongo. El caso es que dijo que trataría de localizarlo y que nos escribiría aquí, a Heatherfield Manor, con lo que hubiera descubierto. Esto fue a finales de octubre, así que quizá, cuando llegue, ya tenga esperando la carta.

—¡Ojalá! —exclamó la señorita Hawkins. —Este misterio es de lo más intrigante. Y me apena que el pobre doctor Sinclair siga en prisión tras tanto tiempo. El doctor Doyle me dijo que, aunque tenía buen aspecto, parecía... no sé, triste.

—Como para no estarlo, tras cincuenta años en la cárcel, pagando por un asesinato que no has cometido —convino lady Gladys.

—Y más siendo el asesinato de la persona que amabas —añadió la señorita Watson.

—Es terrible, sí... —La señorita Holmes dio dos golpecitos sobre la mesa. —Recapitulemos: hace cincuenta años, lady Pamela fue envenenada con arsénico. Se sospechó de su médico y amante, John Sinclair, puesto que el veneno le llegó por medio de un tónico que él mismo le preparaba. Además, se supo que había comprado arsénico, aunque él afirmó no recordarlo. Por todo eso, y por su relación con lady Pamela, es que se consideró una especie de...

—¿Acoso? —sugirió la señorita Watson.

—Sí, eso es. Se alegó que él estaba encaprichado con ella, pero ella no había querido huir con él, y que por eso la mató. Como sabemos ahora, por cartas y por lo que nos cuenta Helen de ese diario, la realidad era que ambos estaban enamorados. Que lady Pamela sentía una... ¿cómo era, Helen?

—Eh... ¿Una «inoportuna pasión» por el doctor Sinclair?

—Eso, lo que la llevó a hablar con su marido, quien al parecer no se lo tomó como ella esperaba. Se enfadó y ella empezó a considerar la huida con su amante. Entonces, la asesinaron,

crimen por el que condenaron al doctor Sinclair a cadena perpetua.

—Eso es —convino lady Gladys.

—Bien. Por otra parte, sabemos que la señora Perkins trabajaba por aquel entonces para Sinclair y que, de pronto, al poco de la muerte de lady Pamela, contó con los medios suficientes como para llevar a su hija enferma a Bath, a intentar curarla. Eso induce a pensar que sabía quién fue el asesino, y que quizá le hizo chantaje. O quizá trabajó para él.

—¿La señora Perkins una asesina? —intervino la señorita Watson. —No lo creo...

—Quería confesarse, no sé... Pero también coincido en que no creo que fuera una asesina, solo una bruja con muy mal carácter. Pero todo esto también nos dice algo más.

—¿El qué? —preguntó la señorita Hawkins.

—Que el asesino era alguien rico.

Hubo un silencio. David lo entendió, él también se sentía sobrecogido por la posibilidad de que alguien de posición hubiese asesinado a la dama. Estaba fascinado con la historia. ¿De dónde la habrían sacado, quién habría sido esa lady Pamela? Y, por lo que había entendido de la conversación en general, aquel tal John Sinclair llevaba cincuenta años en prisión, pagando por el asesinato no cometido de la mujer que amaba.

—¿Y quién pudo...? —empezó lady Gladys.

—Yo creo que fue el marido —decidió la señorita Holmes. —Con las pruebas que tenemos ahora mismo, es el mayor candidato.

—¿El baronet? —la señorita Hawkins sonó escandalizada. —¿El abuelo de sir Walter?

—Así es. Tenía el motivo, su esposa quería abandonarlo, lo que hubiera supuesto una gran vergüenza para la familia. Y, desde luego, la oportunidad de hacerlo, puesto que el tónico estaba en la mansión. Pudo manipularlo tranquilamente.

—Pues sí... Pero para eso hubiera debido conseguir el arsénico.

—Creo que en esa época no se controlaba de ningún modo —dijo la señorita Watson. —Pero podemos preguntarle al señor Larrington.

—Eh... Yo no me atrevo —admitió lady Gladys.

—Que lo haga Helen —sugirió la señorita Hawkins. —Lo digo porque compras habitualmente en la botica para el consultorio de tu padre.

—Ya, bueno... Ojalá no tuviera que hacerlo.

—Es un hombre odioso, sí...

—Eh, mirad, creo que ahí está el coche —avisó la señorita Holmes. —Deberíamos ir saliendo.

—Sí. Qué pena. —Empezaron a ponerse en pie, colocándose sombreros y guantes. —Bueno, nos veremos el día del baile de Navidad...

David se volvió rápidamente hacia la pared, para disimular mientras se marchaban. Las jóvenes salieron charlando felices entre ellas; y aunque la tetería seguía abarrotada, sintió que se había hecho un gran vacío.

Esperó un poco, pero no tardó en abandonar también el local.

Capítulo 13

Hay que mantener las tradiciones antes que la vida

David volvió directamente a casa, decidido a tener esa conversación con la señorita Watson.

No iba a esperar más, estaba cansado de tanta angustia. Además, debía contarle antes de que aquella arpía de Angelique lo dejara caer como el proyectil de un cañón. Confiaba en que el buen carácter de Helen la llevase a comprender sus razones, por qué tuvo que hacer lo que hizo. Y solo si ella lo aceptaba, si lo limpiaba de toda culpa con una especie de perdón, le pediría formalmente relaciones.

De no ser así...

Bueno, se iría. No solo porque no podría soportar que Angelique empezara a rondar de nuevo a su alrededor, sino porque no podría vivir tan cerca de la señorita Watson sabiendo que ella conocería aquel terrible secreto y que lo despreciaría por ello. «No te hagas ilusiones, no podrás elegir», pensó. «Seguramente te despedirá el doctor Watson».

La casa estaba silenciosa y oscura. ¿Dónde estaba la señora Douglas? Por lo general, no se iba hasta haber recogido los platos de la cena. Tampoco parecía estar el doctor Watson, ni había vuelto aún su hija.

—¿Señora Douglas? ¿Doctor Watson? —preguntó, mientras se quitaba la capa con cuidado. El brazo ya apenas le dolía, pero si hacía movimientos bruscos podía romper algún punto y retrasar la curación. —¿Doctor Watson?

Un par de segundos después, llegó un sonido apagado desde el despacho del doctor. David se detuvo y miró con cautela. Tras lo ocurrido con el limpiachimeneas no estaba dispuesto a correr riesgos. Al paso, cogió un jarrón de una mesita y se asomó poco a poco al umbral, decidido a romperlo en cualquier cabeza sospechosa que pudiera llegar a encontrar.

El corazón le dio un vuelco cuando vio al doctor Watson sentado en el sofá, casi tumbado hacia el lado del fuego, apretando con fuerza su costado. Su gesto de dolor era inequívoco. Había empujado un cuenco de adorno de una de las mesitas, seguramente porque no podía ni hablar.

—¿Doctor Watson! —exclamó. Dejó caer el jarrón y corrió hacia él, hasta arrodillarse a su lado. El médico estaba pálido, sudoroso y casi inconsciente, pero se recuperó un poco y trató de sonreír. —¿Qué le ocurre?

—Nada, nada... —jadeó. —Que no se entere Helen...

—No se preocupe. Eso es lo que menos importa ahora. Dígame, ¿le duele aquí? —Intentó presionar ligeramente a la derecha del vientre, pero el médico gritó en cuanto lo rozó.

—¡Dios, sí! —Se apartó como pudo. —Deje, deje...

David se puso en pie. Lo observó con el ceño fruncido.

—¿Dónde está la señora Douglas?

—La mandé a casa, con su marido. Le dije que, con el tiempo que hace, no debía quedarse hasta tan tarde, que ya nos calentaríamos nosotros la cena. La ha dejado lista.

—Ya. Se deshizo de ella porque se sentía mal.

—Bueno, sí. No lo niego. No quería alarmar a nadie ni tener que dar explicaciones.

David agitó la cabeza. Maldito viejo temerario...

—Siendo usted médico, seguro que ya ha llegado a un diagnóstico —le dijo, intentando contener su enfado.

El doctor Watson sonrió con desmayo.

—Sí, pero prefiero que lo exponga usted. Considérelo una prueba para el ayudante. Y para un alumno aventajado del doctor Bell. Dígame su opinión.

David lo observó largos segundos con los labios apretados.

—Pues opino que cuida usted mucho de las primeras ediciones que consigue de sus libros de Medicina.

—¿Eh? —replicó el otro, sorprendido.

—Los cuida como si fueran material de coleccionista, aunque creo que pocas de ellas valen más que cualquier otra edición del mismo ejemplar. Y, sin embargo, en el *Elementos de medicina práctica*, de Bright y Addison, pese a ser una primera edición de 1839, ha escrito anotaciones en la parte en que describen la sintomatología de la apendicitis y donde establecieron que provoca la mayor parte de los procesos inflamatorios de la fosa ilíaca derecha.

—No me diga —dijo el otro, sonriendo apenas.

—Anotaciones siempre mencionadas en relación con una rareza como la apendicitis crónica, que parece obsesionarlo. De ese tipo que, entre los médicos, no se admite que exista, pero que se da en algunos casos muy raros. Tiene usted un buen número de lecturas en la biblioteca sobre el tema. —El otro rio con esfuerzo. —Por sus características, en ellas los síntomas pueden aparecer y desaparecer, y el proceso se alarga en el tiempo, incluso uno o dos años. Por eso sufre de repentinos supuestos tirones, y luego se le pasan, para sentirse mal otro par de días después. Tiene usted apendicitis crónica. Ese es mi diagnóstico.

El doctor Watson asintió.

—Coincido, doctor —dijo con un susurro apenas audible.

—Seguro que sí. Lleva tiempo preparándose para este momento, ¿verdad?

—Así es. Al principio no estaba seguro, pero ya llevo meses padeciendo esta agonía. Por eso he ido organizando lo del quirófano, para tenerlo todo listo, porque me temía que llegaría un momento en el que esto podría complicarse. O, de no ser así, por si Helen lo necesitaba alguna vez.

—También opino que por eso, en concreto, me aceptó a mí y no a los otros candidatos. No porque estuviera propuesto por Doyle, no porque quisiese un marido para su hija, sino porque soy un buen cirujano. —David entrecerró los ojos, sintiendo una profunda vergüenza. —Usted sabía quién era yo. ¿Por qué simuló no estar al tanto de nada? ¿No tener ni idea de mi vida?

—Pensé que le avergonzaría. Y daba igual.

—¿Daba igual? No lo entiendo. Sabía qué había ocurrido en Londres, pero aun así me contrató. ¿Puedo preguntarle por qué lo hizo? Allí concluyeron que yo era un hombre sin honor. ¿Por qué me ofreció la posibilidad de casarme con su hija y quedarme con todo cuanto ha conseguido a lo largo de los años?

—Se equivoca en una cosa: sí me valió la recomendación del doctor Doyle. Lo tengo en mucha estima, y sé que es una persona íntegra. Él y yo comentamos lo ocurrido...

—¿Doyle lo sabe? ¿Lo que ocurrió en Londres?

—Sí —replicó el doctor Watson, dejándolo perplejo. De modo que Doyle lo sabía y, aun así, arriesgó su buen nombre recomendándolo. No podría nunca estarle lo suficientemente agradecido. —Él fue quien escribió a otros colegas para enterarse de lo que había pasado. Concluimos que esa mujer lo había seguido desde Escocia. Que debía tratarse de la venganza de

una... amante desechada.

David asintió.

—En cierta medida, así fue. Pero ¿cómo podían estar seguros?

—Yo no lo estaba. Doyle, sí. Puso su honor en juego por usted.

David sintió que se emocionaba. El querido y amable doctor Doyle.

—Ese tonto maravilloso...

—Así es. Una gran persona. Tiene un corazón tan grande como el propio imperio... Lo recomendó a usted pese a saber que eso podría suponer que recibiría menos pacientes desde esta consulta. Él, que es tan pobre que no tiene vehículo propio, ni siquiera caballo... Y que tiene que ocuparse de la familia Hawkins.

—¿La de su prometida?

—Sí. Esa familia estaba en una situación más difícil todavía. De hecho, los Hawkins habían acudido a él por el hermano de Touie, muy enfermo por una meningitis de la que no tardó en morir, de hecho; y el doctor Doyle, viendo que eran todavía más pobres que él, les ofreció cobijo en su casa. Y eso que solo la había podido amueblar en parte.

—Típico de Doyle, sí. Es un hombre muy generoso.

—Y listo. Supongo que por algo fue también un buen alumno de John Bell. Juntó las piezas y llegó a sus conclusiones. Ahora, tras haberlo conocido y haber convivido con usted todo este tiempo, pienso que fueron muy acertadas. A las pruebas me remito: siempre se ha mostrado como un caballero. No estoy ciego, doctor Keller, a estas alturas me consta que mi hija ya se ha enamorado de usted, pero la mantiene a distancia.

David titubeó.

—Antes tengo que hablar con ella de todo esto. Contárselo todo.

—Eso lo honra más todavía. No tenga miedo, Helen es una muchacha sensata. Sabrá entenderlo.

Él no estaba tan seguro. ¿Sabrían Doyle y el doctor Watson que Angelique le había pagado los estudios? ¿Que por ello lo consideraba prácticamente de su propiedad? ¿O solo creían que eran amantes y que ella insistía en mantener una relación que él ya no soportaba? Pero no podía saber la verdad sin preguntar y no era momento de hacerlo. Ya lidiaría con eso más tarde.

—Bien, pues puestas ya las cartas boca arriba, estoy aquí porque quiere que lo opere. Mi recomendación: tenemos que hacerlo de inmediato. —A ver cómo se las arreglaba para operarlo con el brazo herido. No era un impedimento total, pero tampoco lo tenía totalmente recuperado. Probó a mover los dedos. La herida restalló de dolor y temblaron. —Maldición...

—No, no, ni hablar —replicó el otro, para su sorpresa. —Esperaremos a que pasen las fiestas. Quiero que Helen las disfrute.

—¿Qué? —David lo miró desconcertado. —Está usted loco. Tal como yo lo veo, hay que hacerlo de inmediato. Si se produce una perforación, morirá. Lo sabe.

—No sea alarmista. No estoy tan mal. Me repondré en un momento. Siempre ocurre.

—Espero que sea rápido. No creo que su hija tarde en llegar. La vi despedirse de sus amigas en la tetería de la señorita Taylor. Salieron antes que yo.

—Oh, maldición... No le diga nada.

—No debería ocultárselo.

—Usted no lo entiende. Estas fiestas navideñas son muy importantes para ella. Las hemos pasado solos desde que su madre murió, y nos gusta darnos la mano y hablar de ella. Son momentos muy especiales.

—Por supuesto, claro que sí —replicó él con ironía. —Hay que mantener las tradiciones

antes que la vida. Y así, al año que viene, la señorita Watson podrá cenar en Nochebuena acompañada de los fantasmas de ustedes dos.

—¡Doctor Keller!

—Perdone que sea tan directo, doctor Watson, pero...

—Pero tiene usted razón —dijo Helen. David se giró. La joven estaba en la puerta, todavía con el sombrero puesto, muy pálida. —Y no hay tiempo que perder.

Su padre la miró apenado.

—Oh, hija...

—Ya me lo parecía a mí —le dijo ella con reproche contenido. —Sabía que algo iba mal, mira que lo sabía. Que no había tirones, ni gripes, que era algo peor, mucho peor. ¿Cómo pudiste ocultármelo? —Avanzó hacia él, temblando. —Tendríamos que haber ido al hospital de Portsmouth. Tendrías que estar allí, papá.

—Ja. Ni loco. ¿Recuerda lo que hablamos el primer día, doctor Keller? ¿Sobre la higiene en los hospitales? Tú también lo oíste, Helen, estabas con Sarah en el pasillo, los tres lo sabemos. No pienso morir de una infección porque los médicos que me van a atender se toman a mal que les pida que se laven las manos. Quiero que me opere usted. Quiero que me opere aquí, en este quirófano que ya conoce. Yo... —Su rostro se tensó de dolor. —Ah...

Sin más, se derrumbó, inconsciente. La señorita Watson avanzó aterrada y se arrojó de rodillas a su lado.

—¡Papá!

—¡Doctor Watson! —David trató de hacerlo reaccionar. —¡Doctor Watson! Nada, está inconsciente.

—¿Qué hacemos?

—Traiga la camilla. Vamos a operar.

—Pero...

—Temo que esto se haya complicado. —David pensó a toda velocidad, aunque sabía que no tenía nada que analizar. —No podemos arriesgarnos a una peritonitis. Voy a por la camilla, ayúdeme a colocarlo encima y prepare el quirófano.

—¿Va a operarlo?

—No. No tengo la mano lo suficientemente firme. Va a operarlo usted.

Capítulo 14

Sin usted no lo hubiera conseguido

Helen despertó bruscamente.

Estaba en el sofá de la sala, cubierta por una mantita que no recordaba haberse puesto. Seguramente habría sido el doctor Keller, porque recordó que la había acompañado hasta allí, tras lavarse la sangre de las manos y quitarse los delantales, que arrojaron al cesto de la ropa sucia. Ella no había tenido fuerzas para subir la escalera, y él la había llevado allí y la había ayudado a tumbarse, con la promesa de ir a buscar de inmediato a la señora Douglas, o más exactamente a sus dos hijos, para que lo ayudasen a subir a su padre a su dormitorio.

Ella hubiera querido quedarse junto al enfermo, sosteniendo su mano, pero se quedó dormida de inmediato. Demasiadas horas de tensión, atrapada en aquella operación fascinante pero aterradora.

¿Cuánto tiempo habría dormido? Miró el reloj de la chimenea. ¡Si ya eran más de las ocho de la mañana! ¿Cómo no la habían llamado antes? Se incorporó, con la sensación de tener doloridos todos los músculos, se estiró como pudo la ropa y salió al vestíbulo. Allí dudó entre ir a la cocina —desde donde le llegaban las voces de la señora Douglas y el doctor Keller— para comer algo, o subir a ver a su padre. Optó por lo segundo.

Emprendió el ascenso por las escaleras, algo que jamás le había costado tanto. Pese a las horas de descanso, seguía sintiéndose agotada. Orgullosa, incluso feliz, pero agotada. Jamás hubiera pensado que iba a tener que vérselas con algo así antes incluso de empezar la carrera. ¡Menudo desafío! Ciertamente que, en realidad, quien había operado a su padre había sido el doctor Keller. Él era el que le había ido explicado cada paso, con total precisión. Ella se había limitado a seguir sus indicaciones, pero había aprendido mucho.

Qué curioso, le temblaban las manos al entrar, pero cuando cogió el bisturí y cortó donde le dijo el doctor Keller, su pulso estaba totalmente firme. Y cuando, tras coserlo y vendarlo, se había apartado de su padre dormido, el temblor había vuelto.

Como en ese preciso momento.

—Espere —le dijo el doctor Keller, desde abajo. —Señorita Watson...

—¿Sí? —preguntó ella, volviéndose. —¿Cómo me ha dejado dormir tanto? ¿Está bien mi padre? ¿Se encuentra ya en su dormitorio?

—Sí. —El doctor Keller subió hasta alcanzarla y sonrió. —No se preocupe. La señora Douglas vino con sus dos nietos. —Así que Timmy y Jimmy ya habían vuelto a casa para la Navidad. Se alegraba mucho por los Douglas. —Por cierto, no imaginaba que pudieran ser tan grandes.

Ella asintió, retomando el ascenso.

—Sí, los Douglas son como robles.

—Viendo a la abuela nunca lo hubiera imaginado. Pero su ayuda ha sido maravillosa. Su padre ya está en su habitación, descansando. Creo que se recuperará. Ha hecho usted un estupendo trabajo. —Ella se limitó a sonreír con desmayo. Llegaron al pasillo. Él la tomó por un brazo. —Pero tenemos que hablar, señorita Watson. Tengo que explicarle...

Lo de aquella mujer, claro. Lo había oído todo cuando hablaba con su padre. No era algo que

le importase, su corazón estaba lleno de júbilo por la idea de que no la amaba, que quería contárselo a ella antes de... ¿de qué?

Estaba deseando saberlo.

—No importa. De verdad, no importa, doctor Keller. Escuché su conversación con mi padre, sé lo de esa mujer y no creo que debamos concederle más importancia. Podemos dejarlo en que son cosas del pasado y...

—Por favor... Tengo que añadir algunos detalles. Puede que no le importe, pero debe conocerlos, por si acaso. Esa mujer puede aparecer algún día por aquí... —Se mostró turbado. ¿Sabría que la marquesa de Wesleyth ya estaba en Little Lake?. —Necesita estar al tanto.

Ella suspiró. Estaba claro que suponía mucho para él. Lo mejor sería concederle ese tiempo.

—Si me espera un momento... Me gustaría ver cómo está mi padre.

—Por supuesto. De hecho, la acompaño.

Fueron al dormitorio del fondo del pasillo y llamaron suavemente a la puerta. Se encontraba de guardia uno de los nietos de la señora Douglas, Timmy, que sonrió con agrado a Helen. Los dos nietos gemelos de la señora Douglas eran tan diferentes de esta en físico como en humor. Siempre se mostraban serviciales, animosos y educados. Helen sentía mucho aprecio por ellos.

Su padre parecía dormido, pero despertó cuando se acercó a la cama a darle un beso en la frente.

—Helen, querida... —susurró. —¿Lo veis? Tenía yo razón. Llego a operarme en el hospital y ya habría muerto de septicemia. O estaría en el desagradable proceso de hacerlo.

—Mejor no pensarlo, doctor Watson —replicó el doctor Keller con una sonrisa.

—John, muchacho. Puedes llamarme John. Y es cierto. He tenido mejor atención que la propia reina de Inglaterra.

Helen le besó una mano.

—Desde luego, si lo dices por el doctor Keller, es cierto.

—Lo decía por ti, cariño. —Le apretó la mano con afecto. —Sé que me operaste tú. Me lo han dicho. Gracias.

—No hay de qué. Hice lo que era necesario. Pero te consta lo que sé de Medicina. Sin él no hubiera sido posible.

—Es verdad. Un buen trabajo en equipo. Eso es lo que necesita la vida para que esté llena de auténtica felicidad. —Helen y David se miraron, y ella se ruborizó, sintiendo que el corazón latía a un ritmo nuevo, uno que no había conocido nunca, pero que creaba una especie de música en su interior. —Pensadlo bien.

Sin más, se quedó dormido. Helen y David se despidieron de Timmy y salieron al pasillo. Él la tomó de la mano y tiró de ella suavemente hasta llegar a la puerta de su habitación. Allí, se detuvo un momento y la miró, como para darle la oportunidad de salir huyendo si lo deseaba. Pero no era así. Helen sonrió con timidez pero decidida, y se dejó conducir dentro.

El dormitorio de David estaba muy ordenado y tenía un aire varonil que le agradó mucho. Él movió un poco la silla del tocador, que en vez de frascos de perfume tenía un par de pilas de los informes que preparaba ella para su padre, y se la ofreció. Cuando se hubo acomodado, él fue a la cama y se sentó en el borde.

—Se llama Angelique Lighton, marquesa viuda de Wesleyth, y fui su amante durante seis años —empezó, brutalmente directo. Helen tragó saliva. —Los que tardé en conseguir un título de médico que yo no me hubiese podido sufragar de otro modo. Durante ese tiempo, ella se ocupó de todos los gastos, siempre: pagó tanto mis estudios como la comida que tomé o el techo bajo el que me cobijé, lo que me dio tiempo para estudiar y para hacer prácticas. Pero, a cambio,

las noches le pertenecían, y en ellas yo era su juguete...

Helen sintió que el corazón se le encogía en el pecho.

—No tiene por qué decirme...

—Sí, tengo. *Debo*. Porque si vamos a empezar algo juntos usted y yo, tal como deseo, tiene que ser con las almas expuestas y los corazones abiertos, señorita Watson... Helen. ¿Puedo llamarte Helen? ¿Puedo tutearte?

—Por favor... David.

Él sonrió con media boca.

—Angelique me llamaba a mí «su cachorrito». Jugaba conmigo, disfrutaba divirtiéndose a mi costa. Se empeñaba en que consumiéramos diversas sustancias «recreativas», opio y algunos derivados que nos levantaban el ánimo y nos provocaban ensoñaciones. Yo estaba aterrado, puesto que conocía bien las consecuencias de su abuso. A ella le da igual, no es capaz de entender el peligro. Simplemente le gustan, es una adicta, aunque todavía no ha llegado al tiempo de los estragos. —Se pasó una mano por el pelo y se encogió de hombros. —Supongo que esperaba que yo me enamorase de ella, algo que nunca ocurrió, y eso la frustraba y la llenaba de ira. Y hacía que se obcecara más en su dominio.

—Lo lamento. Recuerdo que dijiste que estudiar la carrera te había costado parte de tu alma. Ahora lo entiendo.

—Sí... Así es como lo siento. —Suspiró. —Cuando por fin terminé los estudios y tuve mi título, traté de llegar a un acuerdo con ella. Dije que le devolvería el dinero, todo lo gastado en mí en ese tiempo, aunque fuera poco a poco, a medida que lo ganase, pero ella no quería eso. Solo quería seguir poseyéndome.

—Qué mujer odiosa.

—Sí. No quería dejarme ir, así que me escapé. Un día cogí lo imprescindible y me marché a Londres, donde tuve cierta suerte y pude entrar a trabajar en un hospital. Allí, algunas de mis intervenciones se fueron haciendo conocidas, porque mis pacientes solían sobrevivir a la experiencia. En realidad, no tuvieron nada que ver con la habilidad como cirujano, se debieron a un poco de higiene, nada más...

—Y pericia. El modo en que me fuiste indicando qué hacer en la operación de mi padre ha sido admirable. Sin ti no lo hubiera conseguido.

David sonrió.

—No lo niego. Pero tienes muy buena mano, Helen, lo que mi profesor de cirugía llamaba «el toque». Serías una estupenda cirujana, de escoger esa especialidad.

—Gracias. —Sonrió feliz. —Creo que lo haré. A pesar de lo terrible de la experiencia, ha sido emocionante.

—Me alegro. La cuestión es que, por esas intervenciones, fui haciéndome un poco conocido. Y cuando le salvé la pierna, y la vida, a un lord herido al caerse del carruaje, ya comenzó a mencionarse mi nombre con fuerza. El resto puedes imaginarlo.

—Deja que adivine. Lo mencionaron con tanta fuerza que esa mujer lo oyó desde Edimburgo, fue a Londres y, como tú no quisiste volver con ella, trató de destruirte.

—Exacto. —Se miraron. —¿Y ahora qué, Helen?

Ella sonrió. Se levantó de la silla, fue hacia él y se arrodilló entre sus piernas. Nunca hubiera pensado que sería tan osada con un hombre, pero le ocurría como con el temblor de las manos: una vez dado el primer paso, se sentía llena de fuerza, de poder. Decidida.

Porque era él, el doctor David Keller. El que llegó a su vida arrastrando una capa de oscuridad solo para permitirle descubrir la intensa luz del amor.

—Ahora nos besamos. Pero solo si te gustó el primero. Aquel que nos dimos el día en que...
—Trató de borrar la repentina imagen de Dalton. No quería perder el tiempo con él. —Bueno, mejor olvidarlo.

David sonrió.

—Aquel beso me encantó.

—¿Sí? Llegué a temer que te hubieras arrepentido.

—¿Qué dices? No, ni hablar. Si te digo la verdad, fue el mejor momento de mi vida. La primera vez que pensé: «Soy un hombre feliz».

—Oh, David... —susurró ella, emocionada. —Pues vivamos otro de nuevo.

—No —pidió él, al ver que Helen iba a quitarse las gafas. —No, por favor, dejátelas puestas, al menos un poco más.

—¿Te gustan?

—Me parecen tremendamente seductoras. Sobre todo porque las llevas tú.

Aquello terminó por provocar un estallido de felicidad en el pecho de Helen. David se inclinó hacia ella para volver a besarla y sus bocas se unieron con una suavidad engañosa, que ocultaba un deseo hambriento y descarnado. David la estrechó entre sus brazos y la oprimió contra la dureza de su erección, para que comprendiese hasta qué punto estaba excitado.

Y ella, embriagada por la fuerza del amor, decidida y valiente como nunca, empezó a soltarse los botones que cerraban el escote de su vestido.

Capítulo 15

Soy la marquesa viuda de Wesleyth y exijo ver al doctor Keller

En Navidad, Helen envió una nota a Heatherfield Manor explicando su ausencia al baile.

Estaba segura de que lo entenderían. Todavía no se atrevía a dejar solo a su padre, se turnaba con David, la señora Douglas y sus dos hijos, para que tuviera una atención de continuo, y en cuanto la llamaba acudía rápida.

No lamentó no asistir la fiesta, ni siquiera por el hecho de que iba a perderse la lectura del diario de lady Pamela. Ya le contarían sus amigas lo importante y seguro que se lo dejaban para leerlo en el futuro. En ese momento de su vida no le importaba nada, absolutamente nada que no fuera su naciente relación con David.

David, David, David... Paladeaba el nombre, ahora que podía utilizarlo.

Se sentía pletórica, completa, desbordante de alegría. Una vez que supieron cómo destruir los muros que los separaban, el propio mundo cambió para Helen, y también para David, a decir del modo en que ahora estaba siempre sonriendo —tan lejos del hombre sombrío que llegó a Little Lake, —con una mirada llena de alegría. No dejaban de organizar planes de futuro, de besarse y de hacer el amor en cuanto les era posible.

El martes llegó una nota de Heatherfield Manor, de parte de la marquesa viuda de Wesleyth. Solo decía: «Ven a verme de inmediato, cachorrito, o volverás a lamentarlo».

—Te aseguro que puede organizar un buen escándalo en Little Lake —le dijo esa noche David, acostado en su cama. Helen, que estaba limpiando sus gafas con un pañuelo antes de dejarlas en la mesilla, se encogió de hombros.

—Estoy segura de que Little Lake podrá soportarlo.

El miércoles, Sarah y Gladys acudieron a visitarla. Ambas parecían consternadas, de modo que charló con ellas en la propia salita de espera, donde varios lugareños esperaban su turno para ser atendidos por David, que había ido a consultar los detalles de un caso en la biblioteca.

—Hubiéramos venido ayer a contártelo —empezó Gladys. —Pero no queríamos molestar. ¿Cómo está tu padre?

—Mejor, mucho mejor. Lo operamos justo a tiempo y se está recuperando perfectamente.

—Me alegro. Nosotras...

Gladys y Sarah se miraron. Helen pasó la vista de una a otra, intrigada.

—¿Qué ocurre?

—¡El diario! —exclamó Sarah, en un susurro. —¡Alguien lo robó!

—¿Qué? —Helen abrió mucho los ojos. —¿Cómo es posible?

—Bueno, en realidad, no es algo que pudiera resultar tan difícil. Todo el mundo sale y entra de Heatherfield Manor como si fuera su casa.

—Sarah... —le reprochó Gladys.

—¿Qué? Es cierto. No hay mayor vigilancia, porque se considera que este es un lugar tranquilo. Pero no lo es. Ha habido asesinatos, tal como nosotras sabemos. —Las tres asintieron con gravedad. —Pudo incluso matarnos dormidas, Glad. —Miró a Helen para explicarse—: Entró un individuo a robarlo, se metió en la habitación de Gladys y se lo llevó. ¡Pero llegué a

verlo!

—¿Tú? ¿Cómo? No te ibas a quedar a dormir.

—No. Pero mi madre, que estaba empeñada en lograrlo, se torció oportunamente un tobillo y tuvimos que aceptar la hospitalidad del baronet.

—Fue realmente cómico. —Rio Gladys. —Visto lo visto, le pedí a Edward que durmiese en su dormitorio para que Sarah se quedase conmigo, y estábamos juntas, charlando, cuando oímos un ruido en el despacho, donde guardaba el diario.

—Corrimos hacia allí, pero llegamos justo para verlo en el borde de la ventana —prosiguió Sarah. —Era un hombre embozado, muy ágil. Saltó, de hecho; y creí que habría caído, que se habría matado, pero cuando miramos no estaba abajo. Desapareció.

—Embozado y desaparecido —murmuró Helen. —No puede servir de mucho.

—Pues no... —De pronto, la puerta de la consulta se abrió, con un contundente campanileo, y entró lady Angelique Lighton, marquesa viuda de Wesleyth. Helen la reconoció al momento, de la noche en la que la vio pasar en el coche. Su brillante cabellera, recogida bajo el sombrero de piel, surgía en rizos rojizos como si fueran llamas. —Oh, demonios... la arpía.

—¡Sarah! —la riñeron Gladys y Helen, aunque ambas estaban de acuerdo en el término utilizado para definirla.

La mujer miró a un lado y a otro, con altanería. Iba a dirigirse directamente a la puerta del despacho, cuando se le interpuso Helen.

—¿Puedo ayudarla?

—Soy la marquesa viuda de Wesleyth y exijo ver al doctor Keller.

—Hay unos cuantos pacientes antes, pero si se sienta allí...

La mujer entornó los ojos amenazadoramente. Se notaba que estaba acostumbrada a mandar y a reducir a los demás a escombros insignificantes.

—Te he dicho que soy la marquesa viuda de Wesleyth, muchacha. No solo no espero nunca, sino que ahora quiero ver al doctor Keller. —Hizo una muequita burlona. —Me duele mucho la cabeza y eso me pone de mal humor.

—Oh, vaya. —Helen la miró contrita. —En ese caso, por supuesto, pase por aquí. —Hizo un gesto a sus amigas. —Disculpadme un momento, por favor, voy a atender a milady.

—Pero... —empezó Sarah desconcertada. Gladys se limitó a parpadear.

—Por aquí —volvió a decirle a lady Wesleyth. La llevó a la sala de exploración. Le ofreció la silla junto a la camilla que se usaba cuando había que examinar a los pacientes y buscó entre los frascos de una estantería hasta encontrar lo que buscaba. Le sirvió una ración generosa. —Esto es un tónico hecho a base de corteza de saúco, al que mi padre añade un poco de morfina. —Al pronunciar la palabra, los ojos de la marquesa viuda brillaron. —Le aliviará la cabeza de inmediato. Si le gusta, puedo prepararle una botellita para que se lleve. Ayuda mucho en los días del periodo.

La mujer lo miró con suspicacia, pero se lo tomó. Le devolvió el vasito.

—No me gusta. De hecho, es repugnante.

—Vaya. Lo siento. Pero verá qué bien le sienta.

—Ya... —La marquesa la miró con acritud, sin dejarse apaciguar. Había ido buscando sangre y no se iría sin una buena ración. —Tú eres Helen, Helen Wilson, ¿verdad?

—Watson. Helen Watson.

—Eso —dijo la otra, con indiferencia. —El ratoncillo con gafas que quiere ser médico.

—Así es. Veo que le han hablado de mí.

—Un poco. Se dice que quizá te cases con David. —Había usado el nombre de pila para

dejarle claro el grado de intimidad que tenían. Seguro. —Así tú podrás conseguir por fin un marido; y él, este lugar tan... —la mirada que lanzó alrededor fue de lo más expresiva. Para ella no era más que un pequeño tugurio de pueblo— pintoresco.

«Pero será posible...». Sarah tenía razón: aquella mujer era una completa arpía. Helen contuvo su enfado y se echó a reír.

—La gente, por lo general, no sabe de lo que habla. No haga caso, milady. Lo único cierto de todo eso es que, sí, vamos a casarnos. Estamos muy felices juntos.

La mujer palideció.

—Una mujer debería conocer bien al hombre con el que va a contraer matrimonio, muchacha. Yo me casé con Wesleyth porque era él quien tenía los medios para convertirme en una dama. Pero tú, ratoncito, vas a perder lo único que tienes, lo que puede mantenerte independiente. Y por un hombre que... en fin, no ha tenido muchos escrúpulos a la hora de hacer lo que fuera por conseguir dinero. —Se inclinó hacia ella. —Me he divertido mucho con él en el pasado, ¿sabes?

Helen parpadeó. Le devolvió la sonrisa.

—Me alegro. Ahora él y yo nos divertimos mucho juntos. Y lo bueno de todo, lo mejor, es que vamos a seguir haciéndolo. Me quiere y lo quiero. No necesitamos saber más.

La marquesa viuda frunció el ceño.

—¿Dónde está el doctor Keller?

—Se encuentra ocupado ahora mismo. Y va a estar ocupado el resto de su vida.

—Ah, ya... —Irguió la cabeza. —Te lo ha contado.

—Todo.

—¿Y no te importa? ¿Te da igual que haya sido mi juguete durante años? —Se echó a reír. —Qué tierno. Mi cachorrito ha encontrado novia. Es hasta enternecedor. Pero da la casualidad de que ese hombre ya tiene dueña, niña. Y tú careces de la belleza y de la... —Se oyó un ruido comprometedor. La marquesa se llevó la mano al vientre. —Oh...

Helen sonrió.

—¿Se encuentra mal? Cuánto lo siento. Ya le digo que el doctor Keller no va a poder recibirla en el futuro. Ni mi padre tampoco, aquí no queremos escándalos. Si necesita un médico tendrá que ir a Portsmouth.

—¿Qué? —Otro ruido, más desagradable aún. La mujer se estremeció. —¿Qué me ocurre? ¿Qué me está pasando? —La miró con sospecha. —¿Qué me ha dado?

Entonces, se abrió la puerta que comunicaba con el despacho y entró David, estudiando el informe de uno de los pacientes.

—Helen, ¿sabes dónde está el libro sobre...? —Al ver a la mujer abrió mucho los ojos. —Angelique...

Nuevo ruido, esta vez más largo y profundo, y ella se ruborizó y volvió a aferrarse el vientre, pero esta vez no se quedó quieta. Se dirigió a la puerta hacia la salita de espera y la atravesó a la carrera, para alcanzar rápido la puerta de la consulta. El tintineo de la campana marcó el momento de su salida.

David la miró sorprendido.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. —Volvió también a la salita de espera, donde Sarah y Gladys esperaban sorprendidas.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Sarah. —Parece que se la llevaban los demonios, lo cual, por cierto, sería de lo más apropiado.

Helen hizo una mueca, falsamente contrita.

—Pobre mujer. Me he confundido y en vez de té de corteza de sauce, le he dado la pócima de la bruja Perkins.

Las tres se miraron y se echaron a reír.

Epílogo

Una imagen del pasado y otra del futuro

Helen y David paseaban por Little Lake.

Iban charlando de cosas sin importancia, bromeando y disfrutando del repentino cambio del tiempo. Era día 1 de enero de 1884 y el mismo mundo parecía distinto, un lugar luminoso, todavía por estrenar. Esa noche no había nevado y, aunque hacía frío, el cielo estaba muy azul y el sol brillaba en lo alto. Helen se sentía exultante, feliz junto a David. Le hubiera gustado darle la mano, mostrarse afectuosa, pero todavía era demasiado pronto como para hacer algo así en público.

Aunque no estaba segura de cuándo podría hacerlo. Todos sus planes dependían de otros planes. Si la aceptaban en la Escuela de Medicina, tal como le había asegurado Gladys que ocurriría, se iría de inmediato a Londres para estudiar, y solo volvería en verano, como pronto, que siempre había la posibilidad, en ese tiempo, de que le surgiera alguna práctica interesante en algún hospital.

Estar tan lejos de Little Lake, y tanto tiempo, se le hacía muy cuesta arriba, una idea terrible. Incluso sabiendo que en Londres estaría con Gladys, y también con su padre. En cuanto este supo que Helen había mandado la solicitud de ingreso, había prometido que se reuniría con ella, posiblemente en primavera, cuando ya dejase todo en manos de David y se tomase un merecido retiro.

David se quedaría en Little Lake, manteniendo el consultorio, y en verano, si todo iba bien, se casarían. O quizá en otoño. Si no, tendrían que volver a retrasarlo por el nuevo curso...

«Poco a poco», se dijo. No tenía ninguna prisa por darle vueltas a sus problemas. Estaba disfrutando de esa etapa de su vida como nunca antes.

De pronto, oyeron gritos pocos metros delante, y vieron que se estaba formando un tumulto.

—¿Qué estará ocurriendo ahí? —murmuró David, y aceleró un poco el paso. —Vamos, puede que se necesite un médico.

Helen sonrió. Así era él en realidad. No el hombre frío que llegó hablando de que no le importaba nadie, ni siquiera sus pacientes, y que con curarlos tenían que estar agradecidos. Aquella forma de pensar provocada por la rabia que arrastraba por cómo se habían portado con él había quedado muy atrás. Ahora era un hombre nuevo, como ese nuevo año.

La gente se había arremolinado junto a la orilla del lago, en la parte trasera de un grupo de casas rodeadas de árboles, una zona residencial. Toda la superficie del lago estaba helada y se veía aquí o allá niños y jóvenes patinando. Helen estaba pensando que tendría que quedar con Gladys, Touie y Sarah para hacerlo, como cada año, en cuanto tuviera una oportunidad, cuando vio la forma humana que se dibujaba bajo la gruesa capa de hielo.

Lo reconoció al momento.

Freddy Dalton.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó paralizada. Pero ¿cómo...? ¿Qué estaba pasando?

¿Habría sido aquel «profesor»?

—Demonios... Quédate ahí. —David se acercó lo que pudo, pidiendo que le cedieran el paso, y se acuclilló a un lado de la imagen distorsionada de Dalton. Helen fue detrás. Lo oyó gruñir. —

Ya imaginaba que no me ibas a hacer caso.

—También quiero verlo —replicó, aunque se arrepintió un poco un segundo después.

Freddy Dalton flotaba con suavidad en el agua fría, bajo la capa de hielo, los brazos abiertos, el cabello formando ondas perezosas alrededor de su cabeza. No tuvo problemas en descubrir la causa de la muerte, porque tenía lo que parecía un balazo en la frente, que había destrozado el hueso y provocado un buen orificio. Sus ojos se mantenían muy abiertos, como si mirase el cielo a través del hielo con expresión de horror. Como si supiera que ya nunca podría alcanzarlo.

Allí terminaba la historia de Freddy Dalton; y aunque nunca le había resultado simpático, Helen sintió una cierta tristeza. Tuvo la impresión de estar viendo una imagen del pasado, una en la que el tiempo se había detenido para ya nunca volver a avanzar.

—¡Es el teniente Dalton! —estaban diciendo aquí y allá con susurros espantados. Si alguien se atrevía a matar a la autoridad, ¿qué límite podía tener?

—Creo que es mejor que nos vayamos de aquí —le dijo David. —No debemos estorbar, no tardarán en venir a sacarlo. —Según lo decía, vieron llegar al capitán Miles con un par de hombres. —Volvamos a casa, por si nos necesitan para la autopsia.

Helen se encogió de hombros.

—Seguramente llamarán a los médicos que colaboran con la policía en Portsmouth. Pero quizá nos dejen participar.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser?

—No. Ni idea... Es posible que ese tal «profesor» del que te hablé, o quizá el hombre de las abejas. Tom dijo que tenía una granja al norte, pero si mencionó el sitio exacto no lo recuerdo. Quizá Sarah lo sepa.

—Tus amigas y tú debéis tener mucho cuidado. Quien está dispuesto a matar a un teniente de policía no tendría problemas en hacer desaparecer a cuatro muchachas sin mayor capacidad de defenderse. —Helen asintió, aunque ya estaban otra vez en aquel pueblo de postal navideña y no podía concebir que algo malo pudiera pasarles. —Estoy seguro de que Dalton andaba en muchos asuntos poco limpios. Era un policía corrupto y cualquiera de sus manejos puede haberlo llevado a esta conclusión. Pero, por si acaso, tened cuidado. —Agitó la cabeza. —Aunque solo sea por esto, estoy deseando que te vayas a estudiar a Londres.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—No, tonta. De verdad quiero que estés protegida y a salvo. Eso es todo. Y si estás en Londres, no te alcanzarán estos problemas.

—Pero a ti sí. Y a Sarah. —La idea la sobresaltó. —Tienes que prometerme que cuidarás de Sarah. Touie vive en Portsmouth y tiene al doctor Doyle, pero Sarah no tiene a nadie. Sin mí, se quedará muy sola.

David se echó a reír.

—No estoy seguro de que algo así sea humanamente posible, pero lo intentaré, te lo prometo.

Ella asintió. Iba a darle las gracias cuando vio llegar algo hacia ellos, rodando sobre la nieve. Era una pelota, que se detuvo con suavidad a pocos centímetros, entre sus pies y los de David. Tras ella, a pocos metros, venía un niño, o quizá era una niña, porque tendría un par de años a lo sumo. Caminaba con torpeza por la nieve, con sus piernitas regordetas enfundadas en unas calzas gruesas; y el abrigo y el gorrito hacían difícil adivinar su sexo.

Lo que sí podía verse con claridad era que era rubito, con los ojos de un verde intenso. «Como los de David», pensó Helen, aturdida, y en su mente surgió la absurda idea de que ese que veía era su niño, el niño o niña que podrían tener juntos, si llegaban a entrelazar sus destinos.

Rubio como ella, ojos verdes como él.

Un bebé feliz, hermoso y regordete, que los miraría con todo el amor del mundo y los haría vibrar con una sola de sus sonrisas.

El niño iba sonriente a por su pelota. Helen se inclinó a recogerla y dársela en el mismo momento en que lo hacía David, y sus cabezas chocaron en el movimiento. Ambos se apartaron, llevándose la mano al punto del golpe. Él había perdido el sombrero, que empezó a alejarse arrastrado por el viento sobre la nieve.

—Perdón...

—Disculpa... ¿Te hice daño? —preguntó él.

—No, no, tranquilo, no...

Oyeron un gorjeo feliz.

El niño reía divertido por lo ocurrido. Se acercó dando tumbos y se agarró a las faldas de Helen y al pantalón de David, en un abrazo tierno. Ellos lo miraron conmovidos.

—¡Richie! —Se escuchó entonces, y una mujer joven, seguramente la madre, se acercó presurosa. —Perdonen. Le tenemos dicho que un abrazo lo cura todo. Ha visto que se han dado un golpe y quiere ayudarlos.

—Es una preciosidad —dijo Helen, y alzó la mano para despedirse también del niño mientras se lo llevaban. Miró de reojo a David. —¿Has recuperado el sombrero?

—¿Eh? No... —Se giró, buscándolo con la vista, para cogerlo. Luego volvió y habló mientras volvía a encasquetárselo. —¿Lo has visto?

—¿El qué?

—El niño. Parecía... una estampa del futuro —replicó, y Helen supo que habían pensado lo mismo en aquel momento. —Y he sentido un deseo inmenso de que fuera nuestro. Qué tontería, ¿verdad?

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Está sugiriendo que nos casemos ya?

David hizo un gesto de duda.

—En realidad, ¿por qué no? Podríamos hacerlo antes de que te vayas a estudiar. Y si tenemos un hijo nos organizaremos para que puedas seguir haciéndolo. Solo hay una cosa que quiero dejar muy claro por escrito, antes. Lo puede redactar el señor Holmes, para eso es abogado.

—¿El qué?

—Quiero que el consultorio, todo, te pertenezca solo a ti hasta que pase a nuestros hijos. Que no quede duda de que, si me caso contigo, es por ti, no por tu herencia.

Ella se echó a reír.

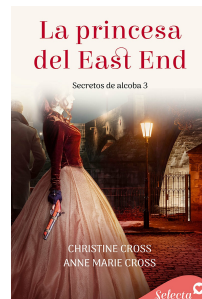
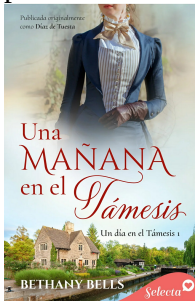
—No seas tonto. Te aseguro que no me queda duda alguna, David Keller.

Al infierno con todo. Tomó su mano, sin importarle quién pudiera verlos, y avanzó por la calle cubierta de nieve. Así era la vida, un camino complicado en el que podías resbalar y caer innumerables veces.

Pero lo recorrerían juntos.

Si te ha gustado

La inoportuna pasión de lady Pamela
puedes disfrutar de estas



Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos*, *El mal causado*, *En aguas extrañas*, *La noche abierta*, la serie de regencia *Un día en el Támesis*, la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/Penguin Random House).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2024

© 2024, Bethany Bells

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788419117816

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros